

RODOLFO FAUSTO RODRÍGUEZ

**Páginas
Literarias
Argentinas**

PROSA y VERSO

BUENOS AIRES

Precio: \$ 2.-

IV EDICIÓN

Páginas Literarias Argentinas

Para uso de las escuelas y colegios
de la República Argentina

PROSA Y VERSO

Selección hecha por

RODOLFO FAUSTO RODRIGUEZ

(Aprobado por el Consejo Nacional de Educación)

(Exp. 18.236 — 14/11/927)



BUENOS AIRES

Tall. Gráf.: L. López y Cía. - Rioja 666/70

1936

246X296



*Es propiedad del autor, quien la
pone bajo la protección de la ley.*

DOS PALABRAS

Bien sabido es aquello de que todo espíritu normal es sensible a la belleza. De ahí la necesidad de llevar la enseñanza y el ejemplo a las jóvenes mentalidades.

Así lo concibieron los griegos, quienes, — al decir de Tomás Davidson — sabiamente ponían en manos de sus hijos, desde que empezaban a leer, las obras maestras de su literatura a fin de familiarizarlos con sus pensadores.

En manos de buenos maestros, — agrega, — eran aquellas obras la base, no sólo de la cultura estética, sino también de la historia, la gramática y la geografía”.

Con ello se enseñaba que la lectura no constituye la imposición de un trabajo, ni una carga, ni un aumento de deberes, sino el medio de acrecentar seguramente la cultura. Del estudio y la comparación de los autores, el alumno llegará a conocer el goce que depara la comprensión de lo selecto; para ello es menester, no sólo interpretar el asunto, sino compenetrarse del espíritu con que fué concebido.

La seriedad de las lecturas no es factor para que se prescindiera de ellas en la escuela. Cumple ahí al maestro desplegar su acción inteligente y consciente, a fin de aclarar conceptos y llevar al alumno al convencimiento de que, cuando se sabe leer, — aún medianamente, — la asimilación de lo leído contribuye a la formación de la cultura literaria, fácil de adquirir con poco esfuerzo.

“PÁGINAS LITERARIAS ARGENTINAS” constituye una selección de trozos de escritores representativos de nuestra literatura. Al recopilarlos, he consultado las necesidades actuales de nuestra enseñanza, inspirándome en un concepto nacionalista. Es preciso que nuestros alumnos conozcan y se habitúen al trato de los intelectuales que han dado páginas brillantes para honra de la literatura argentina, aún no suficientemente conocida ni difundida. Los autores de ayer como los de hoy, forman un apreciable y destacado conjunto, digno de ser presentado a la consideración de todos los países con el orgullo y el convencimiento de tener algo propio que culmina y puede brindarse como ejemplo.

Popularizar la obra del pensamiento nacional es una manera de “hacer patria”. Si sólo se ama bien lo que se conoce bien, empecemos por conocer lo que está más cerca de nosotros, las cosas bellas y a los hombres dignos que nos rodean, fomentando el amor a lo inmediato para llegar más tarde a abrazar en un cariño consciente, a la patria toda (1).

(1) José Fernández Coria: “La enseñanza de la literatura”.

INDICE

PROSA :

	<u>Págs.</u>
Patria, por Joaquín V. González	1
Oración a la bandera, por Belisario Roldán	6
Las palmas, por Domingo Faustino Sarmiento	10
Esteban Echeverría, por Juan María Gutiérrez	13
En Tierra Santa, por Eduardo Wilde	15
San Martín y Cochrane, por Bartolomé Mitre	18
El porvenir de América, por José Mármol	21
La Quena, por Santiago Estrada	23
El libro y su lectura, por Nicolás Avellaneda	29
Patriotismo, por Bernardo Monteagudo	33
Carácter comunal de la Revolución de Mayo, por Francisco Ramos Mejía	38
Garibaldi, por Bartolomé Mitre	41
Condición de los indios, por Carlos Octavio Bunge	44
Charitas, por Osvaldo Magnasco	46
Historia de una estrella, por Mario Bravo	49
Ambiente de la ilusión, por Carlos Rodríguez Etchart ..	50
Asís, por Angel Estrada (h.)	52
El general San Martín, por Gerónimo Espejo	57
Patria y honor, por Luis V. Varela	61
El Centenario de Julio, por José Manuel Eizaguirre ...	65
En la montaña, por Ada M. Elflein	68
La agonía de la colonia, por Nicolás Avellaneda	73
El pájaro en el mar, por Santiago Estrada	81
Condiciones de una tertulia de baile, por Juan Bautista Alberdi	83
Gobernar es poblar, por Carlos Pellegrini	90
Ramiro, por Enrique Larreta	95
La cuna de Andrade, por Martiniano Leguizamón	100

PAGINAS LITERARIAS ARGENTINAS

	<u>Págs.</u>
Los niños, por Benjamín Zorrilla	106
Fundación de la biblioteca pública, por Mariano Moreno	110
Del movimiento de las esferas en el espacio, por Guillermo Rawson	112
Amadeo Jacques, por Miguel Cané	114
La vida útil, por Agustín Alvarez	117
Los alrededores de la ciudad, por Juan Agustín García	121
Lluvia en la pampa, por Roberto J. Payró	125
Chañilao, por Lucio V. Mansilla	127
Corrales, por Miguel Cané	136
Blasón de plata, por Ricardo Rojas	140
El hombre en la naturaleza, por Florentino Ameghino	144
Estoicismo y efectismo literario, por Carlos O. Bunge	148
Buenos Aires antiguo, por José Antonio Wilde	151
Poblar, por Juan Bautista Alberdi	158
La moral del genio, por José Ingenieros	160
El tigre, por Estanislao S. Zeballos	165
Los baguales, por Eduardo Talero	169
El urú-taú, por Carlos Guido y Spano	172
Santa Fe antiguo, por Floriano Zapata	177
En los chañares, por José S. Alvarez	180
Creencias religiosas, por Juan B. Ambrosetti	183
Bajo la tiranía de Rosas, por José M. Ramos Mejía .	189
De la vida jurídica, por Pedro Goyena	191
Historia de mi madre, por Domingo F. Sarmiento	194
Páginas de mi Evangelio, por José J. Berrutti	198
Noche de perros, por Martín Gil	199
El matadero, por Esteban Echeverría	205
El entierro de Güemes, por Juana Manuela Gorriti	211
El doctrinarismo argentino, por José Manuel Estrada	213
La catedral muerta, por Leopoldo Lugones	215
Discurso patriótico, por Bernardo Monteagudo	219

POESIA:

El porvenir	Olegario V. Andrade ..	227
Claridad triunfante	Leopoldo Lugones	231
Canción de primavera	José de Maturana	233
At home	Carlos Guido y Spano .	235
En el hogar	Domingo D. Martinto .	237

PAGINAS LITERARIAS ARGENTINAS

	Págs.
Canción de la adolescencia ... Arturo Capdevila	241
El hogar paterno	Rafael Obligado 243
Cuando tú estabas entre nosotros	Alfredo R. Bufano ... 246
El festín	Esteban Echeverría ... 248
El gaucho	Ricardo Gutiérrez 253
A mi caballo	Juan María Gutiérrez . 258
Canción de los retoños	Carlos Ortiz 261
Martín Fierro	José Hernández 262
El cigarro	Florencio Balcarce 268
A una moza	Fray Cayetano José Rodríguez 270
El cedro	Mario Bravo 271
Un viejo	Baldomero Fernández Moreno 272
Las llamas	Juan Carlos Dávalos.. 274
Visión	Claudio M. Cuenca ... 275
La quebrada	Ricardo Rojas 276
La silla que ahora nadie ocupa	Evaristo Carriego 279
A Dios	José Mármol 280
Ornamental instante	Rafael Alberto Arrieta 284
Plegaria	Estanislao del Campo.. 285
Imitación de salmos	Ventura de la Vega .. 286
El caballo del gaucho	Bartolomé Mitre 290
Renacimiento	Martín Coronado 291
La prenda del payador	Rafael Obligado 293
Día de fiesta	Alfredo R. Bufano ... 297
Santos Vega	Hilario Ascasubi 297
La violeta	José María Cantilo ... 302
El pájaro en el mar	José Rivera Indarte .. 303
Claroscuro	Diego Fernández Espiro 305
Al mar	Juan Julián Lastra ... 306
Rondel vago	Domingo A. Robatto .. 306
Caballito criollo	Belisario Roldán (h.) . 307
Los misteriosos versos	Arturo Capdevila 308

Patria

Nosotros constituimos una vida nueva, llena de vigor nativo, de calor de alma, de impulsos geniales y arrebatos nobilísimos. Lo tenemos también de nuestros antepasados; es nuestra herencia secular; es el fondo inmutable de la raza, donde vendrán a fundirse todas las influencias, fuerzas y elementos de las otras que se unen con ella en el tiempo y en la tierra que habita, bajo el cielo que la cubre. Como individualidad humana somos una nación antigua, dueña de altísimas y sagradas tradiciones que han modelado su espíritu; y así como otras más poderosas buscan hoy sus viejos orígenes para saturarse de antigüedad y reconstruir su pasado abolengo, sólo necesitamos despojarnos del polvo de las luchas recientes, para contemplar el pasado y comprender lo que valen para la dicha y la grandeza de la Patria los recuerdos, los vínculos de sangre, el tesoro de las glorias comunes, guardado con el religioso respeto de los amores supremos y transmitido por los anales de la familia secular.

Nuestra sociedad es antigua, de estirpe elevada y tendencias superiores; y esas cualidades, fortalecidas en el suelo virgen de América, hicieron que la vieja savia castellana diese al mundo una nueva revelación

de sus virtudes, con el nacimiento de un pueblo que fuese como un retoño robusto del árbol centenario, destinado a perpetuar en su propia vida los caracteres fundamentales de su origen, embellecidos, transformados, glorificados con la juventud y la fuerza.

Constituimos, además, una Nación y un Estado que vive sobre un país inmenso, dotado de riqueza y hermosura incomparables; y unidos, encaminados en un sendero común por instituciones también seculares, que tienen el bautismo de sangre y de genio de todas las revoluciones históricas, y la consagración del sacrificio por sus propios antepasados, realizamos en toda su amplitud y profundidad la idea de una Patria propia, exclusiva, íntima y eterna. Porque no sólo se ligan en ella la tierra y el hombre en unión perpetua e irrevocable, sino también las glorias y los sufrimientos, los trabajos y los goces, la sangre y el sudor de muchas generaciones, vertidos en luchas por ideales propios de la nación joven, a veces contra enemigos extranjeros, a veces en disensiones intestinas, siempre dolorosas y cruentas. De todas ellas el vigor nativo salió triunfante, la sangre derramada no ha sido estéril, aunque haya retardado el crecimiento y la cultura: sus frutos han sido la conquista definitiva de una personalidad externa, capaz y digna del más bello destino, y el establecimiento de un sistema de libertades, derechos y gobiernos, calculado para labrar la felicidad colectiva y conservar y engrandecer el legado patrimonial, el respeto y el honor de la Nación en el presente y en el porvenir.

Si tenemos una patria con todos sus caracteres ideales y reales; si ella es una personalidad viviente e imperecedera; si es una gran solidaridad constituida por los sacrificios que se ha hecho y por lo que se está

dispuesto a hacer todavía; si es una grande entidad materna, un superior concepto moral que precisa la vida y el destino de la sociedad, podemos ya exigir a todos los que la forman, la sostienen y la representan, su parte de deber, de esfuerzo, de abnegación. Ella no es sólo un organismo vegetativo e inerte: se compone de cuerpo y de espíritu, de voluntades e impulsos que es necesario dirigir hacia un fin general, ascendente, progresivo, material e intelectual.

El patriotismo consiste en la mayor o menor suma del tributo voluntario puesto al servicio de todos, del bien común: de parte de los ciudadanos, por la concurrencia del trabajo material y moral, y de parte de los que gobiernan, por la lealtad, diligencia, amor y vigilancia en todas las cosas que a la Patria interesan, del doble punto de vista de su cuerpo u organismo físico, en su territorio, y de su alma, o sean sus atributos de dignidad, cultura, honor, soberanía y engrandecimiento.

La defensa de los derechos patrimoniales de la nación no es menos inherente al deber patriótico de gobernados y gobernantes: los primeros por la consagración de la vida a formar la fuerza material para la lucha necesaria, y los segundos para no descuidar un instante la causa nacional dentro o fuera del país, ante el tribunal permanente y universal de la humana justicia. Aquel ídolo incásico puesto en la cima de la montaña con el brazo derecho armado, extendido hacia el océano, y el izquierdo vuelto hacia la tierra de sus hijos, parece un símbolo perfecto del deber patriótico en los que rigen pueblos y guardan territorios.

Pero la fuerza, asiento y base de toda Patria, no se forma sólo por la aglomeración de las armas y de

los soldados; no es sólo la unión de veteranos y novicios para constituir un ejército; no son sólo los tesoros acumulados para armar flotas numerosas: la fuerza invencible y eterna es la que resulta de la perenne labor de todo, para perfeccionar, robustecer y ennoblecere la Nación misma, en su cuerpo y en su alma, en su naturaleza física y moral, en sus atributos intelectuales y sensitivos, y presidida esta incesante y ordenada tarea, por esa pasión suprema, por ese ideal sublime, — único capaz de reemplazar al religioso, porque se forma también de carne y espíritu como el hombre, — el sentimiento, pasión e ideal de Patria.

Ella “representa el patriotismo intelectual y moral de las generaciones de una misma sociedad. La funda la comunidad de glorias, desastres y sacrificios: la unión de los corazones, de los sentimientos, hace lo demás. Ella se liga al territorio como la selva al suelo que la alimenta”. Unir los corazones, solidarizar los sentimientos, armonizar las inteligencias, ¿no es acaso una gran misión política, un ideal capaz de llenar una vida y fundar una gloria, dar origen a una pasión y a un sacerdocio?

He ahí un motivo digno de ocupar las horas del hombre de Estado; ver si la educación argentina en sus grandes ciclos, no va extraviada de este derrotero salvador y supremo, y, si en vez de elaborar el tipo nacional del porvenir, no se echan los cimientos de otro innominado, amorfo o heterogéneo que lleve en su sangre los gérmenes de la decadencia o la degeneración mental, o sea, la muerte de la nacionalidad. Y siguiendo en este análisis, podríamos precisar la “política patriótica” por excelencia, la que inspira los actos en defensa, honor y gloria de la nación y en su respeto universal y permanente; llegaríamos a sa-

ber si nuestra Patria ha definido ya para siempre y de modo inmutable sus derechos de soberanía, y si no tiene problemas o deudas sagradas consigo misma que resolver ante su propia conciencia moral y jurídica, y de sus destinos y deberes en la civilización.

Grande, heroica y de tardías compensaciones es, por tanto, esta misión del patriotismo en el gobierno de las sociedades. Por eso requiere una base profunda de virtudes invencibles, que sean consubstanciales con el alma misma del pueblo, y los más resistentes son, sin duda, el valor, la renuncia de sí mismo, la honestidad y el amor, como constitutivas de una acción más perdurable y activa.

La Patria es una región superior donde se confortan todos los corazones, se hermanan todos los ideales, se combinan todas las fuerzas, se funden y convierten en afectos benévolos todos los rencores que la lucha de la vida enciende entre los hijos de un mismo hogar nacional: "ella encarna lo más precioso que tenemos y debe sernos más querido, el pasado de nuestros abuelos, el porvenir de nuestros descendientes. Es el depositario de las tradiciones sagradas, de las esperanzas inviolables, de los recuerdos gloriosos, de los sentimientos íntimos de una raza: tiene la guardia y la responsabilidad de sus destinos, de su grandeza, de su independencia. Es lo que persiste a través de los tiempos, sobrevive a todas las individualidades; es lo que puede adherirnos y por lo cual podemos sacrificarnos".

Tan alto y noble sentimiento, que tiene de humano y de divino, por las santas inspiraciones que despierta en las almas, puede ser baluarte de las libertades contra las tiranías, las corrupciones, los halagos engañosos de la fortuna, las desesperanzas mortales de la adversidad; y en esas épocas no desconocidas en la his-

toria, en que desaparecen los atractivos e ilusiones que ligán a la vida y al trabajo, el amor de la Patria puede ser un refugio, un baluarte, el foco de una reacción gloriosa y fecunda. Hablar siempre de ella, amarla, hacerla amar de los otros, ennoblecerla y hermosearla con el culto de nuestra inteligencia y de nuestros corazones, es honrar y perpetuar la memoria de los héroes, que la fundaron y velan por ella desde la inmortalidad.

Joaquín V. González

Oración a la Bandera

Asuma el verbo sus majestades más altas; inspírela la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad, el himno a la bandera de la Patria... Hela ahí, eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria...; hela ahí, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo; ¡arriba los corazones para escuchar esta verdad inmensa! más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados...; hela ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal

fué de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores; tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo . . . ; hela ahí, legítimamente orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene a la libertad por madre y a la libertad por fruto . . . ; hela ahí, soldados de la República, lista para cobijarnos como un dosel en las jornadas fecundas de la paz o para conducirnos si el caso llega, con la serena precisión de un águila que vuelve al nido, a su eminencia familiar de triunfos y de glorias!

Ella inviste los tonos siderales . . . Los inviste, no sé si porque nuestros abuelos, en la inmutable arrogancia de su gesto, miraban habitualmente hacia arriba, o porque para traducir la pureza del anhelo común nada sugestionó tanto sus espíritus como la mansa diafanidad de un día serenísimo, o porque al cruzar la cumbre más alta de la cordillera andina, el sable de José de San Martín, alzado en la vertical absoluta de la última invocación al Dios de las victorias, arrancó y trajo en la punta un pedazo de cielo como ejecutando militarmente el voto soberano del año diez y seis . . .

Acabáis de jurarla, soldados. Jurar la bandera es como subscribir el desposorio de la virilidad con la Patria. Ello fué siempre un honor para toda criatura humana y respeto de toda enseña de hombres libres; pero jurar "esa" bandera — ¡hay que decirlo y hay que sentirlo, señores! —; jurar esa bandera importa un honor muchas veces insigne. He ahí, en efecto, un jirón de firmamento bajo del cual nunca pasó una nube; ni una sola mancha la sombrea; y si es verdad, según el vibrante grito conocido, que no fué atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra, cierto es tam-

bién, ¡loado sea Dios!, que en los carros vencedores donde tremoló como dueña y señora, no se cargó jamás botín de aventureros ni se ultrajó a la dignidad humana... Paseó por América guerreando y redimiendo, como si el alma de la madre, heredada integralmente por la progenie romántica y bravía, la hubiera inducido a echarse campo fuera, en gigantescas aventuras de redención; y cuando la victoria premió el esfuerzo supremo, sólo supo esa progenie, en su honradez inmaculada, replegarse con un gajo de laurel entre las manos, al seno del hogar propio, perseverando en el propósito generoso de agigantarse hacia arriba, para poder agrandar el feudo suyo sin disminuir el ajeno!

Así hay que comprender a esa bandera y así hay que amarla. El patriotismo de los fuertes, por lo demás, no debe ser el sentimiento melancólico y trivial que caracteriza a las civilizaciones retardadas. No pues, la loa lamentosa y sí el grito varonil. Hemos de enorgullecernos del pasado, del presente y del futuro. Del pasado, porque aquellos guerreros fueron tan perfectos bajo su triple aureola de desnudo, de destreza y de virtud, que la *Ilíada* misma fuera más brillante si la guerra troyana hubiera podido brindar al cantor de la *Odisea* semejantes varones por modelo...; del presente, porque malgrado las incoherencias que determina el fenómeno de amalgama de razas a que estamos asistiendo, el país constituye ya, por la gravitación incontrarrestable de sus prestigios, el contrapeso meridional del continente americano. Hemos de enorgullecernos del futuro... ¡arriba otra vez los corazones para encender la pupila en la visión suprema! Opulenta y triunfal, la República habrá cerrado los brazos, que hoy abre a todos los vientos, para estrechar entre ellos a la bienvenida caravana inmigratoria; el suelo, palpi-

tante y fiel como una esposa, seguirá rindiendo, en el intercambio fecundo de productos y sudores, a razón de una espiga por cada gota . . . ; una selva de mástiles cubrirá el Plata, tendido a los pies de Buenos Aires, celoso y temible como un guardián; asomándose al Atlántico, emporios deslumbradores alzarán en la costa argentina el prestigio ruidoso de sus actividades; el litoral pletórico exhalará como un vaho de victoria; las minas del Norte habrán incorporado el tesoro de sus filones a la gran riqueza nacional; y la colonia donde ayer la tribu; donde la pagoda el templo, donde el pasional la floresta, donde la nada el todo; y allá el pincelazo dorado de los trigales; y allá el oleaje grávido de las espigas; y la llanura proficua y el bosque ubérrimo y la selva ondeante; y ni una sola vara de tierra escapando a la rúbrica bendita del arado; y una gran raza de selección poblando hasta el confín más remoto; y un himno al trabajo, que tendrá una estrofa por cada estado, brotando del conjunto sonoro; y los Andes, bajo la cabellera cana de sus nieves eternas, presidiendo como estatuas de abuelos la explosión triunfal de muchos millones de energías; y cubriéndolo todo, esa misma bandera que acabáis de jurar y de la que podrán decir nuestros descendientes agitándola ante el Plata: ¡he aquí, hombres del mundo, el pabellón del pueblo más libre de la tierra!

¡Salve, bandera de la Patria, hija de la libertad y madre suya; lábaro sacrosanto impregnado de unos fulgores que traducen a la vez la altura de precedencia y la altura del destino; síntesis de una historia de redenciones y altiveces tales, que más que la pluma para contarla, fuera lo propio templar los laúdes para cantarla! . . . ¡Salve bandera de la Patria! . . .

Por ella y para ella, todas las vibraciones del cerebro y todas las pujanzas del músculo; por ella y para ella, soldados, hasta la última gota de sangre de las venas... Rija nuestra conducta, en las jornadas de paz a que estamos destinados, el "¡Excelsior!" arrogante y estimulador; y si alguna vez sonara para la República la hora de la sangre y los clarines, inspírennos siempre, por los siglos de los siglos, aquellas palabras como espartanas de la canción nacional:

¡Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir!

Belisario Roldán (h.)

Las palmas

A pocas cuadras de la plaza de Armas de la ciudad de San Juan, hacia el Norte, elevábanse no ha mucho tres palmeros solitarios, de los que quedan dos aún, dibujando sus plumeros de hojas blanquizas en el azul del cielo, al descollar sobre las copas de verdinegros naranjales a guisa de aquellos plumajes con que nos representan adornada la cabeza de los indígenas americanos. Es el palmero, planta exótica en aquella parte de la faldas orientales de los Andes, como toda la frondosa vegetación que, entremezclándose con los edificios dispersos de la ciudad y alrededores, tempera los rigores del estío, y alegra el ánimo del viajero, cuando, atravesando los circunvecinos secadales,

ve diseñarse a lo lejos las blancas torres de la ciudad sobre la línea verde de la vegetación.

Pero los palmeros no han venido de Europa como el naranjo y el nogal: fueron emigrados que traspasaron los Andes con los conquistadores de Chile, o fueron poco después los bagajes de algunas familias chilenas. Si el que plantó algunos de ellos a la puerta de su domicilio, en los primeros tiempos, cuando la ciudad era aún aldea, y las calles caminos, y las casas chozas improvisadas, echaba de menos la patria de donde había venido, podía decir como Abderramán, el rey árabe de Córdoba:

Tú también, insigne planta, eres aquí forastera;
de Algarbe, las dulces auras, tu pompa halagan y besan;
en fecundo suelo arraigas, y al cielo tu cima elevas;
tristes lágrimas lloraras, si cual yo sentir pudieras.

Aquellos palmeros habían llamado desde temprano mi atención. Crecen ciertos árboles con lentitud secular, y a falta de historia escrita, no pocas veces sirven de recuerdo y monumento de acontecimientos memorables. Me he sentado en Boston a la sombra de la encina bajo cuya copa deliberaron los peregrinos sobre las leyes que darían en el nuevo mundo que venían a poblar. De allí salieron los Estados Unidos. Los palmeros de San Juan marcan los puntos de la nueva colonia que fueron cultivados primero por la mano del hombre europeo.

Los edificios de la vecindad de aquellos palmeros están amenazando ruina, muchos de ellos habiéndose ya destruído y pocos han sido reedificados. Por los apellidos de las familias que los habitaron cáese en cuenta que aquél debió ser el barrio poblado de la ciudad naciente; en las tres manzanas en que están aque-

llas plantas solariegas, está la casa de los Godoyes, Rosas, Oros, Albarracines, Carriles, Maradonas, Rufinos, familias antiguas, que compusieron la vieja aristocracia colonial. Una de aquellas casas y la que sirve de asilo al más joven de los palmeros, tiene una puerta de calle antiquísima y desbaratada, con los cuencos en el umbral superior, donde estuvieron incrustadas letras de plomo, y en el centro el signo de la Compañía de Jesús. En la misma manzana y dando frente a otra calle, está la casa de los Godoyes, donde se conserva un retrato romano de un jesuita Godoy, y entre papeles viejos encontré, al hacer inventario de los bienes de la familia, una carpeta que envolvía manuscritos con este rótulo: "este legajo contiene la Historia de Cuyo por el abate Morales, una carta topográfica y descriptiva de Cuyo, y las probanzas de Mallea". Hubo de caer alguna vez bajo mis miradas esta leyenda, y yo quise ver aquella suspirada historia de mi provincia. Pero ¡ay! no contenía sino un solo manuscrito, el de Mallea, con fechas del año 1570, diez años después de la fundación de San Juan. Más tarde leía en la Historia Natural de Chile del abate Molina, describiendo unas raras piedras que se encuentran en los Andes, amasadas en arcilla, que el abate don Manuel de Morales, "inteligente observador de la provincia de Cuyo, su patria", las había estudiado con esmero en su obra titulada: "Observaciones de la cordillera y llanuras de Cuyo".

He aquí, pues, el leve y desmedrado caudal histórico que pude por muchos años reunir sobre los primeros tiempos de San Juan: aquellas palmas antiguas, la descripción jesuítica, y la carpeta casi vacía. Pero una de las palmas está en casa de los Morales, la inscripción de plomo señala la morada del jesuita, y la leyenda quedaba para mí explicada. Practícanse dili-

gencias en Roma y Bolonia en busca de los manuscritos abolenos, y no pierdo la esperanza de darlo a la luz pública un día.

Domingo Faustino Sarmiento

Esteban Echeverría

Esteban Echeverría no podía vivir largo tiempo lejos de las orillas del Plata. Su alma estaba encordada como un arpa eólica que sólo resonaba herida por las auras patrias. Pocas veces puede darse una armonía más íntima entre el hombre y el suelo, entre el alma y la naturaleza; entre la luz, el ambiente, y la inteligencia y la imaginación, como la que existía entre don Esteban Echeverría y el país en donde había brotado a la vida como una planta indígena. Era generoso como la tierra virgen, vasto en sus miras como la llanura, de alma tranquila y tempestuosa a un tiempo, como el mar dulce que tantas veces cantó el rumor de las crecientes que habían arrullado su cuna.

Fácil es imaginar que esa sombra que entristece el espíritu del expatriado y se llama nostalgia, debía interponer de cuando en cuando su desaliento entre los ojos enternecidos y el libro de nuestro estudiante, especialmente en esas largas horas de nieve del invierno europeo, en las cuales hasta la llama del hogar habla de melancolía y despierta el deseo de gozar del sol. Pero en esos momentos, un amor concebido en la patria, una predilección nacida con él y convertida en hada benéfica, llegaba a disipar aquella sombra o a colorirla con los tintes azules del cielo ausente. Esa hechicera

era su guitarra, su "fiel compañera", la que según sus propias expresiones alejaba con sus sonidos las fieras que le devoraban el pecho. Sin duda esa guitarra había sido llevada muchas veces oculta como un delito, bajo la capa del hijo del Alto y sonado acompañando el cielito en los bailes equívocos y ultrafamiliares de los suburbios del Sud, en la primera juventud de nuestro poeta. Pero esa guitarra de pacotilla, de cuerdas y bordonas compradas al menudeo en la esquina de "Almandos" o en el almacén de "Lozano", había pasado a ser una vihuela de las fábricas de Sevilla o de Cádiz, un verdadero instrumento gobernado por manos adiestradas bajo la dirección de profesores afamados. Echeverría se preciaba de pertenecer a la escuela del maestro Sor, y de interpretar con inteligencia la música sabia de Aguado, escrita especialmente para el diapasón de la vihuela.

Pero más que al gusto ajeno debía al suyo propio y a la delicadeza de sus sentidos, el encanto con que pulsaba aquel instrumento que pocas personas le vieron en la mano, porque lo reservaba exclusivamente para él y para las horas en que sólo estaba visible para su propia alma. Los que hemos oído los arpegios que brotaban de sus dedos al recorrer alternativamente con lentitud o rapidez, las cuerdas de su guitarra, podemos comprender cómo este instrumento era a la vez su consuelo, su inspirador y el consejero de esa vaga y ondulante armonía melancólica que sombrea la mayor parte de las poesías fugitivas de Echeverría. Estas, antes de tomar formas en la palabra habían nacido envueltas en las ondulaciones de un sonido armonioso, de modo que la estrofa de su poesía es como un libreto que forzosamente se amolda a sonidos más elocuentes que la palabra misma. Ritmo y música eran

sinónimos para nuestro poeta, así como tañer y modular, pasión y concierto, hermanadas y confundidas estas identidades en las regiones del entusiasmo.

El músico diestro, es decir, el poeta, "con una disonancia, hiere, con una armonía hechiza, y por medio de la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, da voz a la naturaleza inanimada y hace fluctuar el alma entre el recuerdo y la esperanza, pareando y alternando las rimas".

Así él que conocía mejor que nadie estos procedimientos y que tan arriba levantaba los oficios del consonante, y la medida del verso, perdía su templanza ordinaria cuando veía interpretadas por las reglas gramaticales y de la retórica vulgar, las combinaciones del metro y de la frase en el conjunto de sus obras, cualquiera de las cuales, por pequeña y trivial que parezca, está siempre impregnada de un no se sabe qué, que entra al cerebro como un perfume, por los ojos como un rayo de luz, al corazón como una gota de miel o como un grano de acíbar.

Juan María Gutiérrez

En Tierra Santa

Nos hallamos en la segunda mitad de noviembre.

La noche está clara y helada; la luna comienza a anunciarse iluminando un punto del horizonte; el viento recién llegado de las montañas de Judea, sopla rumborosamente en las calles y en los patios, mandando sus tonos musicales a través de las puertas delgadas y de las ventanas indefensas.

La ciudad de David, de Salomón y de Jesucristo yace enterrada bajo las plantas de la modesta aldea, la moderna Jerusalén, durmiendo el sueño eterno, arrullada por el canto monótono de la historia que repite su nombre en los más lejanos confines de la tierra.

La escena es triste y desolada. Los judíos, en su barrio fangoso y oscuro, celebran silenciosamente su sábado. Las campanas de las iglesias católicas están calladas, en tanto que los cristianos se preparan para oír su misa del domingo en el templo del Santo Sepulcro, convertido en posada por unos cuantos peregrinos que duermen acostados en sus escaños o sobre la tumba de los cruzados, esperando la madrugada del nuevo día para asistir al oficio divino, a las cinco de la mañana.

Ni un alma en las calles, ni una luz en las casas, ni una voz que destruya el uniforme silencio. La población recogida, guarda el secreto de su existencia.

Uno que otro camello fatigado, estirando el pescuezo, pernocta en la vía pública, aplastado en la tierra sobre sus rodillas callosas y balanceando melancólicamente su largo labio pendiente, con el aspecto de una inconsolable aflicción.

No hay río que corra ni árboles que se muevan, ni aves que vuelen, ni hombres que caminen, ni siquiera perros que aullen.

Imposible encontrar en el lúgubre espectáculo las impresiones que la historia y la leyenda sembraron en los corazones de todos los viajeros. Los ojos buscan en vano donde saciar la sed de emociones alimentadas durante tantos años, y el oído espía los leves ruidos para darse el pretexto de avivar el recuerdo de la más fecunda tragedia que la humanidad relata.

El sentimiento de la desproporción invade y, sin querer, se compara los inolvidables estremecimientos de la infancia y de la juventud, forjados en familia o en la escuela, a favor de la sagrada historia, con el efecto actual de un escenario mudo, despojado de toda poesía, pobre de formas que respondan a la esperanza fomentada y envuelto en una vulgaridad extraña, compuesta de elementos dislocados e incongruentes.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¿Dónde está el Jerusalén de los sueños mezclados con el llanto de las vivas amargas, de los eternos y dolorosos recuerdos? El Jerusalén visto en las noches largas de Océano, a través de las bulliciosas ciudades, o sobre los trenes sacudidos que conducen al viajero de las apartadas tierras a visitar los viejos monumentos y los sitios sagrados de las primeras partes habitadas!

Los siglos han pasado sobre los siglos, dejando como sedimento en los corazones de mil millones de cristianos, la pesadumbre de los grandes trastornos, traída por relato de las luchas horrendas, de la batalla sin fin, de la crueldad impía, consecuencia del conflicto social suscitado alrededor de la Cruz.

La sangre derramada en toda la superficie de la tierra enrojecería los mares. Ninguna comarca ni nación alguna, en el período de diez y ocho siglos, ha dejado de sufrir la repercusión de la terrible contienda. Cien generaciones han nacido a la vida y han entrado en el sepulcro de los tiempos, mientras los hombres de todas las creencias y de todas las razas han mantenido la lucha secular en medio de la perenne matanza.

Los pueblos se han echado sobre los pueblos para despedazarse, los tronos han caído, los imperios se han destruído. Sembrados están los desiertos con los huesos de los misioneros; la atmósfera fué mil veces obs-

curecida por el humo de las hogueras en que se quemaba a los herejes.

La Europa ha sido un campo de batalla antes, durante y después de la Edad Media; el Asia legendaria se ha despoblado; la América ha sido conquistada en nombre de la Cruz y sus primitivos habitantes fueron ahogados en su propia sangre.

El Africa ha visto sucumbir el colosal poder de los egipcios, y de la espantosa tragedia que ha llenado el mundo, engendrada por los acontecimientos de la pequeña y pobre Judea, sólo quedan como enseña en la cuna del cristianismo, unos cuantos montones de ruinas, diseminadas en las soledades de Palestina y encerrada entre murallas ahora irrisorias, una aldea miserable llamada Jerusalén, habitada por grupos destrozados, socialmente inorgánicos, desnudos de ambición y de esperanzas, extraños los unos a los otros, ajenos al sentimiento de nacionalidad y en la cual cada individuo parece vivir de tránsito, huérfano de todo propósito, sin porvenir ni antecedente.

Eduardo Wilde

San Martín y Cochrane

El 4 de agosto (1821), un día después de declararse San Martín protector del Perú, se presentó el almirante en el palacio de gobierno de Lima, con el objeto de renovar verbalmente sus reclamaciones, ignorando o afectando ignorar el nuevo carácter de que el general se había investido. La versión de la confe-

rencia que entre ambos se siguió, dada por el secretario de Cochrane y que éste reproduce en sus "Memorias", aparece confusa o contradictoria, cotejada con los documentos que él mismo transcribe, y no puede tomarse por guía, por lo que el historiador tiene que limitarse a mencionar lo que está fuera de cuestión o se deduce del propio contexto de los recíprocos testimonios no contradichos. Según el almirante, San Martín contestó a su reclamación declarando que no reconocería los sueldos debidos a la escuadra, sino entrando en la parte del precio de venta de ella al Perú. Los ministros Monteagudo y García del Río, que asistieron a la conferencia, calificaron de calumniosa esta aserción, y arguyen que teniendo San Martín la escuadra a sus órdenes, no necesitaba comprarla. Según se deduce del tenor de la versión aceptada por Cochrane, es que los términos en que formuló su reclamación, ofendieron a San Martín, quien, frunciendo el entrecejo, pidió a sus ministros que se retirasen. Alarmado el almirante, hizo presente que "no hablando bien el español, deseaba quedasen los ministros como intérpretes, por temor de que pudiese considerarse ofensiva cualquier expresión mal entendida". San Martín volvió entonces a él y le interrogó: ¿Sabe Vd., milord, que soy el protector del Perú? —No, señor, — respondió. —Pues he ordenado a mis secretarios le informen a Vd. de ello. —Es inútil ahora, pues Vd. mismo me lo comunica personalmente; pero espero que la amistad que ha reinado entre San Martín y yo, continuará existiendo entre San Martín y mi persona.

El general, según Cochrane, limitóse a contestar que no tenía nada que decir, sino que era el protector del Perú.

Cochrane, que desde ese momento empezó a afectar un chilenismo exagerado, y que como almirante de Chile creía no deber ver en el Protector sino un general alzado del país a que servía, o un gobernante extranjero no reconocido por él, repuso: "Entonces, es a mí a quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas a Chile y a la escuadra; pero, ante todo, a la escuadra". A este discurso falta la intimación final, consecuente con la representación internacional que se atribuía, de acuerdo con su anterior insinuación de llevar la escuadra a Chile para pagarla y concordante con las palabras que pone en boca de San Martín, que era declararse desatado de toda obediencia y retirar al Perú el apoyo de su armamento naval.

San Martín repuso con reconcentrada irritación: "He ofrecido a la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación, y lo cumpliré. Reconozco también por deuda la gratificación de cincuenta mil pesos ofrecida a los marineros que apresaron la fragata "Esmeralda", y no solamente estoy dispuesto a cubrir ese crédito, sino a recompensar como es debido a los que han ayudado a libertar al país. Los sueldos de la tripulación no están en igual caso, y no habiendo respondido yo jamás de pagarlos, no existe de mi parte obligación alguna. Supongo justo, en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algún modo los gastos expedicionarios, lo que será para mí una agradable atención; pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarse los sueldos vencidos. En cuanto a la escuadra, puede Vd. llevársela a donde guste y marcharse cuando quiera: con un par de bergantines tengo lo bastante.

Al observar el giro tempestuoso que tomaba la conferencia, los dos ministros se retiraron discretamente. San Martín se levantó de su asiento, y paseando con agitación por el salón, volvióse súbitamente al almirante, y le dijo: "Olvide milor, lo pasado". —"Lo olvidaré cuando pueda".

Así terminó la conferencia. El Protector acompañó al almirante hasta la meseta de la escalera y ofreciéndole francamente la mano, repitió lo que le había dicho en Valparaíso: que su suerte sería igual a la suya.

Bartolomé Mitre

El porvenir de América

El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo: en una magnífica y espléndida alegoría, ha revelado los destinos del nuevo mundo el gran poeta de la creación universal. En esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas. Estos ríos inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales. Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la naturaleza está convidando a la armonía del arte y de la voz humana. Esta brisa suave y perfumada que pasa

por la frente de esas regiones como el suspiro enamorado del genio protector que las vigila.

Estas nubes matizadas siempre con los colores más risueños y suaves de la naturaleza. Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de esas regiones. Las generaciones se suceden en la humanidad, como las olas de este río, inmenso como el mar. Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el de la eternidad: se desprende, arrasa, arrebatada en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y descien- de con ellos al caos eterno de la nada. Pero la creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte. Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este río esta generación amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrá otra y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo a mis ojos. Vendrán.

Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de compasión por los errores y las desgracias de la mía. Sí; tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido la frente de los que hoy viven. Sí, tengo fe; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡Pa-

tria! ¡Patria! ¡la generación presente no tiene sino el nombre de sus padres!

José Mármol

La quena

La flauta de los indios peruanos, inspirando a la fábula, ha despertado universal interés entre los que leyeron u oyeron referir que la quena reproduce con sus melodiosas lamentaciones el milagro de Amphion, porque obliga a la fantasía a reconstruir el abatido imperio de los Incas y sus pulverizados monumentos.

Cuenta la crónica oral, que cierto joven peruano, apellidado Camporeal, hijo de español y de india, se enamoró de una doncella descendiente de los conquistadores. Lo que la naturaleza o el destino unió, fué separado por la arbitraria voluntad de los hombres. Los padres españoles de la virgen peruana, entendieron que los amantes no podían llamarse esposos por la desigualdad de sus cunas. Alejado Camporeal de Lima, se le hizo saber que su prometida había dejado de amarle, enlazándose voluntariamente con un apuesto caballero.

El desdeñado galán abrazó, en su desesperación, la carrera del sacerdocio. Transcurrido algún tiempo, regresó a Lima, donde en un día señalado en los anales del infierno, volvió a encontrar en su camino a la in-

grata que le traicionara. Celebrando en un templo, al volverse al pueblo para decir a los fieles: "El Señor sea con vosotros", la mujer infiel le respondió con su inteligente y atractiva mirada: "Tú serás conmigo". Desde aquel momento, despertóse en el pecho de Camporeal la dormida y fiera pasión.

La casualidad descorrió el velo que había enlutado la vida del sacerdote. Acudió a la tentación, atraída por el amor, y Camporeal fué perjuro a sus sagrados votos. Nunca mayor tempestad destrozó el alma de un hombre amante de la virtud.

Pero Camporeal amaba más que todo a María, quien para él era acabado compendio de lo bello y de lo bueno. Vencido él y vencida ella, ambos se dejaron deslizar por el plano inclinado en que la fatalidad los colocara. Camporeal y María, huyeron a las montañas y les pidieron asilo.

Establecidos en una pobre e improvisada cabaña, pasaron algún tiempo gustando un amor mezclado con la hiel de los remordimientos. La mano de la desgracia señaló a la muerte el apartado lugar en que ellos habían burlado la saña de sus perseguidores. El alma de la infortunada peruana, al abandonar la tierra, arrastró consigo la razón del más infortunado Camporeal; y el avaro no quiso desprenderse de su tesoro.

Aquel amante dantesco, sacó del lecho el helado cuerpo de María, lo colocó en el banco de tosca piedra en que ella acostumbra sentarse, ocupó el sitio de la derecha, y formó el propósito de presenciar la lenta descomposición del cadáver.

Durante las fúnebres veladas que con la muerte pasó, compuso un canto, no imitado ni imitable. En cada estrofa consignó la metamorfosis de una de las

gracias de María, operada por la disolución de la carne, que iba desprendiéndose gradualmente de los huesos.

Luego que el cadáver quedó reducido a un blanco y descarnado esqueleto, él formó con una de las tibias una flauta, y con ella, después de sepultados los despojos de María, evocaba el alma de su amante, en la noche callada y rumorosa.

Eran tan desgarradores los sonidos del horrible instrumento, que los pastores de las cercanías, percibiendo lamentos emanados de una región misteriosa, abandonaron sus humildes cabañas. La música y las palabras del canto de Camporeal, son conocidas en el Perú con el nombre de "manchai-puitu" o sea el cántico aterrador.

Tal es la crónica de la quena, sueño de alguna fantástica imaginación.

La quena existía en el Perú, mucho antes de que los españoles pensarán en conquistar el imperio de los hijos del Sol. Nadie ignora tampoco y esto explica el origen de la leyenda, que los romanos tenían una flauta llamada tibia; de la cual, por analogía de forma, se tomó el nombre con que hoy es conocido el hueso inferior de la pierna humana.

La quena, fabricada generalmente con una caña peculiar de las montañas del Perú, mide media vara de larga y dos tercios de pulgada de diámetro. Abierta por sus dos extremos, con la embocadura formada por un resorte en forma de rectángulo, pero cuyo lado superior está eliminado y el opuesto a éste cortado, como en los clarinetes, hacia el interior y en forma de chaflan, tiene cinco agujeros en la parte superior y uno al costado, por cuya razón sólo produce semitonos fúnebres.

Los indios introducen algunas veces una parte de la quena en cántaros de barro, horadados a ex profeso. Por medio de esta operación, las melancólicas voces de la flauta americana adquieren una resonancia y una tristeza imponderables.

El Yaraví o Haraví que se canta acompañado por la quena, existía también en la época de la dominación de los Incas. El nombre de esta composición es derivado del de Haravicus, "inventores", con que eran conocidos los elegíacos poetas peruanos.

La desgarradora tristeza del yaraví proviene más del presentimiento del destino adverso que aguardaba a la raza de los compositores, que de esa especie de nostalgia que domina a los poetas que se creen peregrinos en la tierra. La indolencia y melancolía de los antiguos indígenas del Perú puede achacarse a una causa parecida a la que produjo el abatimiento de los hombres en el milenio.

El presentimiento de la esclavitud o de la muerte, arranca lágrimas a los débiles, mientras los fuertes se aprestan para la lucha o esperan el golpe fatal sumergidos en indolente reposo. Es conocido el vaticinio de Viracocha. Cuando Huaina-Capac fué advertido de la llegada de los españoles al Perú, recordó inmediatamente que había sido anunciado que en el reinado del duodécimo Inca el imperio sería conquistado "por hombres blancos y barbudos".

Un escritor peruano dice que la música y el canto de la quena, son gemelos del *super flumina babilonis* del pueblo hebreo. El hijo de América, a semejanza de los hijos de Sion, ha cantado y ha llorado su cautiverio en sentidas estancias, mezclando sus lágrimas con las aguas del lago Titicaca y con las ondas del río

Apurimac. Eco de aquel quejido del profeta: "Contemplad y ved si hay dolor semejante al dolor mío", lanzado desde las barbacanas de Jerusalén, es el triste y desgarrador acento de los haravicus, repetido de generación en generación, en las profundidades de las **yungas** y en las alturas de las **punas**.

"La música del yaraví, escribe Paz Soldán, es por término menor, pasando muy rara vez al mayor, en cuyo caso el grave bemol, el dulce sostenido y el agradable becuadro son los que entran en su composición, que admite prodigiosas apoyaturas, oportunos ligados, calderones y los más poderosos trinos. Casi no tiene un compás determinado, ni arreglado a los principios estrechos de la música, aunque hay algunos de tres por ocho, seis por ocho y tres por cuatro. Se puede decir que son caprichos o fantasías musicales. Consiste su principal mérito en la estrecha y admirable armonía que guarda la música, que llaman la tonada, con los versos, que tienen el nombre de letra. Las penetrantes y sentidas notas del yaraví llenan el alma de mil inexplicables tormentos, hasta cierto punto dulces y gratos, porque nacen del amor".

En Bolivia se cree generalmente que la música de "Traviata" ha sido inspirada por algunos de los yaravíes más populares de esa república. Muchas personas ilustradas se adhieren a este parecer, asegurando que los principales motivos de la ópera nombrada, son americanos; lo cual no debe maravillarnos, si recordamos que "Aída", última partitura del maestro Verdi, ha sido escrita sobre aires populares del Egipto, recogidos por un italiano residente en el Cairo.

Los tocadores de quena ejecutan dúos inolvidables para el que es capaz de percibir dentro de tan imperfecto instrumento, el alma sollozante del indio

triste. Una de las queñas lleva el canto y otra el acompañamiento, o la primera toca una especie de reclamo, al cual responde la segunda a la distancia.

Es imponderable la sensación que produce el diálogo de las flautas, cuando se le escucha en la montaña, áspera como el camino de la vida, y en una noche nebulosa como el destino del músico desdichado. Pero aún mayor y más imponderable efecto produce el monólogo de la flauta americana.

El dúo nos inclina a pensar en el dolor compartido: el monólogo es la querrela del solitario sin consuelo. Estos monólogos suelen partir del corazón del indio errante o del alma del amante traicionado. El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas: el segundo suplica a Pachacamac, "el que da vida y anima el universo", o a la luna, púdica amada del padre de los incas, que le devuelva el corazón de la mujer, a quien pretende levantar en la montaña un altar, adornado con flores de amancai y perfumado con resinas de sus selvas tropicales.

La música de la quena no encuentra atmósfera propicia, ejecutada a la luz del día: es música de la noche, del misterio y de la soledad.

Yo la escuché por primera vez al pie del nevado Tacora.

El agua de una acequia murmuraba no sé qué historia de la lejana vertiente, y los insectos formaban con sus zumbidos una especie de vibración de cuerdas formadas con hilos de luz. Se aspiraba un aroma tan leve, tan delicado, como el perfume que dejan tras sí las vírgenes que pasan adornadas para las fiestas. En el azul firmamento brillaba la luna, muestra transparente del reloj de los amantes, despojada por

las hadas buenas del horario que señala las divisiones del tiempo, pero que siempre marca el momento de la cita.

Era uno de esos instantes en que la memoria recuerda, detalle por detalle, la historia de largos y melancólicos días; instantes que nos dejan el alma herida o la frente cubierta de nieve. En las alturas del recuerdo cae nieve incesantemente, y el hombre pierde en ellas la voz, como al tocar la cima de la encumbrada montaña, después de una ascensión fatigosa. Mudo, cual todos los que en la noche, a la luz de la luna, con los ojos puestos en los Andes, y el pensamiento fijo en el amor de la patria, recuerdan y se lamentan en silencio, comprendí entonces que la voz de la quena es la voz de los dolores íntimos, la única voz capaz de expresar fielmente las amarguras de la ausencia, del peregrinaje y del olvido.

Santiago Estrada

El libro y su lectura

San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia, ha escrito, para expresarla, su más bella y completa definición. La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el lienzo y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros por la inteli-

gencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia. Los apóstoles recibieron como misión suprema la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca Popular; y estamos desde entonces todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos, para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas.

El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Cincuenta bibliotecas, desde Quilmes hasta Humahuaca, han nacido ya bajo los auspicios de la "Ley Nacional", demostrando que no es perdida entre nosotros la invocación que se hace a los sentimientos generosos.

Difundamos su conocimiento, hagámonos sus ejecutores y sus agentes; y el llamamiento permanente consignado en la ley, y la cooperación ofrecida a los que quieran promover el adelanto intelectual de su país por la difusión de buenos libros, determinarán una nueva dirección a la caridad pública, haciendo brotar ese raudal de la beneficencia y del patriotismo, que en la Unión Americana dota los establecimientos de enseñanza, funda bibliotecas populares y derrama

a millones páginas impresas, para que se dispersen por su pueblo y por el mundo, como nuncios de la verdad que pertenece a todos los hombres!

¿Por qué no suscitarán también entre nosotros esas asociaciones, que apellidándose con el nombre glorioso de Franklin, han creado las librerías de distrito en los Estados Unidos, y que hoy se propagan rápidamente por la Francia?

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy dispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal y puede decir como el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre, pero no siempre vienen a su encuen-

tro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que pueden renovar a su albedrío.

Rioja ha podido decir así, con simplicidad tocante:

“Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño leve
Que no perturben deudas ni pesares”.

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma; y Montesquieu ha escrito en sus “Pensamientos” que jamás tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de lectura.

He ahí un hombre al que la inteligencia ha hecho grande entre los hombres de su época o de su siglo. ¿Qué ha pensado sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, eternos problemas que yo no puedo sondear, porque mi espíritu se halla inculto y mis horas pertenecen al trabajo material? La biblioteca de la aldea contiene sus libros; y no habrán pasado las veladas largas de este invierno sin que yo sépa lo que San Agustín meditó sobre Dios, lo que Pascal discurrió sobre el hombre, y lo que Humboldt enseña sobre las leyes que rigen el universo visible.

El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven obscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de

aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo abstraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan en perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

Nicolás Avellaneda

Patriotismo

Todos aman su patria, y muy pocos tienen patriotismo: el amor a la patria es un sentimiento natural, el patriotismo es una virtud: aquel procede de la inclinación al suelo donde nacemos y recibimos las primeras impresiones de la luz, y el patriotismo es un hábito producido por la combinación de muchas virtu-

des, que derivan de la justicia. Para amar a la patria basta ser hombre, para ser patriota es preciso ser ciudadano, quiero decir, tener las virtudes de tal. De aquí resulta que casi no tenemos ideas de esa virtud, sino por la definición que dan de ella los filósofos; a todos oigo decir que son patriotas, pero sucede con esto lo que con los avaros, que en apariencia son los más desinteresados, y a juzgar de su corazón por los sentimientos que despliegan sus labios, se creería que el desinterés es virtud favorita. La esperanza de obtener una magistratura o un empleo militar, el deseo de conservarlo, el temor de la execración pública y acaso un designio insidioso de usurpar la confianza de los hombres sinceros; éstos son los principios que forman los patriotas de nuestra época. No lo extraño; el que jamás ha sido feliz sino por medio del crimen, del disimulo y de la insidia, se persuade de que hay una especie de convención entre los hombres, para ser sólo virtuosos en apariencia; sin advertir que esta moral varía según los tiempos, y que sólo es propia de esos desgraciados pueblos, donde el ruido fúnebre de las cadenas que arrastran, los hace meditar cada día nuevos medios de envilecerse, para ser menos sensibles a la ignominia.

El que no tenga un verdadero espíritu de filantropía o interés por la causa santa de la humanidad, el que mire su conveniencia personal como la primera ley de sus deberes, el que no sea constante en el trabajo, el que no tenga esa virtuosa ambición de la gloria, dulce recompensa de las almas grandes, no puede ser patriota, y si usurpa este renombre es un sacrílego profanador. Yo compadezco a los americanos, y me irrito contra esos atrabiliarios pedagogos que venían del antiguo hemisferio a inspirarnos todos los vicios

eversivos de estas grandes virtudes: ellos merecen nuestra execración, aún cuando no sea más que por la barbarie e inmoralidad que nos han dejado en patrimonio. Sólo la fuerza del genio o del carácter que infunde nuestro clima ardiente, ha podido vencer el hábito, casi convertido en naturaleza, y descubrir por todas partes espíritus dispuestos a hacer frente al error y a la preocupación. Sigamos su ejemplo y hagamos ver que somos capaces de tener patriotismo, es decir, que somos capaces de ser libres y de renovar el sacrificio de Catón después de la batalla de Farsalia, antes que ver tremolar nuevamente el pabellón de los tiranos, y quedar reducidos a la ignominiosa necesidad de postrar delante de ellos la rodilla y saludarles con voz trémula para subir luego al suplicio, como lo hacían los romanos en la época de su degradación (1).

Mas no perdamos de vista que nuestra alma jamás tomará este temple de vigor y energía, mientras nuestro corazón no se interese en la suerte de la humanidad y entremos a calcular los millares de hombres existentes y venideros, a quienes vamos a remachar las cadenas con nuestras propias manos si somos cobardes, o sellar con las mismas el decreto de su libertad e independencia si somos constantes. Yo veo envueltos en el caos de la nada a los descendientes de la actual generación, y mi alma se conmueve y electriza cuando considero que puedo tener alguna pequeña parte en su destino: pero después me digo a mí mismo: ¿es posible que las sectas del fanatismo, y los sistemas de delirio tengan tantos mártires, apóstoles y prosélitos, al paso que la causa de los hombres

(1) *Salve Imperator, morituri te salutant.* — Tacit.

apenas encuentra algunos genios distinguidos que la sostengan y defiendan? Yo me veo obligado a inferir de aquí que son pocos los patriotas, porque son pocos los que aman la causa de sus semejantes: y si algunos la aman, su conveniencia personal y poca constancia en el trabajo los convierte en refinados egoístas.

Muy fácil sería conducir al cadalso a todos los tiranos, si bastara para esto el que se reuniese una porción de hombres, y dijese en una asamblea: somos patriotas y estamos dispuestos a morir para que la patria viva; pero si en medio de este entusiasmo el uno huyese del hambre, el otro no se acomodase a las privaciones, aquél pensase en enriquecer sus arcas, en dilatar sus posesiones, en atraerse por un lujo orgulloso las miradas estultas de la multitud, y éste temiese sacrificar su existencia, su comodidad, su sosiego, prefiriendo la calma y el letargo de la esclavitud a la saludable agitación y dulces sacrificios que aseguran la **libertad**; quedarían reducidos todos aquellos primeros clamores a una algarabía de voces insignificantes, propias de un enfermo frenético que busca en sus estériles deseos el remedio de sus males. Pero quizá me dirá el pusilánime egoísta, que su espíritu se resiente de una empresa tan ardua, y que la incertidumbre del éxito hace fluctuar su resolución; y yo pregunto: ¿en qué está la incertidumbre?

Las circunstancias son favorables, los enemigos interiores que tenemos no pueden hacer progresos sin destruirse, y los mismos cuidados que nos causan, hacen un contraste a las rivalidades recíprocas que nunca faltan; las potencias europeas se hallan como encadenadas por sus mismos intereses, y ninguna nación emprende conquistas en los momentos que teme debilitarse; hará tentativas cautelosas y aún las ocul-

tará porque su descubrimiento podría influir en los celos y apoyar los cálculos de sus vecinos; nuestros recursos, por otra parte, no son mezquinos; tenemos brazos robustos, frutos de primera necesidad y para abundar en numerario bastará que el gobierno considere lo imperioso de las circunstancias, y el arbitrio inevitable que han tomado las naciones en igual caso. ¿A qué ese monopolio de caudales en tres o cuatro individuos, quizá enemigos del sistema? A ninguno se le quite lo que es suyo, pero ¿por qué no suplirá el estado sus urgencias con los caudales de un poderoso, que en nada contribuye, especialmente cuando la constitución protege sus mismos intereses y puede asegurar el reintegro de un suplemento? Desengañémonos. La incertidumbre del éxito no depende de una causa necesaria y extraña, sino de nuestro interés personal y será cierto el éxito de nuestra empresa.

Bien sé que hay muchas almas generosas, que desembarazadas de todo sentimiento servil, no tienen otro impulso que el amor a la gloria; éstas no necesitan sino de sí mismas para hacer cosas grandes; ellas imitarán al intrépido romano que inmoló sus propios hijos para salvar la patria, y emularán la virtud de los 300 espartanos que se sacrificaron en el paso de las Termópilas **por obedecer a sus santas leyes**. La mano del verdugo, el brazo de un déspota, el furor de un pueblo preocupado, nada intimida a los que aman la gloria. Seguros de que vivirán eternamente en el corazón de los buenos ciudadanos, ellos desprecian la muerte y los peligros con tal que la humanidad reporte alguna ventaja a sus esfuerzos. Esta clase de hombres es la que expulsó de Roma a los tarquinos, la que dió la **libertad** a la Beosia, a la Tesalia y a toda la costa del mar Egeo; la que hizo independiente a la

América del Norte en nuestros mismos días, y la que formará en la del Sud un pueblo de hermanos y de héroes. No hay dificultad, ya veo la aurora de este feliz día. ¡Oh momento suspirado! Las almas sensibles te desean, y se preparan a sufrir toda privación, todo contraste por tener la gloria de redimir la humanidad oprimida; los patriotas de corazón han jurado no acordarse de sí mismos, ni volver al seno del descanso hasta afianzar en las manos de la patria el cetro de oro, y ver expirar al último tirano a manos del último de los esclavos, para que no queden en nuestro hemisferio sino hombres libres y justos.

Bernardo Monteagudo

Carácter Comunal de la Revolución de Mayo

Llegamos a 1810, a la época de la gran Revolución de Mayo, en que todo parecía que iba a ser arrancado de raíz: leyes, instituciones y tradición. Sin embargo, no fué así, y fácil será notar que las formas vivaces del movimiento histórico independiente, no son sino la aplicación de los principios coloniales modificados, como es natural, de acuerdo con el nuevo medio en que los sucesos han de desarrollarse y que éstos tienen su génesis y su explicación en su estado colonial.

Y así no sólo la Revolución de Mayo fué un movimiento de carácter esencialmente municipal, sino que todos los movimientos posteriores del período de la

independencia, tan variado como terrible, responden a ese mismo origen. La federación argentina no es sino el desenvolvimiento natural del comunalismo colonial; las catorce Provincias Unidas del Río de la Plata no son sino las catorce ciudades-cabildos de la parte del virreinato de Buenos Aires que hoy ocupa la República Argentina, que desde principios de la revolución asumieron la representación del pueblo y fueron admitidas a las asambleas nacionales en su capacidad colectiva. Todo en obediencia a los viejos principios de que no pudieron desprenderse, como era natural.

Y se comprende esto fácilmente después de los largos desarrollos en que hemos entrado antes de ahora. A principios del siglo XIX y debido a las múltiples causas que hemos estudiado en los capítulos anteriores, el país argentino no era sino un conjunto de ciudades-cabildos en donde se había reconcentrado toda la vida política y social, constituyendo así las únicas entidades vivaces y autónomas. Las Provincias e Intendencias, de creación real, tenían una existencia puramente artificial y administrativa que no había penetrado el espíritu de las poblaciones, no sólo por su corta duración, sino porque pugnaban abiertamente con el espíritu comunal de las ciudades.

Ese carácter esencialmente comunal urbano del movimiento histórico colonial, imprimió su sello al período independiente que siguió a la gran Revolución de Mayo y por él se explican todos los fenómenos de la Historia Argentina, propiamente dicha, como va a verse.

Desde luego, nos encontramos con que llevada a cabo la Revolución de Mayo en un Cabildo abierto, como se sabe, la primera Constitución argentina escrita

fué la obra de ese mismo Cabildo de 1810, que en su reunión del 24 de Mayo echó las bases de un gobierno popular y representativo.

El gobierno que constituía por el acta capitular del 24 de Mayo el Cabildo de Buenos Aires era en cuatro rasgos la Constitución completa, aunque embrionaria, de un país libre. Fué una fatalidad que los peligros que rodeaban al país argentino por el lado de Montevideo, del Perú y de Chile impidieran el desarrollo orgánico de los principios de gobierno libre que entrañó la Revolución de Mayo, modificando éstos en el sentido de la cruel necesidad de la defensa propia. Pero lo fué también y mucho más, que este mismo peligro hiciera imposible el gobierno proyectado por el Cabildo del 24 de Mayo, mucho más orgánico y, por consiguiente, más seguro en sus resultados, pues que habría dado a la Revolución una forma más evolutiva.

En aquel proyecto había todas las bases de la Constitución de un gobierno parlamentario, que para serlo en regla no habría necesitado más que hacerlo funcionar para completar a la inglesa sus resortes y articulaciones.

Lo que el Cabildo constituía entonces no era en realidad un gobierno parlamentario, pero por instinto político constituía una armazón gubernativa que poseía en sí la calidad o el rasgo que en concepto de sus apasionados hace más preciso el gobierno parlamentario: la acción continua del pueblo legítimamente ejercida por el Poder Ejecutivo a través de la rama popular.

Dados los elementos de gobierno con que el país contaba en esos momentos y las dificultades que se

presentaban para improvisar la rama popular, el Cabildo tomaba por base el cuerpo constituído que en la Constitución colonial representaba el pueblo, el Cabildo mismo.

Francisco Ramos Mejía

Garibaldi

Tenía yo entonces veintidós años, y la personalidad de Garibaldi ejercía sobre mi imaginación una especie de fascinación, que me atraía irresistiblemente por las hazañas que de él había oído relatar, y por una especie de misterio moral que lo envolvía. Sólo tres veces lo había visto en mi vida sin tener ocasión de hablar íntimamente con él. La primera vez que lo conocí fué al abandonar el servicio de la República Riógrandense, donde había dejado una fama novelesca por su coraje y por su elevación moral. Brindaba con varios proscritos italianos que entonaban el himno de la Joven Italia, cuyo coro acompañaba él con voz dulce y vibrante, mientras comía con un pedazo de pan una salsa de ajos preparada a la genovesa, bebiendo un vaso de agua pura. Me dió la idea de un hombre que tenía en sí la embriaguez sagrada, y que no necesitaba de ningún estimulante extraño a su naturaleza para elevarse a la región del entusiasmo sereno. La segunda vez se me presentó tranquilo, dominador como el genio del combate, de pie sobre la popa de un pequeño barquichuelo artillado con tres piezas, llevando a remolque dos lanchas cañoneras, con las cuales desafiaba el poder de la escuadra del

tirano Rosas, que bloqueaba el puerto de Montevideo. Embarcaciones y hombres parecían obedecer al impulso de su voluntad, y entonces comprendí su poder de atracción en medio del peligro. La última vez lo había visto por acaso en el cuartel de la Legión Italiana. Anzani, su segundo jefe, que era la vara férrea de la disciplina del cuerpo, le dirigía estas palabras, en momentos de disponerse a ejecutar un castigo en varios legionarios: “¡Andate! ¡Tú no sirves para esto!”. Y Garibaldi había obedecido en silencio a su segundo, parándose a caballo en la puerta del cuartel. Ejecutado el castigo, la legión salió en columna, templada como una espada de acero, y prorrumpió en ¡vivas! entusiastas a Garibaldi, que la condujo ese mismo día al combate, con aquella irresistible atracción magnética que tenía en sí, y que era máyor en los momentos desesperados.

Quise aprovechar la ocasión de interrogar aquel enigma vivo, y extracto de mi diario militar la impresión profunda que me causó la conversación que en ese día tuve con él. Me penetré que era un republicano apasionado, por convicción y temperamento. Bajo un exterior modesto y apacible ocultaba un genio ardiente y una cabeza poblada de grandiosos sueños. Su sueño por entonces era desembarcar en las costas de la Calabria con su legión de voluntarios, dando la señal de la insurrección italiana, y morir en la demanda si no alcanzaba a clavar la bandera de la redención en el Capitolio de Roma. Su lenguaje al hablar de esto era apasionado y lleno de colorido, revelando un hombre instruído, con más sentimientos que ideas. Me expuso brevemente su teoría política a propósito de los males que afligían a la América del Sur, a los cuales no veía más remedio que nuevas revoluciones para

destruir los abusos, y nuevas guerras que la purificasen. Su palabra, aunque arreglada al ritmo de la moderación, era imperativa y dogmática. La impresión que me dejó fué la de una cabeza y un corazón en desequilibrio, un alma animada por el fuego sagrado con tendencias a la grandeza y al sacrificio, y la persuasión de que era un verdadero héroe en carne y hueso, y con un ideal sublime, con teorías de libertad exageradas y mal digeridas, que tenía en sí mismo los elementos para ejecutar grandes cosas.

Desde aquel día no dudé que Garibaldi sería con el tiempo el héroe de la Italia libre, y en la correspondencia que hemos mantenido en estos últimos tiempos, he tenido ocasión de recordarle los grandes destinos que en mi entusiasmo juvenil le predije entonces.

En aquella época tenía Garibaldi 36 años de edad. De estatura mediana, con anchas espaldas y miembros vigorosos y bien distribuídos, su persona tenía cierta pesadez, que se desenvolvía, empero, en ademanes fáciles y medidos, acentuados por el balanceo cadencioso del marino que cree sentir bajo sus plantas el movimiento de las olas agitadas. Su fisonomía era plácidamente grave, y la sonrisa se dilataba en ella, sin alterar su carácter con ningún gesto. Sus ojos azules, sólo revelaban la excitación de su ánimo cuando tomaban un tinte sombrío como el de la mar, al parecer tranquila, que guarda la tempestad en su seno. Las líneas de su perfil correctamente griego, eran rígidas y auteras. Su cabeza abultada y bien modelada, que llevaba siempre erguida, poblada de una cabellera rubia, larga y sedosa a la nazarena, con una barba entera de tinte rojizo a la que el sol daba reflejos leonados, hacía recordar los bustos de los héroes anti-

guos vaciados en el tipo ideal que se ha dado a las imágenes del Cristo. De tez blanca y color encendido por la sangre generosa, tenía en sí los elementos de la belleza y de la fuerza física, pero su belleza era más bien moral, como lo era su poder de atracción respecto de las masas, y el ascendiente de su valor firme y sereno en medio de los grandes peligros.

Garibaldi no usaba en aquella época la camiseta roja de sus legionarios de Montevideo, con que se presentó más tarde a la Europa como una aparición fantástica, en el sitio de Roma por los franceses. Su traje era una levita azul sin ninguna insignia, de cuello militar vuelto, con una doble botonadura dorada, constantemente abrochada de arriba abajo. Llevaba un sombrero blanco de castor, cilíndrico y alto de copa, con ala ancha doblada hacia arriba como la visera levantada de un casco de la Edad Media. Por un movimiento maquinal en él, su gesto más enérgico en medio del fuego era llevar la mano al ala de su sombrero, doblándola hacia arriba, como para descubrir mejor su espaciosa y abovedada frente.

Bartolomé Mitre

Condición de los Indios

Conquistados los aborígenes, pulverizados sus imperios, los colonizadores dieron principio a la magna tarea de explotar las incalculables riquezas de las Indias Occidentales. Y los hidalgos, que habían heredado de los latinos su ética precristiana, según la cual el trabajo es indigno del hombre libre, recurrieron a los indios, los batieron en sus últimas guaridas y pusié-

ronlos, cargados de cadenas, a explotar las minas y cultivar la tierra.

Los indios vencidos y tomados en abierta rebelión, se repartían entre los jefes y soldados vencedores, quienes los constituían en una especie de siervos domésticos que se denominaban yanaconas. Pero, si se sometían en paz o por capitulación, el jefe español los forzaba a hacer sus casas y formar pueblo fijo en el sitio que mejor le pareciese. Para la justicia y policía de ese pueblo se nombraba corregidor a un cacique, y se formaba un ayuntamiento con dos alcaldes y regidores indios, disponiéndose todo como si fueran españoles. Con tales colonias, transplantándose de Europa una institución feudal, se constituyeron encomiendas, que se entregaban a los jefes más beneméritos; los indios se llamaban entonces mitayos, estando obligados todos los varones de 18 a 50 años, a prestar anualmente, como los siervos de la gleba, dos meses de servicios personales al patrón o encomendero. Así, pacíficos o belicosos, entregados o vencidos — en fin, yanaconas o mitayos — los indios eran siempre naturales servidores del altivo godó.

La situación de los mitayos no era en realidad mucho más feliz que la de los yanaconas. Dueños de la fuerza y soberanos de sus pobladores, no tardaron los encomenderos en transformarse, como sus antecesores medioevales, en propietarios de la tierra. Y, en calidad de tales, su codicia tiranizaba tremendamente a los encomendados, extendiendo y agravando sin consideración sus forzosos trabajos.

Intentaron mejorar la suerte de los indios algunas misiones eclesiásticas, especialmente los jesuitas en el Paraguay. Pero estos misioneros tropezaban con la incurable rudeza de los guaraníes, raza inferior, in-

capaz de comprender la civilización española; además, el sistema jesuítico era demasiado imperativo para dar desarrollo a sus escasas facultades; hacíalos simples autómatas humanos... Fué así como, apenas expulsados de las colonias sus maestros por Carlos III, cayeron otra vez los indios de las misiones en su natural barbarie e ignorancia.

Mitayos o yanaconas, esclavos personales o siervos accesorios del suelo, los indios eran vendidos. Y a tan duras faenas los sometieron sus dueños, que morían a cientos millares. A veces, escapaban a los bosques... Entonces se los cazaba como a bestias útiles, con enormes mastines, amaestrados a tal efecto. Estas fieras desconocidas de los infelices indios, olfateaban admirablemente a los ocultos y a los prófugos; seguíanles el rastro, y, cuando los encontraban, saltábanles a la garganta, derribándolos, y los llevaban luego arrastrando, sujetos de las muñecas con los dientes. Si el indio se resistía, le devoraban vivo. Cebados en carne humana, en carne de indio, esos canes se convertían, para los perseguidos, en fabulosas hidras de siete cabezas y centenares de colmillos sangrientos y babosos...

Carlos Octavio Bunge

Charitas

No sé si se conoció el mundo antiguo, pero yo no he visto sus rastros luminosos en las obras que la civilización moderna reprodujera, desenterrándolas de las viejas ruinas. ¿Era acaso imperfecto el corazón humano de entonces? ¿O sólo sabía vibrar anatemas,

llorar elegías, cantar glorias de la patria y entonar himnos sorprendidos a las inagotables armonías de la naturaleza? ¿Nada más?...

No lo sé, pero yo lo veo radiar recién por vez primera en las orillas amenas del lago Tiberiades, con la palabra sublime del sublime predicador de la montaña.

La Grecia labra la aureola inextinguible del arte, inmortal como la hermosura de la naturaleza que inspiraron a sus poetas y a sus oradores: Roma obscurce con Escipión, con Mario y con César las glorias de Maratón, de Salamina y de Platea; con Virgilio se acerca a Homero; con Horacio a Píndaro y a Teócrito; con Cicerón iguala a Demóstenes y supera a Pericles; con Tácito eclipsa a Herodoto y a Tucídides. Sus jurisprudentes dejan en lastimosa penumbra a Solón y a Licurgo; sus instituciones políticas hacen olvidar por completo el arcontado y la agora. Todo se perfecciona: todo se engrandece...

Pero, yo no lo veo radiar todavía; ¡bendito sea el sentimiento de la caridad cristiana!; ni en las estatuas de Fidias, ni en las armonías de Píndaro, ni en las oraciones de Demóstenes, ni en las tragedias de Esquilo, ni en las victorias de César, ni en las dulzuras del de Mantua, ni en las enseñanzas de las Epístolas, ni en los anatemas del tiempo de la gran conjuración, ni en los tributos del pueblo, ni en el senado esplendoroso de la República, ni en las leyes, ni en los códigos...

Yo lo veo aparecer recién, como un haz de luz eterna, en las orillas agrestes del lago Tiberiades con la palabra sublime del sublime predicador de la montaña.

Bienvenido sea el sentimiento de la caridad, nacido allá en las alturas pintorescas de Galilea con la doctrina perdurable de aquel sermón sin ejemplo!

¡Y se cumplió entonces el presentimiento consolador de la égloga virgiliana! ¡Y los bizarros endiosamientos del paganismo clásico se fueron para vivir con el recuerdo, con el nombre de sus cantos y de sus poetas! Y se sintieron conmovidas las viejas instituciones erigidas sobre el principio de la división en jerarquías y clases, y al **Charitas divino** substituyó al fin al duro **aeterna auctoritas** de los romanos.

¡Oh, cómo no habían de escucharle asombradas las gentes de Nazareth y del Jordán! ¡Si brotaba en aquellas agrestes amenidades, como el torrente cristalino, aquel otro torrente incontrastable del sentimiento que había de regenerar el corazón humano y ennoblecer al hombre y enaltecer a los pueblos! . . .

“¡Que hay un Padre común, y son los hombres sus hijos y, entonces, los hombres hermanos todos son iguales!” ¡Bienvenida la igualdad y la fraternidad universales!

“¡Que ese Padre viste el heno del campo y alimenta las aves del cielo, y conserva los lirios del valle!”. ¡Bienvenido supremo pensamiento que a todos ampara en sus justicieras providencias!

“Si oísteis que se dijo: ojo por ojo, diente por diente, yo os digo que améis a todos, que bendigáis a los que os maldicen, que hagáis bien a los que os odian, porque si sólo amárais a los que os aman ¿qué méritos tendríais? ¿Acaso no hacen lo mismo los publicanos? Bienvenido el sentimiento compasivo que a todos nos vincula en los días del infortunio!

“Dad al que os pide: haced limosna, pero sin ruidos y no como lo hacen los hipócritas en las sina-

gogas. Dad limosna, que los tesoros de la tierra son fugaces: el orín y la polilla los carcomen; los ladrones los desentierran y los roban. ¡Que donde está tu tesoro, allí está tu corazón!”.

¡Bienvenido sea el fecundo sentimiento de la caridad, nacido como raudal cristalino, allá en las alturas pintorescas de Galilea con la doctrina perdurable de aquel sermón sin ejemplo!

Oswaldo Magnasco

Historia de una estrella

Después de la puesta del sol comenzó a flotar por los campos cultivados una tenue neblina que se confundía con las primeras sombras de la noche. Aparecieron las grandes estrellas. Sobre mi cabeza se encendió una particularmente fúlgida. Allá, a mi frente, otra. Y en todo el cielo, miles, millones de estrellas de todas magnitudes. Ya la noche se extendía por la tierra en toda su plenitud. Pero entre esa fulgencia de joyería celestial, llamó mi atención una estrella tan pequeña que pasara inadvertida sino fuera tan brillante. Se deslizaba con la misma cuidadosa prolijidad de un diminuto mecanismo, como se desliza en un reloj de bolsillo la minuciosa aguja que marca los segundos. La seguí en su camino. La ví pasar temerosa entre las nubes errantes, ocultarse, aparecer de nuevo, para sumergirse en el fondo del firmamento como en el fondo de un inmenso lago sereno. Y siguió por su línea preestablecida, como si se moviera a impulso de un recóndito estímulo, como arrastrada

por un hilo infinito. De pronto se detuvo como vacilante, y dejó de verla brillar.

Detrás del monte lejano de eucaliptus, enorme y vulgar, emergía la luna. La noche perdió, paulatinamente, el encanto de sus sombras. La pequeña y rutilante estrella desapareció sin duda, cuando el seno de la tiniebla estaba esclarecido.

Mario Bravo

Ambiente de la ilusión

Rodeado por todas partes de los elementos que han contribuído y contribuyen a su formación y evolución, el hombre, breve porción de la naturaleza, vive ávido de reacciones, de admiración y de curiosidad.

Todo movimiento del mundo exterior produce en él cambios de estado. Los fenómenos psíquicos — percepción, sentimiento, idea, acción —, son debidos a causas externas casi totalmente desconocidas.

Se han imaginado innumerables explicaciones: el mito material o el substancial, la hipótesis monista o la dualista, la teoría fisiológica o la físicoquímica; se ha poblado el espíritu de entidades maravillosas. Las imágenes sensoriales, verdaderas representaciones de las cosas del mundo, se vuelcan constantemente en los centros psíquicos; unas veces son la expresión de irritantes contemporáneos; otras el síndrome de una asociación perturbadora.

En ciertas ocasiones las imágenes reviven el pasado en forma de recuerdos nítidos y regulares; en

otras se transportan al presente y toman la apariencia de un fenómeno actual.

El hombre vive en este ambiente desde la infancia hasta la vejez. En él se apasiona, en él funda todas sus actividades. Pensar y soñar es para él una necesidad tan ineludible como la de creer en la existencia de sus concepciones y sueños.

No hay persona alguna que no persiga o tenga por compañero un ideal, esto es, un fantasma ilusorio. Si la ficción muere, un instante después renace bajo diferente forma, ya para embellecer, ya para desnaturalizar las personas y las cosas.

Un hombre se ilusiona sobre su talento, su apostura, sus condiciones; se imagina arrebatando muchedumbre o venciendo ejércitos o fascinando mujeres con ardiente mirar.

El contenido permanente de cada conciencia individual señala de antemano el carácter de la ilusión. El niño construye sus castillos con las leyendas bíblicas o magas; el joven con la perfección de su amada; el viejo con todo lo crecido detrás de sus años.

El artista y el sectario tienen vituallas propias y asumen por costumbre una actitud teatral: la capa y el penacho son el espejo de sus ilusiones.

El escéptico se forja un mundo de puras imágenes sin correlativo real; el místico un cielo de eternas alegrías que comienza a la muerte; el apóstol, la realización de un sueño que vale el martirio; el filósofo, una verdad absoluta; el misántropo, un mal incurable; el poeta, la aprehensión y encarnación de un ideal. Nadie escapa a estas transformaciones fantásticas de la mente, porque nadie puede variar la vía de las excitaciones sensoriales, ni impedir las conflagraciones

indiscernibles que se operan en el asiento mismo de las imágenes.

La ilusión, en su sentido más popular, es una especie de deseo, de aspiración y de esperanza; pero como estos estados suponen siempre una tendencia motora de adquisición o liberación, ora placentera, ora dolorosa según las circunstancias, la ilusión es el deseo, la aspiración o la esperanza sin tal tendencia: un fenómeno más estático que dinámico, un estado agradable de simple creencia. La ilusión, para el vulgo, comprende también los errores que no falsean las percepciones, como las ilusiones fundadas en una opinión exagerada de sí mismo o en un pasado que semeja a la reminiscencia.

En igual sentido la ilusión es el error que cometemos apreciando nuestras sensaciones de un modo distinto de los demás. Es iluso el que por naturaleza o hábito confía ciegamente en el éxito de las empresas, en la inflexibilidad de la conducta o de cualquier manera rompe el ritmo de la asociación intelectual.

Carlos Rodríguez Etchart

Asis

El camino prosigue soberbio, dentro de un marco de montañas. Los trigales son de un verde esmeralda, encantador, de esmalte, y sus líneas se detienen netas en los cuadros de tierra arada y sombría. En las laderas siguen, escalonándose, los olivos. Sus sombras leves de ceniza, toman en algunas pendientes, perfilándose, aspectos de sayales de monje. En los prados, so-

bre los trigos que ondulan con las brisas, se tienden las viñas aún secas, enroscándose a los olmos. Y cada árbol tallado sobre el tronco, tiene a veces algo de las cátedras de Nicoló de Pisa. Los campesinos han puesto en ello amor y paciencia, y por sus perspectivas de bosques dibujados, cruza un soplo de los antiguos escultores de Italia. Se pasa el puente de San Giovanni. Siempre entre trigales y viñas y cruzando aldeas, se llega al Tíber, amarillento en su caudal serpeante. En fin, líneas de arcadas, sobre una plaza, y Santa María de los Angeles lanza su cúspide monumental. En el centro del crucero está la ermita, la Porciúncula, y la construcción se ha hecho en torno de ese núcleo, para que justamente quede bajo la cúpula. Overbeck ha decorado el frente con un fresco imposible; pero, por fortuna, la puerta y los muros, y la reja del altar son los de la antigua. Los muros, en la parte baja, parecen más brillantes en su sombra, y son más pálidos: no es otra cosa que el beso de los fieles en un trabajo lento de siglos. De esta humilde capilla brotó, en el siglo XIII, el Renacimiento cristiano: la Italia volvió los ojos al Evangelio, y el mundo miró a la Italia, y el Evangelio atraía los ojos, con sólo exhalar, al través del santo hombre, la intensidad luminosa de su primitiva fuerza.

Contigua está la celda en que murió. En un nicho se ve el cordón del hábito, en el altar las estatuas en terracota, de Della Robbia. Y San Francisco, tomado de una máscara de su cadáver, aparece consumido, cual un penitente del desierto. No se adivina en el anguloso, tétrico rostro el destello de su ternura y de su amor, y esta imagen hace pensar en las que el arte ha forjado, sobre todo en el San Francisco de las escuelas españolas. Zurbarán y Ribera han dado el tipo, sin en-

contrar la fisonomía. El más popular y el más hermoso de todos es el esculpido por Cano. Pero San Francisco ora como San Jerónimo; tiene una visión como Joaquín de Flore; es como cualquier otro iluminado penitente. Dar su imagen en un cuadro o una estatua, es imposible. Se le puede tomar en un momento, pero nada más. Recorrer la vida de santos de su tiempo, es sentir cómo se destaca entre ellos con una originalidad extraordinaria. En él hay de seráfico, pero también de humanamente fascinado. Hemos visto a Santa Catalina, bien interpretada en un fresco de Bazzi. Pero para San Francisco, hay que hacer lo que el Giotto: cubrir de frescos una iglesia. Y este pintor, lleno del Dante, trata casi siempre de simbolizar virtudes. La influencia aquí es doble, porque el poeta había, en su Paraíso, cantado la gloria de aquel que, desposándose con la pobreza, viuda de su primer esposo, era como el sol, que, al levantarse, difunde en todos, sus rayos. Pero el Giotto pinta también milagros, escenas de su vida, su muerte, su canonización, toda su historia. Sin embargo, ¿cómo interpretar sus diálogos, que bajo este cielo de Umbría adquiere un doble encanto? ¿Cómo pintar su amistad con las aves, y dar el espíritu de sus discursos, que en la armonía del cuadro, son cual la representación ingenua y gráfica de una parábola concebida en el cielo?... Hemos visto ese camino de Bevagna, sin un árbol, sin un arroyo, con sus ondulaciones cenicientas: y anímase la figura del cantor del fruto, de la hierba, del "agua útil, humilde, preciosa y casta"; y se comprende de que los pájaros se inclinaron a su palabra como hacia la frescura de una fuente. ¿Cómo pintar sus bromas en el fondo agudas, bajo la inocencia de la forma, y su palabra alegre, que hacía soportables a sus compañeros

todas las penurias? Para él, la mejor plegaria son algunas lágrimas arrancadas por un pasaje de la Pasión; pero fuera de ello, el llanto está proscrito. Se debe por obligación canónica, a más de casto y obediente, ser alegre: **gaudente in Dómino**; y él fulgura, con la alegría inefable de las almas transparentes... ¿Cómo pintar al monje, artista y trovador, que deseaba correr las ciudades y los campos entonando el Cántico del Sol? ¿Cómo hacer que de un cuadro se desprenda la infinita delicadeza de todas las peculiaridades de su vida? Va a morir, y desea escuchar una melodía de su juventud; no se atreve a manifestar su anhelo, más de una noche se oye un arpa en el espacio, y los ángeles le aduermen, dulcificando en un divino tono el aire nostálgico de su adolescencia... Cuando se trata de prosternarle en el monte Alverno, frente al serafín que resplandece y se evapora, dejándole las llagas de Cristo, el Giotto sabe sentir la escena y expresarla con talento. Pero cuando se debe hacer vibrar la armonía interior, que es el perfume de su fuerza y tiene sus ecos en su palabra, más que en las cosas, el esfuerzo es nulo y la obra se quiebra como una débil caña.

Después de recorrer el convento y el jardín de las rosas, en cuyas espinas, acosado por la tentación, una noche San Francisco desgarró su cuerpo, se asciende a Asís en media hora para visitar su tumba. Sobre una iglesia se ha edificado otra iglesia. La de abajo es una verdadera catacumba, con sus naves aplastadas y sombrías, bajo la opresión de las moles. Rejas por todas partes, en las capillas, en los cruceros, en los arcos, y el hermoso mausoleo de la reina de Chipre surge todo de mármol; y bajo la bóveda de frescos coloreados, sombríos en la penumbra, es como un so-

berbio altar de la muerte. En el fondo, un tabernáculo de oro, se perfila sobre los vidrios de colores iluminados. Hay allí más claridad. El órgano suena, los oficiantes cantan y un grupo harapiento de hombres responde entre dientes. Una nube de incienso perfuma la nave como el aliento de las cosas viejas estremecidas, y parece iluminar el cerebro, y un hálito de juventud, con la esperanza de una resurrección, toca las estatuas en el ambiente, en que hay cual un temeroso sigilo. El grupo, desde lejos, en la luz de un vidrio que aguza las cabezas y convierte los cuerpos en sombras, es cual un puñado de los primeros catecúmenos celebrando sus ritos en torno de un sepulcro. Por una escalera de piedra se baja a la cripta. Se encienden las velas del altar, frente a las lámparas que penden, apagadas, de la bóveda. Toda la peña en que estaba la tumba de San Francisco ha sido cubierta por una construcción de mármol. Cuando se descorre la cortinilla, aparece la reja antigua. Pero no se ven sino hierros cruzados sobre un vacío en que se imagina una caja. Se vuelve a la iglesia, para subir esta vez al templo superior. En los muros laterales está la colección de los frescos de Giotto, casi perdidos por la humedad y el tiempo. El fraile que nos acompaña intenta algunas explicaciones que demuestran su ignorancia. La nave inmensa, desmantelada, tiene no poco de desolación y el frío del abandono.

Se sale de allí con impresión penosa. La memoria de San Francisco no está guardada por los descendientes de Bernardo de Quintevalle. Pero él, al desconocimiento y al abandono, quizá llamara felicidad suprema. . . “Si cuando lleguemos a Nuestra Señora de los Angeles — exclamaba una noche en el camino de Perusa — calados por la lluvia, helados de frío, cubiertos

de barro, muriendo de hambre, el portero que acuda a nuestro llamado pregunta colérico: —¿Quiénes sois? y al responder nosotros: —Dos de tus hermanos, él contesta: —Mentís; partid de aquí; entonces, si rechazados soportamos todo sin murmurar, y pensamos con humildad que el portero nos conocía y que Dios le ha hecho así hablar contra nosotros, escribid, ¡oh hermano León, que ese es el gozo perfecto!...”.

Y este humilde fraile fué un grande hombre. El Papa Inocencio III, pudo soñar la basílica de Letrán, apoyándose en el hombro donde amorosamente, como una desposada, habíase reclinado la Pobreza. Su obra fué dos veces buena, porque no se encerró, entre su amor y Dios, como otros místicos, y pensando en el hombre, borró el ceño adusto de la Edad Media... El vuelve a los corazones la esperanza, y a los espíritus, la sonrisa. La miseria besa confiada el borde de su sayal, sabiendo que, en vez del anatema, hay más arriba dos bondadosos brazos abiertos. Y el viajero corta y pone en el libro familiar una hoja de sus rosales sin que la mano indigna tiemble, pues su inmenso amor hizo nacer en Galilea una segunda fuente de piedad!

Angel Estrada (h.)

El General San Martín

El general San Martín, era de una estatura más que regular; su color moreno, tostado por las intemperies: nariz aguileña, grande y curva; ojos negros, grandes y sus pestañas largas: su mirada era vivísima, que al parecer simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza: ni un

solo momento estaban quietos aquellos ojos: era una vibración continua la de aquella vista de águila: recorría cuanto le rodeaba con la velocidad del rayo, y hacía un rápido examen de las personas, sin que se le escaparan aún los pormenores más menudos. Este conjunto era armonizado por cierto aire risueño que le captaba muchas simpatías.

El grueso de su cuerpo era proporcional al de su estatura, y además muy derecho, garboso, de pecho saliente, tenía cierta estructura que revelaba al hombre robusto, el soldado de campaña. La cabeza no era grande, más bien era pequeña, pero bien formada: sus orejas eran medianas, redondas y asentadas a la cabeza: esta figura se descubría por entero, por el poco pelo que usaba, negro, lacio, corto y peinado a la izquierda, como lo llevaban todos los patriotas de los primeros tiempos de la revolución.

La boca era pequeña: sus labios de regular grueso, algo acarminados, con una dentadura blanca y pareja: usó en los primeros años un pequeño bigote y patilla corta y recortada: esta fué su costumbre general desde que fué de Intendente a Mendoza. Lo más pronunciado de su rostro eran unas cejas arqueadas, renegridas y bien pobladas. Pero, en cuanto fué ascendido a general, se quitó el bigote.

Su voz era entonada, de un timbre claro y varonil, pero suave y penetrante y su pronunciación precisa y cadenciosa.

Hablaba muy bien el español y también el francés, dice Pueyrredón, aunque con un si es no es de balbuciente. Cuando hablaba, era siempre con atractiva afabilidad, aún en los casos en que tuviera que revestirse de autoridad. Su trato era fácil, franco y sin afectación, pero siempre dejándose percibir ese espí-

ritu de superioridad que ha guiado todas las acciones de su vida. Tanto en sus conversaciones familiares cuanto en los casos de corrección, cargo o reconvencción a cualquier subalterno suyo, jamás se le escapaba una palabra descomedida o que pudiese humillar el amor propio individual: elegía siempre el estilo persuasivo aunque con frases enérgicas, de lo que resultaba, que el oficial salía de su presencia convencido y satisfecho, y con un grado más de afección hacia su persona.

Jamás prometía alguna cosa que no cumpliera con exactitud y religiosidad. Su palabra era sagrada. Así todos, jefes oficiales y tropa, teníamos fe ciega en sus promesas.

Su traje por lo general, era de una sencillez republicana. Vestía siempre en público el uniforme de Granaderos a caballo, el más modesto de todos los del ejército, pues no tenía adornos ni variedad de colores como otros cuerpos usaban en aquel entonces. La casaca era de paño azul de faldas largas, con sólo el vivo rojo y dos granadas bordadas de oro al remate de cada faldón. Pantalón de punto de lana azul o de paño, bastante ajustado, y encima la bota de montar. Este mismo pantalón se usaba también largo hasta el empeine del pie, con una guarnición o vuelta de becerro o charol negro de 6 a 8 pulgadas de ancho, con cartera y botonadura al costado de la pantorrilla para abrocharla, a que la moda le daba el nombre de "medio sajón", pues cuando esa cartera subía hasta la pretina del pantalón, se le llamaba "sajón entero". Usaba sombrero apuntado, semejante al tricornio, forrado en hule, sin más adorno que la escarapela nacional, con presilla y borlas de canelón de oro por re-

mate en cada pico; y su sable de latón de acero bien bruñido.

Su vestido familiar dentro de casa, era una chaqueta de paño azul, larga y holgada, guarnecida por las orillas y el cuello con pieles de marta de Rusia, y cuatro muletillas de seda negra a cada lado para abrocharla por delante: en invierno, un levitón o sobreto do de paño azul hasta el tobillo, con bolsillos a cada costado a la altura de la cadera, y por adelante, botonadura dorada para abrocharlo: y de ordinario usaba una cachucha de pieles de marta de Rusia también con un galón de oro angosto en la visera. Con el mismo levitón solía salir otras veces a la calle, en los días fríos y lluviosos, pero con elástico y con sable.

Algunas tardes salía también de paseo a caballo, en un alazán tostado, rabón a la corva, con la crín de la cerviz atuzada de arco, como dicen los aficionados, y otras ocasiones, en un zaino oscuro, de cola larga y muy abundante. En estos paseos lo acompañaba apenas un ordenanza. Su montura era una silla de picos con pistoleras, y cubierta de un **chabrac** o caparazón de paño azul, sin más adorno que dos borlas del mismo paño, en el remate de los picos traseros. Pero era tan gallardo y bien plantado a caballo como a pie, muy semejante a la estatua ecuestre con que Buenos Aires ha adornado el paseo del Retiro, que parece que el artífice lo hubiese visto en su época para exhibirlo con tanta perfección.

“En su sistema alimenticio (dice Pueyrredón) era parco en extremo, aunque su casa y su mesa estuviesen montadas, como lo estaban, a la altura correspondiente a su rango. Siempre asistía a la mesa, pero a presidirla de ceremonia o tertulia. El comía solo en su cuarto a las 12 del día, un puchero sencillo, un asa-

do, con vino de Burdeos y un poco de dulce. Se le servía en una pequeña mesa, se sentaba en una silla baja, y no usaba sino un solo cubierto: y concluida su frugal comida, se recostaba en su cama y dormía un par de horas. Luego se levantaba y se vestía, como para asistir a la mesa. A las tres de la tarde cuando la mesa estaba servida y presentes el secretario, sus edecanes, el oficial de guardia y alguna otra persona, él se presentaba y tomaba asiento. Como asistía sólo de tertulia, después de servir la sopa, entablaba conversación de cosas diferentes, de noticias locales o de otros asuntos, pero jamás hablaba de política”.

Gerónimo Espejo

Patria y honor

Aquella noche de octubre de 1862, algunos oficiales de la nave capitana nos habíamos reunido sobre la toldilla de la popa del “Guardia Nacional”, rodeando el banco en que recordaban sus campañas pasadas, los entonces coroneles José Murature y el comandante Luis Py.

El jefe de la escuadra había ordenado que los buques que formaban la flotilla de Buenos Aires permaneciesen con los fuegos encendidos, manteniéndose al ancla y preparados para el combate. Se temía que, esa noche, la escuadra de la Confederación atacase. Estábamos fondeados en la cancha del Paraná, frente al Diamante, y el enemigo, acarenado al pie de las barrancas de Punta Gorda y protegido por las baterías de tierra, había comenzado a levantar vapor desde que empezó a obscurecer.

La noche era de luna llena. El Paraná estaba tran-

quilo y terso como un espejo. La sombra de los árboles que festoneaban sus márgenes formaban dos anchas franjas oscuras, que nuestros botes recorrían para evitar una sorpresa. En todos nuestros buques se permanecía de pie y en vigilante expectativa.

En el "Guardia Nacional", los que no estábamos de servicio esa noche, Zacarías Pereyra, José M. de las Carreras, los Seguí, Juan Coquet, yo y algunos otros, escuchábamos en silencio a los dos viejos marinos que, contrarios en otros tiempos, el destino había reunido bajo la misma bandera para pelear por la misma causa.

Murature había hablado de su papel en la epopeya que comenzó en la revolución del Sur y terminó en la tragedia de Jujuy.

Py había narrado episodios de su vida de pirata y de perseguidor de negreros; y, luego, cuando habló de Brown, recordando que había servido con Coe, relató una anécdota conservada en la memoria de su jefe, y que sólo puede perpetuarse por la tradición.

Mis impresiones actuales no recuerdan el combate a que ella se refiere, pero tengo frescos los detalles que la forman en su esencia.

En aquellos días de heroísmo sublime, en que unos cuantos buquecillos mal equipados se batían con escuadras formidables, Lorenzo Rosales y Tomás Espora eran dos de los mejores capitanes argentinos que acompañaban a Brown en sus proezas.

El vencedor de Colastiné y el compañero de Burcharado, completaban, en la guerra contra el Brasil, su gloria de los campos de la independencia y de la revolución.

Eran amigos y compatriotas. La patria era su única inspiración. Jamás los celos ni las rivalidades

les habían alejado; pero llegó un momento en que un detalle por cuestiones de servicio, creó entre ellos un abismo tan profundo como el mar, en que tantas veces habían vencido.

Brown tenía su insignia en el buque que Espora mandaba. Una señal mal transmitida por la capitana o mal interpretada por Rosales, en medio de un combate, dió lugar al entredicho.

Los dos bravos marinos se cambiaron cargos, desde sus buques respectivos, cuando una tormenta les obligó a suspender el fuego y retirarse.

El duelo era inevitable. Apenas fondeados, simultáneamente Espora y Rosales se enviaban sus respectivos carteles de provocación.

Brown supo el incidente, y llamando a ambos a su presencia, les habló en nombre de la patria, del honor y del deber.

Les dijo que dos bravos como ellos no podían rehuir un lance de honor después de las ofensas cambiadas; pero que ese duelo realizado en nombre del honor, debía redundar en obsequio de la patria, que necesitaba y reclamaba de ellos sus servicios.

Una muerte oscura, en el secreto de un duelo vulgar, sin gloria y sin provecho para nadie, no corresponde a dos soldados como ustedes, — dijo Brown.

—Mañana, al rayar el día — agregó el almirante — continuaremos el combate que el temporal nos ha hecho suspender hoy. Ese será el momento en que ustedes diriman su cuestión personal. El primero de ustedes que abrace el palo mayor de tal buque enemigo (y Py, al narrar, nombraba la nave cuyo nombre he olvidado), ese será el más bravo y habrá vencido al otro. ¡El testigo de ese duelo será Dios; el premio la gloria; el juez, yo!

Rosales y Espora, conmovidos y convencidos, se despidieron de Brown, aceptando las condiciones impuestas por tan valiente jefe a tan bravos oficiales.

Cuando, a la mañana siguiente, se trababa de nuevo el combate, el buque enemigo que Brown había designado se veía simultáneamente acometido por babor y estribor, por los barquichuelos que mandaban Espora y Rosales.

Era inútil el esfuerzo de las naves brasileñas que venían en protección del buque atacado. Parecía que las dos embarcaciones argentinas desafiaran todos los peligros y volasen en alas de un propósito.

Por uno y otro costado se acercan, en medio del fuego del cañón y de los fusiles, las naves de Espora y Rosales.

Este logra amurar primero por babor y exclama:

—¡Al abordaje, muchachos!

Y saltando sobre la cubierta del buque brasileño, le grita a Espora que ya llega, también, por estribor:

—¡He vencido! ¡Soy el primero!

Y Espora le replica:

—¡Aun no! ¡La cita es en el palo mayor!

La tripulación de ambos buques se bate sobre la cubierta del buque brasileño. Espora y Rosales luchan cuerpo a cuerpo, al arma blanca, con cuanto se opone a su paso para llegar al palo mayor de la nave abordada.

La muerte se encuentra por todas partes. Se avanza y se retrocede, y cada palmo de cubierta que se gana, cuesta sangre que corre a teñir las aguas en que se pelea.

Espora avanza por un costado. Rosales por el otro. Hay momentos en que el combate les acerca, y

las tripulaciones que obedecen a uno y otro se prestan mutua protección en aquel abordaje tremendo.

De pronto el enemigo arría su bandera. El buque brasileño está tomado. Sus gentes se entregan rendidas. Los compañeros de Rosales y de Espora les llaman y se buscan para que se hagan cargo de los vencidos, pero ambos han corrido hacia el palo mayor del buque tomado.

Llegan jadeantes, juntos, cubiertos de sangre propia y ajena, derramada en el combate horrendo, y al ir a precipitarse sobre aquel mástil, sitio anhelado de la ciza, se encuentran... con el almirante Brown que, cruzado de brazos y dando órdenes, espera allí a sus dos héroes, seguros de que sólo la muerte les habría impedido llegar a aquella cita de gloria.

Luis V. Varela

El Centenario de Julio

Los embajadores de los pueblos civilizados trajeron a la Argentina la salutación del himno, un siglo después de concebida. Aquel día fué el centenario de la fecha inicial del movimiento popular que dió cima a la independendencia de estos pueblos de la monarquía española: hoy alcanzamos la segunda cifra que integra el sentido y la idealidad histórica de nuestra patria; 25 de Mayo de 1810 — 9 de Julio de 1816: el nacimiento de un pueblo soberano en sus destinos, y la consagración de esa soberanía en los términos y con los respectos usuales en la formación de las naciones.

Hemos recorrido el tramo más difícil de un camino cuyo fin ninguna generación en la historia del hombre divisó jamás, camino en el que entran los

pueblos alentados por glorias o entristecidos por fatalidades; pero que no abandonan en tanto sienten la capacidad de regir sus actos o tienen al alcance de sus dolores el bálsamo de la Libertad.

Sufrimos en este tramo un extenso rosario de infortunios; más, compensados están con lo conquistado, afirmado, construído en este solar de nación, venciendo resistencias que parecían invencibles, atacando obstáculos y no sorteándolos, educándonos con las lecciones de la adversidad, moviéndonos confiados y decididos contra el dictado imperioso de hábitos y de defectos generales a los pueblos americanos del mismo origen, verbigracia: dar por concluído lo que está haciéndose; cantar la victoria en la culminación de la batalla; llorar por el orden en medio de la anarquía que, por exceso de sus propios males, propiciaría la más pronta unión de las voluntades bajo cuya égida arraigaría el orden de su vitalidad constructora; sentir muerto el federalismo antes que hubiese nacido o cuando los caudillos y las masas estaban labrándolo, cual labraron los artífices familiares la plata fina de un tesoro... En la claridad de este día que la felicidad nos permite vivir y cuyas luces volverán con el tiempo a ver nuestros sucesores, mas no otra vez los que ahora discernimos sobre el siglo transcurrido, nos damos cuenta de que en las solemnidades históricas de Mayo y de Julio, el destino impuso a este pueblo la doble tarea de deshacer y de construir, semejante a la de edificar en la humilde casa solariega, sin pasar a vivir a otra, el hogar de la democracia y del trabajo, apuntalando techos, derribando paredes, sosteniendo pisos, sentando por secciones nuevos cimientos, labrando en duro granito murallas, arcos y arquitrabes, y en

tanto esa labor intensa, vasta, trascendente bullía y bulle, mantener franca la puerta de entrada, pronta la mano, argentina la voz, para invitar a las gentes libres y fuertes del universo, rendirles un homenaje de cordialidad y partir con ellas el pan, la sal, la fortuna, la alegría y el dolor de la vida, amparándolas con el honor y la fe de la familia.

No otra cosa se ha hecho ni otra cosa es esta Argentina, obra inconclusa aún, de anhelos poderosos, de recios trabajos, de acumulados esfuerzos, de voluntades unidas. El tráfago dura y se extenderá a través del tiempo, mientras arda en el corazón de los hombres aquí reunidos, la rebeldía santa y constructora del bienestar siempre realizado y siempre renovado al amor de la libertad. La puerta permanece abierta, los llamados entran, la magnífica construcción se eleva e insinúa ya sus domos, la familia se multiplica e ilustra, la raza bullente de sangres, como metal sonoro se forma, se purifica y tiende a fijarse en líneas claras y temple soberano.

Día grande es éste para los argentinos y para todos los que sin haber nacido a la luz de nuestro sol, viven identificados en los ideales de la nacionalidad; día grande a la manera de los días sagrados del hogar en la vieja familia, cuando los miembros de ella dispersos por los campos, venían peregrinos gobernados por la fe, a besar la frente del anciano fundador y, bajo su bendición de patriarca, recordaban los episodios de la infancia. Rondarán quizá, seres extraños que renuncian toda participación en las alegrías patrióticas, amargados por la herencia de odios traídos de tierras de dolor; mas, los nobles corazones se expandirán, todos por igual, el corazón de los que aquí nacieron junto con el de

los que se hicieron hombres, y con el de los que vinieron hombres y lealmente trabajaron a la sombra de nuestra bandera y nos ayudaron a perfeccionar y enriquecer lo que era nuestro y hoy es nuestro y es de ellos, porque ellos y nosotros formamos un solo hogar nacional.

José Manuel Eizaguirre

En la montaña

La sierra en lontananza parecía llamarnos y al impulso de nuestros deseos la distancia nivelaba, engañadora, las asperezas que debíamos vencer antes de llegar a las cumbres. Habíamos esperado tanto, un día y otro día empleados en preparativos, que ya nuestro afán de internarnos en valles y quebradas era superior a la energía que necesitaríamos para vencer las dificultades.

Pero todas nos las prometíamos fáciles, con ese entusiasmo comunicativo de los que por primera vez van a trepar a las serranías.

El día llegó. Iniciamos la marcha el 13 de enero, saliendo en carruajes lo mismo que hicimos cuando la primera parte de nuestra correría hasta las Piedras Pintas. En la hospitalaria Panquegua, propiedad conocida de don Carlos González, se nos esperaba con todos los elementos preparados; mas, para aprovechar un largo retazo de camino, fácil a los rodados, y no cansar los caballos y las mulas que habrían de servirnos en la ascensión al Cerro Pelado, los baqueanos recibieron orden del doctor Moreno de ir a esperarnos en el punto llamado Agua de las Chilcas.

Seguimos en "breack" durante varias horas y, a

medida que avanzábamos, notábamos que eran más grandes las depresiones del terreno y el panorama gradualmente cambiaba a través de innumerables sinuosidades del camino. La flora raquílica del erial mostraba más vigor y lozanía hasta convertirse en bosque de cierta espesura en la base de los montes.

Larga y calurosa se presentaba la jornada; pero el cansancio no abatía nuestro espíritu. La voluntad de andar por caminos tan nuevos, frente a paisajes tan llenos de interés para nosotras, o por lo menos para la mayoría de nosotras, hijas del litoral, y por consiguiente, de la llanura, no desfallecía. Asimismo, saludamos con alegría las Chilcas, que se anunciaron a nuestra vista por los árboles umbrados a la vera de un parlero manantial.

Momentos después hicimos un alto para tomar mate — la bebida criolla infaltable en estas correrías — y emprender en seguida la marcha hacia lo más áspero.

No podíamos demorarnos, pues se había calculado llegar antes de la noche a Casa de Piedra, propiedad del mismo caballero nombrado, al que pertenecen estas serranías en una vasta extensión.

—¡A caballo!

La anhelada orden fué dada al fin, ilustrada con este comentario:

No perdamos tiempo, que el camino es largo.

Decidida a andar, el largor del camino no me preocupaba. Es una ventaja espiritual y también material que todos, antes de emprender un viaje que reclame algún esfuerzo, deben preocuparse, para contar con la conformidad sin la cual todo se transforma en dificultades y en acritudes que ayudan a magnificar hasta las piedras del camino.

En marcha nos internamos en una quebrada que serpenteaba entre dos cerros cual si caprichosamente jugara con ellos, alejándolos, acercándolos, uniéndolos a veces para cortalos con un tajo más allá. Parecíanos relativamente llano el camino y sentíamos lo ilusión de que los cerros crecían a medida de nuestra marcha, mientras permanecía en nivel la senda; mas en un recodo nos detuvimos para mirar a retaguardia, y distinguimos la llanura a la distancia como un ángulo azul celeste con el vértice hacia abajo. Sólo así nos dimos exacta cuenta de que ascendíamos. Seguimos en deshilada cual hormigas. Cuando se ensanchaba la quebrada un sol glorioso encendía el cielo y tendía alfombras de oro en las faldas de los montes, y luego, en las angosturas, la sombra nos bañaba con su fresca propicia.

De pronto nos llegó desde la derecha el rumor de agua que es rumor de vida.

—¡Una cascada! — gritó una compañera. Más que verla, la sentimos. Obstruída el agua en su paso por grandes bloques de piedra, se escurría por los intersticios y saltaba por arriba derramándose en su cuenca con alegría de libertad y zumbido de enjambre.

Y llegó el momento en que debíamos perder definitivamente la ilusión de que el camino era llano. Los baqueanos comenzaron a escalar un cerro que no hubiéramos creído accesible. Nos miramos con alarma mal disimulada: —¿Por allí? Por allí era, ciertamente. Hicimos un breve alto para que los arrieros revisaran las monturas, ajustaran las cinchas o acortaran los estribos, mientras nos daban consejos nacidos de larga experiencia:

—Cuidado niña, no hay que pegarle al caballo.

Y a otra, en tono tranquilizador:

—La mula conoce el camino.

¡Y arriba!

Fué seria, en verdad, la cuesta. Desde el centro de la fila veíamos a los animales que hacían poderosos esfuerzos por trepar a la pendiente, poco menos que perpendicular en algunos puntos.

Algunas de las viajeras, sin acción o cohibidas por las prudentes advertencias, tuvieron que pedir ayuda para que los arrieros tiraran de la brida; y sin excepción, olvidadas de todo orgullo de amazonas, seguíamos el bien intencionado consejo de los serranos.

—“¡Priéndansen, niñas!”

Una vez arriba, una exclamación de sorpresa y admiración jubilosa saludó el paisaje encantador que nos rodeaba de pronto. Era un valle, o mejor dicho, una pequeña altiplanicie, circundada por cadenas elevadas. En el suelo extendíase cual una alfombra el pasto verde y blando. Al Este, medio esfumado, el llano de Mendoza. Sobre los cerros occidentales, una línea anaranjada traslucida con los últimos fulgores del sol, y en el ambiente una calma inefable, una serenidad dulce y pura que se posaba sobre frentes y corazones. Era la hora solemne del crepúsculo vespertino, cuando la naturaleza calla cual si orara antes de dormirse cubierta por los tules de la noche. Ningún ruido interrumpía aquella quietud. Estábamos en ese valle apacible, al cual acabábamos de llegar por el terrible portillo casi a pique, como seres que han encontrado la paz después de un rudo batallar.

Un galope vivo nos llevó en un breve cuarto de hora a la Casa de Piedra, nombre exacto, compren-

sivo, de aquella casa extrañamente construída y situada. Era la primera etapa en nuestra marcha al Cerro Pelado. Debíamos preparar la cena y arreglar las camas. Fué una prueba de nuestras habilidades, en cuanto éstas podrían contribuir a bastarnos a nosotras mismas. El compañerismo suplió inexperiencias, y los arrieros no fueron reacios cuando requerimos sus servicios en los fogones. Rápidamente, como hombres habituados a manejar los recursos de la región, amontonaron leña, hicieron fuego y todo quedó en orden en breves momentos. Un rato después fué servida la colación sencilla, y en seguida el cansancio, no sentido en el camino, empezó a insinuarse dulcemente en nuestros párpados. Resistimos al sueño para contemplar el largo crepúsculo cuyas policromías maravillosas iban diluyéndose en la tenue claridad de una luna creciente. El paisaje adquirió gradualmente una rara e imponente solemnidad. Los álamos piramidales próximos al bebedero emergían del suelo ya sombrío y destacaban sus altas copas, como vigías. Los cerros, agigantados por la luz incierta, parecían murallas infranqueables que fueran a separarnos del resto del mundo y a guardarnos como prisioneras en su recinto encantado.

El doctor Moreno nos hizo algunas advertencias, consejos de su experiencia de la vida en la montaña; nos anunció una buena noche y un sueño reparador, tal como lo necesitábamos para hallarnos en condiciones de seguir la marcha al día siguiente. En los alrededores del caserón acamparon el jefe, los guías y demás acompañantes y en el único y amplio cuarto de la casa que ocupamos había camas para todas las señoras y las niñas; pero resultó que éstas

preferieron tender sus catres en el corredor, temerosas de ver correr vinchucas por tirantes y pa-redes.

Desafié victoriosamente el peligro, pues dormí adentro, y las vinchucas, si existían, no salieron a saludarme; ni necesité, como las compañeras, acopio de frazadas para combatir el frío de la noche en la sierra.

Entre despierta y dormida, sentía las voces lejanas de los arrieros, voces que llegaban hasta la galería de verano. Un leve silencio caía de las vecinas sierras, y a las cuales, más próximas, se mezclaban frescas risas de niñas, mientras se cruzaban alegres comentarios sobre las peripecias del viaje. La obscuridad se tendió sobre la comarca, y el silencio absoluto amparó nuestro sueño de la primera noche en la montaña.

Ada M. Elflein

La agonía de la colonia

Sonaban las campanas de las oraciones en la ciudad de Córdoba del Tucumán, y en esta hora solemne de melancolía indefinible que se respira en la atmósfera y que va apagando lentamente los murmullos del día en las demás ciudades, parece que la ciudad monástica — imagen viva de la dominación española —, entraba recién en el movimiento y en la vida, derramándose todos sus habitantes por sus calles, hasta entonces desiertas por el calor abrasador del día.

Sonaban lenta y pausadamente, vibrando en el aire las campanas de sus doce iglesias. Aquí anunciaban un sermón; más allá, una novena; en otro

templo congregaban los hermanos de una cofradía para sus preces. Las puertas se abrían dando paso a hombres y mujeres que salían haciendo la señal de la cruz y recitando a media voz la salutación del Angelus.

Media hora después las campanas habían callado y la ciudad vuelto a su silencio. Era una hermosa noche de verano. Un leve viento caía de las vecinas sierras, disipando los ardores del día, y la luna deslizándose sobre un cielo sin nubes, plateaba con sus rayos las cúpulas de las torres, blanqueaba las aguas del río, sin encontrar en las calles de la ciudad un solo paseante que la contemplara tan poética y tan bella.

Córdoba realizaba con demasiada exactitud en el momento aquél — que no era por cierto accidental en su existencia siempre monótona y tranquila —, el pensamiento de Pascal: “Los templos son el hogar de los pueblos”.

En tal sociedad, y en tal silencio, un hombre que paseara las calles no podía menos de hacerse notar; y principalmente si ese hombre vestía el traje clerical, puesto que sus funciones lo llamaban adonde estaban los fieles.

No extrañará, por lo tanto, el lector que hagamos fijar su atención en un clérigo con su largo hábito talar y con su sombrero de teja, que saliendo por una puerta excusada de la catedral, descendió gravemente los escalones del presbiterio, deteniéndose después como indeciso, mirando a todas partes, sin saber qué dirección tomar.

Resolvióse de pronto, y su andar fué ya precipitado. Apenas salió de la gigantesca sombra que arrojaba la inmensa catedral, la luna bañó su semblante, pudiendo reconocerse a su luz un hombre de es-

tatura elevada que hacía todavía más resaltante la larga sotana ajustada a su talle. La rectitud con que llevaba su cuerpo y el desembarazo de su paso, demostraban su juventud.

Avanzando por la plaza, atravesó la Casa Consistorial que yacía en silencio. El soldado que hacía la guardia en la puerta principal, le rindió las armas, en señal de honor; pero el clérigo pasó adelante, sin que lo hubiere notado al parecer: tan absorto iba en sus inquietudes o en su pensamiento.

Anduvo así algunas cuadras, hasta que al volver una esquina otro hombre que venía en dirección opuesta, se encontró con él.

—¡Gregorio!

—¡Ambrosio! — respondió el clérigo, con voz anhelante—. Iba por tí a la catedral. Vengo del Palacio del Obispo, donde estaba también el Gobernador. Nada de nuevo; ninguna noticia ha llegado; pero ni aun siquiera el menor presentimiento agita a estos hombres.

¡Oh, cómo pesa esta noche sepulcral sobre mi alma!...

Y como para evitar el decir más, se cubrió el rostro con su manto, continuando ambos por el mismo camino.

Marchaban silenciosos. Salieron de las calles, atravesaron un puente que arrojaba su arco atrevido sobre las dos extremidades de una cañada; y dando algunos pasos más, se encontraban en una hermosísima explanada, circuída por verjas de hierro, sombreada a su alrededor por árboles seculares, que hacían reflejar sus copas, suavemente mecidas por la brisa, en un magnífico lago encuadrado allí como un inmenso espejo.

Estaban en el célebre paseo de Córdoba.

¡Dios sea loado!, porque si puso en el seno del hombre el dolor, puso también alegría; porque si la vejez viene a nublar sus ojos y a encorvar su frente, fué un día joven para vivir vida de ilusiones libada en la copa encantada de los amores. ¡Dios sea loado!, porque nos dió memoria para recordar y bendecir los días de la embriaguez primera, del primer insomnio, del primer amor, y consagrar el culto del alma, el culto de los recuerdos, a los lugares donde levantamos el primer altar para las adoraciones del corazón.

¡Salud Córdoba! Nuestros padres nos envían a estudiar la ciencia de los doctores en tu gótica Universidad. ¡Pobres viejos que se engañan como niños! Tu ciencia pertenece al pasado, y la luz del siglo, y el viento del mundo, pronto borran tus huellas.

Mas aquí, todos dejamos prendido el corazón con un recuerdo. Mecida la cabellera blonda por la brisa, a la sombra de los sauces de tu poética alameda, allí meditamos dulcemente las primeras frases del amor, allí, soñando la mujer prometida, el corazón la presiente y la ve aparecer al pie de un árbol o al volver de una calle, y el viento suave sobre los sauces y los pinos, los pájaros que cantan en la tarde, el murmurio de las aguas del lago, que las sombras que caen hacen más bello y misterioso, forman su concierto para esta primera hora del amor.

Vivirás en la memoria, Córdoba, no por tu ciencia, que se olvida, sino porque te recuerda el corazón.

Esto es lo que para nosotros simboliza el paseo de Córdoba. Pero a su presencia parece que ninguna idea risueña de venturas pasadas o de felicidad presente, viniera a la mente del clérigo. Separóse de su compañero algunos pasos, desprendió una canoa que

se hallaba ligada a un árbol en una de las extremidades del lago, y con un ademán lo invitó a entrar en ella.

Tomaron los dos los remos y bogaron en dirección a un cenador de formas griegas, que bello y esbelto se levanta en la mitad del lago.

Una vez allí, fué el clérigo quien primero interrumpió el silencio.

—La inquietud me devora, Ambrosio, hermano mío. Necesito hablar, respirar libremente. La tranquilidad de esta ciudad que reza me sofoca el alma. ¡Cómo es terrible la noche sepulcral de la colonia española, en este pueblo modelado a su imagen! En todas partes los pueblos son como los individuos, y nunca llega para ellos una hora decisiva y solemne que no la anuncie siquiera el presentimiento, cualquier signo fatídico que cruce por el aire, cuando no la ha preparado la previsión.

Y aquí todos, esta noche, saldrán de los templos a recogerse tranquilos, pensando hacer mañana lo que han hecho hoy, lo que hicieron sus abuelos ahora un siglo; sin que se les ocurra siquiera el pensar que puede haber una variación que haga mejor esta vida de autómatas que llevan.

Y cuando la luz ilumine súbita como el rayo este abismo, ¡cuántos ciegos hará, cuántos ojos quedarán deslumbrados por su esplendor!

Tú sabes, hermano mío, cómo soy dueño de mis impresiones, cómo domino los movimientos de mi corazón, sin que jamás un músculo de mi fisonomía revele sus palpitaciones. Hace diez años que consagra mi vida a un pensamiento que me absorbe entero, que es mi preocupación en la vigilia, mi pesadilla en el insomnio, que ya me exalta, me enloquece.

ce de alegría, o cae como una ola de amargura sobre mi alma; y sin embargo, sólo tú eres el confidente de ese pensamiento que nadie ha sospechado, misterio insondable para los demás, a pesar de que la emulación, la envidia y la suspicacia de los mandones españoles espían mis pasos.

Pero hoy, Ambrosio, en estos momentos críticos, mis fuerzas se hallan vencidas, y si no salgo del recinto de la catedral, tal vez la fiebre interior estalle...

—Calma, Gregorio, calma. Lo que ayer era prudencia, hoy es necesidad suprema... Ayer exponían tu cabeza; hoy comprometes la libertad de la América. Tal vez la noticia demora, porque el movimiento revolucionario no estalló el 25. Una nube que pasa puede postergar la ejecución de los designios más grandes.

Pero, hora más o menos, la cuestión es de tiempo, Gregorio, y por más que Dios mida con mano avara nuestros días, no descenderemos a la tumba sin ver a nuestra Patria libre de cadenas, dueña de su destino.

Te repetiré tus palabras cuando volviste de Europa: **La fruta está madura, y caerá del árbol.**

Los dos hermanos continuaron todavía durante largo tiempo este diálogo, y el que hubiere llegado al paseo de Córdoba atraído por la noche y por el lugar habría visto hasta muy avanzada hora dos sombras que desprendiéndose del cenador se dibujaban claramente en el lago, y percibido algo como el sonido confuso de dos voces humanas mezclándose al murmurio del viento y de las aguas.

Nuestros lectores habrán percibido que tenemos por delante al célebre deán de la catedral de Córdoba, el doctor don Gregorio Funes. Era la primera re-

putación literaria del tiempo, y su fama, sobrepasando a la de Maciel, había llegado hasta los últimos confines del virreinato. El orgullo americano se engrería y se dilataba al ver cómo los propios magnates españoles rendían acatamiento al talento y al saber del ilustre criollo.

En aquella inmovilidad de la Colonia, desde Buenos Aires hasta Lima, había profundamente excitado la atención la lucha sostenida en Córdoba, entre los padres de San Francisco y el clero secular de esta ciudad, sobre la dirección de su colegio y Real Universidad. Después de la expulsión de los jesuitas, se habían apoderado de ambos establecimientos los padres de San Francisco, para envolver todavía en sombras más profundas sus estudios, haciendo más escolástica la filosofía, más casuística la teología y venerando como los únicos dogmas de la inteligencia humana las sutilezas del más sutil de los ingenios formados por el silogismo y el peripato que haya producido la mediad: el beato Scoto.

Cien mil silogismos por año, diez conclusiones universitarias, grandes batallas campales contra los tomistas, eran el culto que le rendían sus buenos hijos a América.

Y, sin embargo, existían varias Cédulas Reales que mandaban poner al clero en posesión de la Universidad; pero tan prepotente era la influencia de los franciscanos, tan diestros se mostraron en el manejo de la intriga, que pasaron los años, y las Cédulas Reales quedaban sin ejecución. A pesar de las continuas quejas de los clérigos, la corte española se mostraba indiferente a este punto. Ella quería, sí, que sus colonias de la América progresaran en ganadería, en pastoreo y en teología; pero por teología, la de Santo To-

más o la de Scoto, ambas eran igualmente respetadas por el rey católico.

El clérigo Funes regresa de España y falto de otro medio para ocupar la actividad de su espíritu, y animado al mismo tiempo por el noble deseo de introducir saludables reformas en aquellos estudios momificados, hace suya la causa del clero, la abraza con pasión y desde entonces le consagra su inteligencia y su fortuna. Honda sensación produjo en los últimos años del siglo pasado el abultado Memorial que el canónigo Funes dirigiera al virrey, marqués de Avilés, en sostén de los derechos del clero.

El virreinato entero dióle la razón al clérigo Funes, pero el virrey declaró que aún no había llegado el tiempo oportuno para que fuera confiada al clero la enseñanza.

Entonces el asunto debió tomar la forma a la que no podía escapar ningún negocio durante la Colonia y litigarse por vía de proceso, único molde conocido para la defensa de cualquiera causa. Funes sostuvo a sus expensas apoderados en España; llevó sus litis hasta el Consejo de Indias, habiendo, por fin, obtenido en pro de los derechos que defendía una Real Cédula, que no obstante sólo fué ejecutada siete años después, en 1807, por don Santiago Liniers. Funes había consagrado a este resultado más de doce años de su vida.

Pero no sólo este complicado debate lo había hecho expectable. En ocasiones muy solemnes Funes había subido al púlpito y hecho resonar algunos ecos perdidos de aquellas voces elocuentes con que Bossuet y Massillon habían llenado el gran siglo. Estas oraciones corrían impresas y cimentaron sólidamente la reputación literaria del Deán Funes.

En 1809, aquel año de rumores sordos, de movi-

mientos desusados y de agitación desconocida, Funes había estado en Buenos Aires y vinculado estrechamente sus relaciones con Belgrano, Castelli y con algunos otros de los promotores de la Revolución de Mayo. Esta avanzaba en el plan de sus iniciadores y comunicaciones frecuentes mantenían a Funes al corriente de todos sus secretos.

Funes había buscado a su alrededor un confidente con cuya cooperación pudiera contar llegado el momento oportuno, habiéndolo encontrado, seguro, inteligente y fiel, en su hermano, don Ambrosio Funes.

La revolución sofocada en Charcas había atraído la atención de los revolucionarios argentinos, haciéndoles, al mismo tiempo, sentir la necesidad de tener agentes en las provincias del Alto Perú. . .

Nicolás Avellaneda

El pájaro en el mar

Por sobre montañas movibles, por sobre las olas hinchadas, va la nave, cruza la nave combatida.

Cielos sañudos la contemplan y vientos coléricos azotan los mástiles y las velas.

Un ave, blanca como la espuma del mar, blanca como la nieve de las montañas, sigue la nave con vuelo fatigoso, se detiene sobre las olas que se levantan en la popa, revolotea en torno de la espiral que forman, descende al abismo y torna a alzarse sobre la onda que sucede a la que baja al fondo.

¿De dónde vienes y a dónde vas? ¿Qué playas abandonas y qué playas buscas, ave viajera?

¿Eres acaso el espíritu del mar que flota sobre la superficie de las corrientes tempestuosas?

¿Eres el ave anciana a quien la tormenta sorprendió en viaje y rompió el ala que la conducía hacia el nido de sus nietos?...

¿Eres el ave joven cuya ala débil no puede luchar con el viento que la impele muy lejos del nido de sus amores?...

¿Eres el ave huérfana a quien la tempestad des hizo el nido en la costa de las nieves eternas?

¿Eres el ave proscripta de su nido por las injusticias de su tribu que saluda su trabajo con graznidos, que saluda con graznidos su partida al nacer el día, que saluda con graznidos su llegada al declinar la tarde?

¿Eres el ave peregrina que busca en alguna playa desconocida, un palmo de tierra solitaria para reposar, para olvidar, para amar?

No sé si eres anciana, no sé si eres joven, no sé si eres el espíritu del mar que flota sobre las corrientes tempestuosas...

No sé, ave del mar, de qué playas viene ni a qué costas diriges tu fatigoso vuelo...

Pero si sé que tu presencia me oprime el corazón y llena de suspiros mi pecho y de lágrimas mis ojos!

Yo también he abandonado mi hogar, yo también marchó solitario, yo también luché con la tempestad: las mismas nubes nos cubren, los mismos vientos nos impelen, las mismas lluvias nos azotan!

Si esas nubes dan paso al rayo y el rayo me hiere; si esas olas se alzan coléricas y me sepultan en el fondo de estos abismos, detén tu vuelo sobre el casco roto de la nave náufraga; detén tu vuelo y espera a que flote mi cuerpo sobre las ondas amargas; arranca de mi cabeza cabellos negros y desafiando al huracán, desanda el camino que acabas de recorrer; desanda el

camino, sigue el rumbo de mi patria, llega a sus costas, acércate a mi hogar y anida con ellos en el huerto de mi padre, en la copa del árbol predilecto de mis hermanos, del árbol, a cuya sombra jugarán mañana sus tiernos hijos!...

Así dije con los ojos fijos en el cielo, al compás del rugido de las olas y del silbido de los vientos.

Las montañas movibles se deprimieron, las olas se aplanaron, los cielos sañudos se sonrieron, los vientos coléricos depusieron su enojo, los rayos del sol se convirtieron en iris mensajero de la calma de los soberbios elementos, y el ave del mar desapareció cual si fuera el espíritu de la tempestad, la hija terrible de la tormenta o el alma errante de algún náufrago condenado a luchar eternamente con el mar en las horas tremendas de la borrasca, cuando el trueno retumba en la inmensidad y el rayo surca el espacio encerrado entre el océano y el firmamento!...

Santiago Estrada

Condiciones en una tertulia de baile

Para una sala de seis varas, no se debe convidar más que treinta muchachas y cincuenta mozos, porque si se excede de este moderado número, ya no cabrán las diez o doce señoras ancianas, que por fuerza tienen que acomodarse en el sofá y adyacencias. Las pobres señoras viejas, no son ningunas negras para echarlas a un aposento; ni tampoco es cosa de dejar solas las muchachas en poder de tanto galeote, mal intencionado, que hará perdiz a media vuelta a cada una de las chicas.

Con cuatro velas, hay de sobra; el baile no es jo-

yería, ni velorio, ni entierro, para llenarlo de luces; como se vean las caras, es suficiente: no es cosa de encandilarse y perder la vista. Y si, con cuatro velas hay de sobra para ensebar todas las sillas ¿a dónde iríamos a parar con ocho? Ya no será baile, sino vertería.

¿Qué más se ha de tomar que mate? y eso, las señoras ancianas, porque las niñas no lo toman; en el baile y en su casa (sin azúcar) tiene vergüenza. Y a fe que acreditan rubor. ¿Quién toma mate delante de gente? Por fin, las señoras ancianas, más despreocupadas, más filósofas, siempre se despachan sus quince o veinte matecitos. — Para los mozos agua, que bien la necesitan los muy tizones: y eso si la criada lo tiene a bien; en mil partes ni eso se acostumbra. ¡Y debe ser así, señor!, seamos francos: parecen niños; que ya quiero agua, que ya quiero mate, que ya quiero esto, que ya quiero lo otro, ¿no pueden estar ni una noche sin comer? ¿Por qué no toman antes en su casa lo que les da la gana, los muy majaderos? Sobre darle baile, todavía se les ha de dar de cenar! ¡Qué lástima! no se harten: ¡canarios! ¡qué cenan tanto!

¿Tocador de piano? No hay necesidad; todos los mozos tocan y se disputan por mostrarlo. Y no sólo tocan sino componen, y componen mejor que los maestros, porque como bailan, componen música adecuada, con la misma gracia, la misma movilidad, la misma variedad, el mismo abandono con que bailan.

De los mozos no es menester convidar todos; basta invitar tres o cuatro; y muchas veces basta con hacer sonar que hay tertulia; ellos vendrán espontáneamente, son demasiado corteses para dar al dueño de casa la molestia de invitarlos.

Si usted no convida más que algunas de sus ami-

gas, las demás se darán por resentidas, y con razón, porque la amistad quiere que las cien o doscientas amigas de usted sean aprensadas en un brete de tres varas. Sin embargo, no traiga usted más que su familia, sus tías, sus primas, sus sobrinas con sus correspondientes sobrinitos y primitos. No hay nada más alegre que estas reuniones de familia: sin etiquetas, sin celos, sin rencillas; ni qué etiquetas, ni qué rencillas pueden haber entre personas de una misma sangre. Todo es armonía, expansión, abandono en semejantes reuniones; que ya viene su sobrino y saca a bailar a su querida tía; que ya viene la madrina y ejercita a su ahijado con su hijita, a quien todo el mundo dice ella se la atribuye por esposa. ¡Mi tío! ¡Mi tío!, grita un muchacho; venga saque a Corinita que ya sabe bailar, y va el tío de 40 años y saca su compañera de 5. ¡Oh!, es lo que hay de alegre y de animado en estas bromitas de familia. ¡Quién se viera en una de ellas! ¡Qué ratos señor!

Con una sala de seis varas hay más que terreno para una tertulia *comm'il faut*. No hay necesidad de convidar a medio pueblo. Yo he visto bailes muy holgados y muy cómodos en salones de tres varas. A lo menos yo no he visto que nadie se ahogara, ni siquiera las señoras sobre las cuales parecía bailarse las contradanzas.

¿Habría mosquetería? Por fuerza: ¿cómo va usted a evitarla? ¿Quién tiene derecho a impedir que entre todo el barrio a la casa de usted a usar de su legítimo poder de hacer tiras todas las figuras y repeticiones que contiene la tertulia? Es una franquicia de que nadie podría despojar al barrio, que la tiene por prescripción inmemorial. El baile, como el gabinete de historia natural, es para que todo el mundo

lo vea. ¡Y en efecto! ¡Qué de semejanzas con el gabinete de historia natural! Allí se ven fósiles de pianos, ruinas de señoras, damas petrificadas, pájaros embalsamados, despojos de hombres, perlas, diamantes, flores, bailes antediluvianos, maneras fósiles, adornos fósiles, cumplimientos fósiles, perros, gatos, pulgas, loros, canarios. Pero ya esto huele a sátira, y yo detesto la sátira, porque la sátira supone un mal corazón, y el mío es noble, como les consta a los loros, a las cotorras y todas esas gentes con las cuales jamás me he metido para nada. Porque a la verdad, no hay un síntoma más claro de perfidia que meterse en ironías y en burlas con los loros, las cotorras y demás familia.

El primer cuidado para el éxito de una tertulia es el de elegir un buen bastonero. Del bastonero depende el tono de la tertulia y no del dueño de casa, que no se ha de poner a sacudir a los concurrentes para que se despierten, si están taimados. El bastonero debe ser de necesidad, hombre bromista, alegre, que vive en perpetua risa, que se ríe de todo, menos de lo que es risible, hombre de esos que las señoras viejas dicen al mencionar: —¡qué alhaja! ¡qué mozo! ¡qué cortesía! ¡dichosa la niña que lo merece! —. Sus atribuciones son, desde luego, hacer bailar minuet a todo el mundo. Desgracia para él si comienza por otro baile, quedará en la opinión de un **camilucho**. Tanto valiera el principiar a comer por el guisado y no por la sopa. Pobre de él, si antes que todas las señoras hayan concluido de bailar minuet, pasa a otra cosa; la omisión de una sola dama le acarrearía un compromiso. Es esencial requisito principiar por la señora más anciana, por anciana que sea, más que sea octogenaria y centagenaria. No porque se crea que bailará, sino porque pudiera antojársele, como no será la primera vez. En

tal caso se le debe dar por compañero un hombre anciano. Siempre divierte el comenzar el baile por un sainete. Ojalá todos los minuets fuesen bailados por viejos. Al fin, vale más reirse que bostezar.

En seguida debe pasar a contradanza y precisamente a contradanza. Tras de la sopa el asado: nada más lógico. Alterar este orden inmemorial, fuera echar por tierra todo orden. ¿Qué parecería una cuadrilla después de los primeros minuets?

El bastonero debe conocer todas las afinidades de corazón y de figura y hacer que ellas presidan sus elecciones: al querido con su querida; al viejo con la vieja; a la fea con el feo; a la linda con el lindo; a la rica con el rico; si hay una tuerta y un tuerto, los dos; si hay un sordo y una sorda, los dos; nada de confusión ni de barullo, que se crucen las ovejas; la gente ande en armonía.

Ahora viene la cuadrilla. Los elegantes deben correr, y arrebatarse las cabeceras; es un deber de modestia y de obsecuencia. Se debe bailar la cuadrilla, con los ojos en los pies, a ver qué tal se portan, porque el baile es asunto de los pies, y nada de la cabeza, de la boca, de los ojos. Todo debe ser coronado por una salva aunque sea más fría que beso de vieja.

No faltará señora que llame al bastonero, y le revele que sus dos chiquitas saben bailar minuet, pero cuidado con hacerlas bailar. ¡Hola!, sabían, ¿eh? ¡pues volando! aunque usted no quiera, ¡a ver chiquitas! La chiquita está ahí: ¡busquen al chico! —¡Nicasio! ¡Nicasio! — aquí está: llega acompañado de veinte chicos que vienen a la novedad. —Espérense que se acabe este minuet. Entretanto todo el mundo se dirige a las dos criaturas; los contemplan de pies a cabeza, los admiran como prodigios; les preguntan si

están asustadas; quien les ha enseñado, etc. ¡Eh! ¡pararse! ¡Minuet! — ¡Qué monada! ¡qué gracia! ¡qué primor! —, es lo que se oye por toda la sala. La madre está colorada de rubor; no ve el vaso de agua que le están presentando.

En fin, los muchachos concluyen su tarea, y después de su correspondiente remuneración de besos, de aplausos, de caricias, se van; Dios los lleve a donde no vuelvan.

—¡Bastonero! ¡Que cante Dionicita!

—¡Dionicita! es preciso; sí, de rodillas se lo pido (se hinca el bastonero).

Dionicita no sabe palabra de canto, pero por no hacerse rogar, sale a cantar.

Tenga prudencia el bastonero; sepa lo que hace; vea lo que viene. Al empezar el canto, las señoras viejas que han pasado al aposento a descansar de los minuets que llevan vistos, se van a parar a ver quien canta, y tras de ellas, los muchachos van a acudir a la novedad, van a agolparse, van a oprimir a alguno, a pisar algún pelado, que también ha acudido a la novedad, y que va a aturdir con sus gritos toda la tertulia.

Si más adelante, echa de ver por los rincones algún tertuliano maltratado por las gracias y los años, fec, pobre, viejo, que no baila **porque no quiere**, es obligación del bastonero el llevarle a conversar con don Antonio, v. v., el dueño de casa, al cual ya me parece que el tertuliano le dice:

—Es el único modo, señor don Antonio, de pasar estas noches de un siglo.

—No, pues ya no son tan largas.

—¿Muy tarde comenzaría esta noche la tertulia?

—No señor, muy temprano.

—Porque a las siete todavía el tiempo amenazaba, y parece que ha vuelto a descomponerse.

—Sí, señor; tal vez no pasen cinco minutos sin que caiga el agua — concluye don Antonio, dando a entender en estas expresiones lo poco que desea el término de la tertulia.

Se para una señora; se paran dos; se paran tres; se paran todas. Adiós tertulia... Pero no: se ha perdido la llave; no sale nadie hasta el día.

—Señor don Antonio, usted debe tener la llave.

—¿Yo señor? ¿Por dónde lo imagina usted? — dice don Antonio, todo apurado de que se le crea interesado hasta ese punto en prolongar una tertulia, que daría un ojo por ponerla en la calle.

—¿Se va usted tan temprano? — le dice don Antonio, presentándole espontáneamente su pañuelo a una señora. —¿Usted también? — a otra. —¡Negro, prepara el farol! —¿Pero todavía no ha amanecido, mi señora? —¡Negro!, ¿qué haces? ¡pronto!

—No se aflija usted don Antonio, no se le irán sino las lindas y las ricas, que esas necesitan cuidarse para los infinitos bailes que las esperan; le quedarán todas las feas y las pobres, que esas aprovechan lo que cae, por si es la última.

Viendo que la cosa no lleva fin, don Antonio se encierra en su cuarto, a esperar un pollo asado. Una niña entra a ese tiempo en pretensión de estar sola un instante. —¿Qué quería usted, señorita? — pregunta don Antonio con un entripado tan secreto como el pollo.

—Nada, señor, descansar un rato. — Y aquí queda cada uno a esperar que el otro se vaya. A cada instante don Antonio cree ver entrar el pollo. En esto le

llama su señora, y al salir encuentra el pollo que venía.

—¿Qué quieres mujer?

—Que bailes un minuet con Elisita, que se le ha antojado que no ha de bailar sino con su padre.

—Ahora vuelvo — dice don Antonio.

—Ven; ya está parada Elisita.

—Sí — dicen otras señoras —, se excusa, será para no volver.

—Vaya, pues, ya estoy — dice don Antonio —, y se para, queriéndose comer con los ojos a su mujer.

Vuelve don Antonio a su cuarto, después del minuet y no hay ni rastro de tal pollo; la niña se lo ha comido persuadida que había sido para ella. Don Antonio se dirige como un león a la cocina, resignado a llevar la cosa de otro modo, y dejar lejos todos los miramientos, cuando en esto se despiden los tertulianos, se concluye la tertulia y comienzan los pesares. No más tertulia. ¡Oh! una tertulia es la cosa más cara del mundo.

Juan Bautista Alberdi

Gobernar es poblar

Alberdi, uno de nuestros primeros estadistas, ha declarado que, en América, "gobernar es poblar" y el aforismo se ha hecho un principio de gobierno; y para comprender toda la verdad que ese aforismo encierra, basta considerar que esas praderas fertilísimas, situadas bajo un clima privilegiado, cerca de las costas del Océano o sobre vastos ríos navegables, hasta para los vapores transatlánticos, no necesitan más que el brazo del hombre para convertirse, con

un esfuerzo mínimo y un gasto más reducido que en cualquier otra parte del mundo, en inmensos campos de trigo o de maíz, o en alfalfares cubiertos de rebaños, por lo que el país puede ofrecer pan y carne en cantidad suficiente para alimentar a Europa.

Resulta de esto que la producción agrícola de la República Argentina está limitada solamente por el número de brazos que pueden dedicarse a su explotación y se repite así el fenómeno que ha sido la base del desarrollo de Estados Unidos.

Dadas estas condiciones, el progreso de la República Argentina es un hecho forzoso y fatal, que circunstancias extraordinarias pueden retardar temporalmente, pero que nada podría retener de una manera definitiva, a menos que se quisiera reprimir el secular éxodo de los nuevos enjambres de la colmena humana, que abandonan las viejas tierras cansadas de producir, para buscar las tierras fértiles, vírgenes y desiertas del globo.

Algunas personas, sin embargo, hacen reservas sobre la consistencia y el valor político y social de las naciones formadas por estos aluviones humanos, compuestos de hombres de razas diferentes, que no tienen la misma lengua, ni la misma religión, ni las mismas costumbres; dudan que de esta nueva Babel pueda surgir un espíritu nacional suficientemente vigoroso para imprimir un carácter de unidad moral y política a los nuevos reclutas.

Para demostrar que estos temores tienen poco fundamento, basta citar el ejemplo práctico que nos han dado los Estados Unidos. Por ese inmenso crisol nacional se esparció ante todo la corriente de la emigración anglosajona, holandesa, francesa y es-

pañola, y más tarde llegaron escandinavos, alemanes, italianos, polacos, húngaros, africanos. Pues bien: de la fusión de todos estos elementos ha salido una nueva raza, homogénea y fuerte, con un poderoso espíritu nacional que se llama "el espíritu americano", y que, con tal nombre, se ha impuesto al respeto del mundo. Este resultado no es accidental, ni se debe a antecedentes especiales; es la consecuencia de una evolución nacional, hábil e inteligentemente dirigida.

La legislación existente en Europa, que atribuye forzosamente al hijo la nacionalidad del padre, ha podido tener su razón de ser en los tiempos pasados, pero hoy no se sostiene más que por la fuerza de la tradición.

La nacionalidad y el amor a la patria no son más que una ampliación del amor a la familia y al hogar, y ni estos sentimientos, ni ningún otro, pueden ser impuestos por disposiciones legales. No puede existir para un hombre más familia ni más hogar que el medio en que ha nacido y se ha criado. Indudablemente, se sentirá ligado al hogar de sus abuelos por vínculos de consideración y de respeto profundo; pero todas las raíces de sus sentimientos íntimos lo atan al hogar y a la familia en que ha nacido, cuya savia se ha apropiado y donde ha recibido las primeras impresiones, que modelaron su espíritu e imprimieron los rasgos característicos de su propia personalidad.

Este mismo hecho se produce con respecto a la nacionalidad y a la patria. Es inútil querer inculcar al niño al principio, y al hombre más tarde, que su patria no es aquella en que ha nacido, en que se ha desarrollado, en la que se ha hecho hombre después,

sino otra patria lejana, a la que nunca ha visto ni conocido.

La diferencia de origen entre los hijos de inmigrantes de distintas nacionalidades desaparece desde la infancia, en virtud de la comunidad de vida en la escuela o en el taller, en el trabajo o en la recreación; por otra parte, en la primera edad es cuando se modela el espíritu, bajo la influencia del medio, y cuando se desarrolla ese sentimiento de apego al suelo, de unión, de solidaridad, de recuerdos, que se manifestará más tarde en ardiente patriotismo. La unidad de la lengua favorece forzosamente esta fusión y explica el hecho, demostrado ya por los Estados Unidos, de que los descendientes de inmigrantes de diversas razas, de lenguas, de religión, de hábitos y de costumbres distintas pueden amalgamarse de una manera tan completa que no son ya más que una masa popular perfectamente homogénea, con una sola mentalidad y una sola sentimentalidad y que constituyen, por lo tanto, una nueva nacionalidad, joven, vigorosa y enérgicamente caracterizada.

Tenemos, pues, ante los ojos un ejemplo práctico de la unidad de la raza humana. Como los azares de la vida, en el curso de los siglos, dispersaran a la raza primitiva por toda la tierra, ésta ha estado creando bajo la influencia del medio nuevos tipos, que, con el andar del tiempo, se han encontrado y se han mezclado para formar, a su vez, nuevos cruzamientos de sangre, que, en realidad, no son más que modalidades de una misma raza primitiva.

Este mismo fenómeno está repitiéndose en la República Argentina, como en todas las repúblicas americanas, y este sentimiento espontáneo y enérgico llama la atención a cada momento, ante la alti-

vez, el orgullo con que una criatura nacida en este país, ya sea hijo de español, de francés, de italiano, o de alemán, afirma, cuando se le interroga, que su patria es la República Argentina.

Este república reúne, pues, todas las condiciones requeridas para llegar a ser con el tiempo una de las más grandes naciones del globo. Su territorio es inmenso y fértil (tiene una superficie igual a la de Europa entera menos Rusia); puede dar cómoda hospitalidad a cien millones de hombres; posee todos los climas, y, por consiguiente, todos los productos, desde los de las zonas tropicales hasta los de las regiones polares. Sus ríos y sus montes están entre los más considerables de la tierra. Tiene por frontera marítima el Océano que la pone en contacto fácil con el mundo entero.

Está regida por instituciones más liberales, sobre todo en lo que concierne al extranjero, que cualquier otra nación, y ve llegar a su suelo una inmigración que trata de favorecer. A medida que van poblándose sus vastos territorios desiertos, el valor de éstos se decupla, la producción aumenta en proporciones enormes, y esto en virtud de que una sola familia, con el auxilio de máquinas modernas, puede poner en explotación grandes extensiones de tierra, y obtener así un producto mucho mayor que el necesario para su propio consumo. Por otra parte, esto es lo que explica la proporción sorprendente en que aumenta la exportación argentina.

Tales son las verdaderas causas de la prosperidad de este país; y, como estas causas no son accidentales, sino muy permanentes, tienen que producir en el Sur del continente americano el mismo resultado que en el Norte.

Dado que la riqueza y la prosperidad son esencialmente elementos conservadores, hay en esto una seria garantía de estabilidad política, tanto más que este país ha pasado ya el período difícil y se ha curado de esa enfermedad endémica de nuestra América, la anarquía.

Hay que esperar también que los hombres políticos argentinos, aleccionados por la experiencia y concientes de todas las responsabilidades que les impone esta noble misión de su patria en la obra de regeneración de la raza y de resurgimiento de la América del Sur, sabrán hacer del gobierno constitucional una verdad, conteniendo o desarraigando la tendencia al poder personal, que es la funesta herencia de la tradición indígena.

Es una gran nación, pues, la que se alza en el siglo XX. Una nación dueña de un inmenso patrimonio, a la que la inmigración y el aumento considerable de la natalidad suministran los brazos necesarios; lo único que le falta son las reservas de capitales que ella, como todo país nuevo, no ha podido crear todavía.

Carlos Pellegrini

Ramiro

Era uno de esos días de bochorno canicular, a que no escapa, con ser tan empinada y ventosa, toda aquella región de Castilla. Un aire abrasador se amodorra en las navas, y el cielo sin nubes embravece su tinte como un esmalte en el horno. La peña cruje bajo la rabia del sol, el árbol tuesta. Aquí y allá, a lo largo de los caminos, la recua o el rebaño levantan grandes nubes de polvo, cual si fueran ejércitos.

Un torvo reflejo mineral flotaba sobre el valle de Amblés. El paisaje era aún más austero bajo aquella claridad implacable.

Comenzaba la trilla. La mies rebrillaba en las eras.

Los labriegos tenían que turnarse sin cesar para ir a beber a la sombra de los carros. Entretanto, unos alzaban el biello perezosamente, otros, tiesos como postes sobre las tablas trilladoras, giraban la mala guisa acuciando con rabia a las mulas y a los bueyes, y apeándose a cada momento para hacerles scnar los lomos o las quijadas con sus garrotes.

Ramiro, ahitado de lecturas religiosas, cogió las "Aventuras de Silves de la Selva" y fué a esconder en un oscuro recoveco del monte que formaban tres gruesos peñascos a la sombra de una encina.

Tendido en el suelo, con el puño bajo la sien, suspendía por momentos la lectura, para sentir mejor el deleite de su escondrijo. A veces un rayo luminoso pasaba entre el follaje y hacía temblar sobre el libro una medalla de sol. Aquella sombra le sabía a la frescura barrosa que el agua conserva en las alcarrazas.

De pronto un rumor de pasos acelerados le hizo levantar la cabeza. Miró. Era Medrano corriendo por el atajo en dirección al caserío.

—¿Dónde vais? — gritóle.

El escudero indicó con un breve ademán que le siguiese.

Una vez en la cuadra del granero, mientras buscaba su talabarte, Medrano contó brevemente lo que pasaba. En la vecina heredad, Cerbero, el perrazo que servía de guardián en los portones, se había vuelto rabioso, mordiendo a un lacayo y escapando hacia el monte. Don Alonso se hallaba en Madrid y

su hija había quedado con las dueñas, las cuales le mandaban llamar a toda prisa para que dirigiera a los gañanes en la caza del mastín. Ramiro tuvo un deslumbramiento súbito. Acordóse de los caballeros donceles que en las historias descabezaban endriagos, vestiglios y fieros leones, redimiendo princesas, desbaratando encantamientos y maleficios. Al mismo tiempo el rostro de Beatriz cruzó por su imaginación.

Cuando el escudero iba a ceñirse la ancha espada de dos filos, él, sin pronunciar una palabra, puso ambas manos en la empuñadura del arma, mirándole con expresión a la vez suplicante y resuelta. El antiguo soldado comprendió. Tomando entonces para sí la espada más fina, dejó la otra en poder de Ramiro. Luego, exclamando: "Vamos presto, que nos esperan", salió de la cuadra.

Llegaron a la mansión de don Alonso sin encontrar a nadie. Estaba toda cerrada como una casa desierta; pero al pasar junto a la panera toparon con seis hombres armados de chuzos y horquillas.

El escudero repartió las órdenes. Cada cual treparía por un punto distinto del monte, y apenas divisase al animal daría tres fuertes voces de auxilio. A Ramiro apostóle a pocos pasos de las cocinas, dándole un cuerno de caza y pidiéndole que no se moviera de aquel sitio.

Algo después, cansados de esperar, Ramiro comenzó a internarse también entre los árboles.

Muchos relatos, allá en la torre solariega, le habían hecho saber lo que era el peligro de la rabia y el pavor que esparcía en los pueblos y campiñas aquel hocico agazapado que iba sembrando el furor y la muerte. Se echaban todos los cerrojos, se recogían los gatos, los perros, los asnos, y mientras las

mujeres encendían una vela a Santa Catalina y otra a Santa Quiteria, abogadas contra la rabia, los mozos salían al campo bravamente, armados de las herramientas filosas que iban hallando.

Ramiro avanzaba con rapidez saltando las peñas y los hatos de podas antiguas.

Las carrascas y los espinos no evitaban que el sol caldease con sus rayos la tierra pálida y enjuta, y un retostado perfume de cantueso, de estepa y de tomillos sahumaban el ambiente, las flores de la retama surgían aquí y allá, entre los plomizos peñascos, haciendo brillar sus pétalos de oro sobre un cielo de añil.

Ramiro jadeaba. El sudor bañábale el rostro.

Media hora después, una de las criadas de Beatriz veía entrar en el patio de la casa al nieto de don Iñigo trayendo en una mano una ancha espada toda roja de sangre y en la otra la cabeza del perro.

—¡Válgame Dios y Santa Quiteria; ya le mataron! — exclamó la mujer.

Luego, mirando atentamente el sangriento despojo, agregó:

—¡Pobre Cerbero, y cómo me echaba las manos al pecho para lamerme en el rostro! Pero era forzoso acabarle, que can con rabia con su dueño traba. Medrano ha sido el de la hazaña de fijo!

—No fué Medrano.

—¿Y quién?

—Yo iba solo por el monte, y al pasar cabe un hato de leña, víle venir corriendo hacia mí. De una buena cuchillada hícele rodar como un bolo. Luego hachéle el pescuezo.

—¡Virgen Santísima y qué barragán será cuando

le crezcan las barbás! — exclamó la mujer, espantada de que aquel mancebillo hubiera dado muerte al terrible animal sin la ayuda de nadie.

Luego le pidió que le siguiera; pero Ramiro, acercándose a un potrillo que abría hacia el campo, apoyó un momento la espada en el muro, y tomando el cuerno tocó tres veces con fuerza. Las tres largas notas repercutieron en los ecos de la montaña como un son legendario.

La criada fuéle conduciendo a través de una serie de cuadras sombrías. Por fin, al llegar ante una puerta entornada, Ramiro oyó un coro de mujeres que invocaba plañideramente a Santa Quiteria y a Santa Catalina. Entraron. Un solo rayo de sol penetraba en la estancia tras una madera entreabierta. ¡Qué alarido el que estalló en la obscuridad cuando el niño alzó en el haz luminoso la sanguinolenta cabeza que goteaba sobre el tapiz! Una de las dueñas se derrumbó de espaldas presa de un brusco soponcio.

La mujer que acompañó a Ramiro contó con alegría la proeza del mancebo. Entonces, en medio de un profundo mutismo, Beatriz se adelantó sin vacilar. Una dueña la tironaba el faldellín; pero la hija de don Alonso, mirando aquellas manos tan tempranamente enrojecidas por el coraje, desprendió un favor azul que adornaba sus rizos, y, llegándose a Ramiro, se lo anudó ella misma en las agujetas del jubón con sus temblorosas manitas, blancas como la luna.

Enrique Larreta.

La cuna de Andrade

Olegario Andrade, hijo de las selvas entrerrianas, que llevaba con merecida justicia el título de poeta de las cumbres, moría en la plenitud del vigor intelectual, en la estación de los frutos sazonados, arrastrando al misterio impenetrable los torrentes de esplendorosa armonía que poblaban su cabeza de divino noctámbulo.

El vencedor en las nobles lides del pensamiento caía amortajado en su gloria, dejando desierto el trono de la poesía americana. Con su muerte enmudeció la lira de las grandes armonías de cuyas cuerdas resonantes sólo él había logrado arrancar esas notas soberanas de tan potente colorido, las imágenes de vuelo audaz, como el de sus cóndores andinos, que hacen pensar en la esplendorosa florescencia de las selvas tropicales, rebeldes al purismo de los cánones consagrados por los retóricos, pero henchidas de magnificencias líricas y de subyugadora belleza para nuestro sentimiento de americanos, por el vigor y el brío personal con que canta las glorias de nuestra bandera y los destinos de la raza latina.

Pero no es de su alto mérito literario que vamos a ocuparnos, sino del lugar de su nacimiento, pues como con el cantor de la *Ilíada*, varios pueblos se disputan la cuna del poeta que firmó la "Atlántida" y "El Nido de Cóndores", suscitándose con frecuencia dudas aún no aclaradas.

Procuraré llevar mi aporte a la discusión con las observaciones sugeridas por la lectura de su obra poética, descartando su larga actuación política, en la prensa argentina y en la Cámara de Diputados

de la Nación, lo que desde luego abona en favor del origen de su nacionalidad.

Cuando ocurrió su fallecimiento en Buenos Aires, siendo a la sazón diputado nacional — el 30 de octubre de 1882 — Carlos María Ramírez, en un brillante artículo, dijo que había nacido en el Estado Oriental, opinión que compartía el historiógrafo uruguayo don Isidoro De María, por haberle conocido, siendo niño, en la escuela pública de Guaaleguaychú, en Entre Ríos, en cuya ciudad nació, a estar a las versiones más generalizadas entre sus condiscípulos del Colegio del Uruguay. Otros lo dan como oriundo de la aldea de Alegrete, en el Brasil, pero sin que hasta el presente se haya exhibido como prueba decisiva su partida de bautismo.

La partida no se ha encontrado y acaso no aparezca nunca por la deficiencia con que se hacían los asientos parroquiales en aquellos tiempos. Pero a falta de esa probanza preferida en el estado civil del individuo, tenemos en cambio la abundantísima y reiterada manifestación que hace el propio autor en varias de sus obras, para fijar su nacionalidad y hasta el lugar donde se mecía su cuna.

Cabalmente, la primera poesía escrita a los 15 ó 16 años — premiada en el certamen poético celebrado en el Colegio del Uruguay el 9 de agosto de 1856 — se titula “Mi Patria” y está dedicada al General Urquiza. En ella se lee esta estrofa en que aludiendo al pronunciamiento del 1º de mayo contra Rosas, dice:

Un día de mi patria, postrada y espirante,
Miróse en las llanuras el libre pabellón,
Y un héroe levantando su brazo de gigante
se alzara revelando divina inspiración.

En "El laurel" recuerda enternecido los tristes días del destierro; las lágrimas de la madre a quien veía siempre con la mirada fija del sol en el ocaso como si entreviera su tierra distante, allá entre los resplandores del incierto crepúsculo. Oigámosle:

Siempre ¡patria! repites, madre mía,
¡Cuánto quema la arena del Brasil!

Se advierte en esas rimas henchidas de añoranzas melancólicas, el afán materno de inculcar en el corazón del hijo el amor de la patria; de aquellas conversaciones en que le hablaba suspirando por el perdido hogar ha brotado el canto, el anhelo misterioso que le hacía soñar en que sería el trovador que iba a cantar "al Andes y sus grietas, y al cóndor atrevido que busca el vendabal", a ese cóndor andino en que simbolizó después el sentimiento argentino velando alerta por la gloria de su gran capitán, al decir proféticamente:

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.

El 8 de octubre — escrita en Gualeguaychú en 1857, ya egresado del colegio y que dedica al periodista don Isidoro De María en el aniversario de la capitulación de Oribe que puso término al sitio de Montevideo y dió nervio a la expedición del ejército libertador —, vuelve a hablar de la patria acentuando el sentimiento que le inspiraba con rimas balbucientes en las cuales no se advierte aún la fibra del

cantor excelso, pero que contienen las promesas realizadas en el futuro:

Bendita, sí, mil veces
La patria en que he nacido,
Sus glorias inmortales
Poeta cantaré...

Y como confirmación de aquel sentimiento corporizado en "El Nido de Cóndores", el canto lírico a San Martín, "El Arpa Perdida", "La Noche de Mendoza" y la fantasía "El Porvenir", basta citar las estrofas finales de la soberbia "Atlántida", aquellas en que después de pasar en revista a las naciones sudamericanas cuando nombra a la Argentina, desborda su magnífico lirismo y exclama:

¡De pie para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!

.....

¡La patria! en ella cabe
Cuánto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata debordante
La inmensa copa a las naciones tiende!

Pues bien; a pesar de estas categóricas declaraciones que parecerían cerrar el paso a toda discusión, la duda sobre el lugar donde se meció la cuna del poeta genial vuelve a renacer siempre que se menciona la ciudad de Gualeguaychú como su pueblo natal.

Esta vez la duda viene de Entre Ríos, y como elemento nuevo para renovarla, se menciona el he-

cho de que si bien no se encuentra en los libros parroquiales de la aldea natal su fe de nacimiento, existe, en cambio, asentada la de su matrimonio con la señora Eloísa González, y en ella consta que era natural de Alegrete (Brasil).

Es conocida la deficiencia con que se hacía dichos asientos, en que los nombres, fechas y lugares aparecen adulterados por el párroco poco prolijo que se encargaba de anotarlos, sin que las más de las veces los propios interesados que las firmaban, hayan tomado la precaución de controlarlos, hecho que a diario se comprueba en los arregios testamentarios.

Puedo dar en este caso mi conocimiento personal con la referencia que oí al mismo Andrade, en casa de mi hermano Onésimo, de quien era amigo desde las bancas del Colegio del Uruguay y al que le tocó hacer en la Cámara de Diputados su elogio, para que el gobierno nacional mandara editar las poesías del ilustre extinto.

Le conocí poco tiempo antes de morir, cuando ya llevaba impreso en el rostro el sello de una profunda tristeza. Había perdido a su hija Lelia, a quien el poeta vencedor de aquellos memorables juegos florales de 1881, coronó reina del torneo; la muerte de la dulce niña desgarró su corazón tan sacudido desde la niñez por las obscuras batallas de la vida, que al fin abaten los espíritus mejor templados.

Fué un día al estudio de su comprovinciano y camarada de la infancia a consultarle sobre un punto de materia constitucional de que iba a ocuparse en "La Tribuna Nacional".

Se habló de todo un poco y bromearon sobre la edad, pues mi hermano, que era del 39, le decía contemporáneo, mientras Andrade sostenía que era me-

nor 2 ó 3 años. Con este motivo refirió su nacimiento en Gualeguaychú, de donde lo llevaron muy niño al Brasil durante la guerra civil y agregó, que al regreso de la emigración ocupó con su familia la misma casa de techo pajizo donde naciera, aquella casita a que cantó hombre ya en esas tiernas rimas de "La vuelta al hogar", en la cual volcó sus amores del terruño.

Y bien; esa poesía en que ha pintado un retazo de la naturaleza de las riberas del litoral, es tan inconfundiblemente nuestra que hasta designa las plantas y las aves con la denominación usual en el lenguaje rioplatense, como el seibo, la achira y el zorzal, para darle más sabor y ubicarla en la región de sus montes natales.

Ese solo rasgo basta para demostrar que su autor no es hijo de la tierra ardiente cantada por Gonçalves Díaz, de la tierra que "tem palmeiras onde canta o sabiá", pues nos habla con ternura conmovida del sauce, del tosco abanico de achiras, del seibo y del zorzal de los melancólicos trinos.

Lo que tal vez ha ocurrido es que durante la emigración de su familia a Alegrete, fué bautizado allí y no se cuidó de hacer constar que era nacido en territorio argentino, y es a esto a lo que se alude, sin duda, en la partida de matrimonio donde la referencia del bautismo se ha tomado por natural de aquel lugar.

Y no cabe duda que es así, porque en el canto "El 11 de septiembre", dedicado a Buenos Aires, habla de la lucha contra la tiranía, donde sucumbió su padre y un hermano y recuerda también las pasiones que estremecieron su pecho, cuando vivía en el destierro:

Perdido en las llanuras que baña el Yaguarón.
Si hubiera sido nativo del Brasil, nada le hubiera importado nuestra guerra civil.

Por lo demás, el canto a la heroica defensa de Paysandú — barrida por la metralla de la escuadra brasilera —, cuya sombra augusta evoca con versos iracundos que restallan como chasquidos de látigo inclemente sobre la espalda “de la vil mesnada de los esclavos”, están denunciando la estirpe de la sangre que circulaba en las venas del poeta vengador, y afirman para siempre la certidumbre de que el que así impreca con tan violentos y despectivos acentos no pudo nacer bajo el pabellón auriverde.

Podría inducirse más bien que fuera oriental por el arranque viril con que describe la heroicidad de la ciudad uruguaya, si no existieran las numerosas referencias a su patria de origen que abundan en las composiciones citadas, y que desalojan por su falta de fundamento serio esta persistencia de algunos, en querer atribuirle un origen distinto contra el cual protesta la vida y la obra entera del poeta.

Martiniano Leguizamón

Los niños ⁽¹⁾

¡Qué espectáculo más hermoso es este en que, al través de la distancia, parece que los niños argentinos unieran sus corazones y sus manos, estableciendo una solidaridad en la desgracia, que es la prenda segura de la fraternidad y unión en el porvenir!

(1) Del discurso pronunciado el 23 de diciembre de 1894 en la fiesta celebrada a beneficio de las provincias de San Juan y La Rioja.

Es así como los niños retemplan su espíritu, forman su carácter, desenvuelven todos los nobles sentimientos del alma, y ellos, que son los hombres que principian la vida, aseguran el porvenir de ese pueblo grande que soñaron y fundaron nuestros padres, cantaron nuestros poetas y que nosotros vislumbramos al través de las vicisitudes del presente.

Confiados en sí mismos, fortalecidos por el noble carácter que la familia y el profesor les inspiran, virilizados en la escuela por el hábito del trabajo, sin el cual el genio mismo fracasa, y alentados por la fundada esperanza del mutuo auxilio, que desde temprana edad practican, no temen la desgracia y seguros de sí mismos, la miran sin inmutarse, y preparan así el pueblo argentino para ceñir su noble frente con todas las coronas, la del trabajo, la de la virtud, la de la libertad, y si el caso llega, la de la victoria.

Se ha escrito la historia de los niños célebres, pero debiera escribirse la de los niños caritativos y bondadosos, para enlazar en el presente la naturaleza del niño, la entereza y la virilidad con los nobles y naturales sentimientos de la caridad y del amor, que en común forman el signo característico de nuestra civilización cristiana y moderna.

¡Oh!, cuando uno piensa en los niños huérfanos y desgraciados de San Juan y La Rioja, viendo el esfuerzo social que los ampara y protege, y recorre después las páginas de la historia, esa maestra severa de la vida, para que nos cuente el destino del niño desamparado en el mundo antiguo, ¡cómo nos reconciliamos con los modernos tiempos, al notar la inmensa distancia recorrida, las conquistas realizadas, que han asegurado a los hombres y a los pueblos un destino mejor!

Se ha dicho con razón que los oyentes debieron quedar sorprendidos, cuando el Divino Maestro llamaba a sí a los niños y les acordaba su protección y su amor; nada más natural, entretanto, que esa ingenua sorpresa.

A no haber sido por el fuerte instinto de la naturaleza humana, que impulsa a los padres a amar tierna y entrañablemente a los niños y a prestarles la asistencia eficaz de sus cuidados, sin temeridad pudo haberse presumido la desaparición de la raza humana de la superficie de la tierra. No había establecimiento alguno que ofreciera un refugio al niño abandonado, y si era recogido, generalmente pasaba como cosa al protector, que se convertía en señor, en dueño, para explotar a su antojo las deformidades o las gracias de su cuerpo y hasta su inteligencia y sus talentos.

Cuando, muy rara vez, los pensadores y filósofos se ocupan de estas cuestiones, aunque sean los más elevados, lo hacen en términos que asustan, puesto que Numa, Solón, Licurgo, Aristóteles, el divino Platón y otros, admitían el infanticidio, y ofrecían al niño disforme y al desamparado, como único refugio, la tumba.

Como prueba del aprecio por las letras, de elevación de propósitos y de miras, del opulento, del ostentoso Alcibíades, se cita el hecho de haber dado de bofetadas a un preceptor, porque no tenía entre sus textos al divino Homero: ¿qué suerte esperaba al niño si así se trataba al maestro?, ¿cómo sería la escuela?

¡Cuánta dureza, cuánta crueldad, cuánta ignominia en medio de las más suntuosas y evidentes manifestaciones de una civilización refinada! Grecia y Roma absorben el mundo, y esta última pasea sus águi-

las triunfantes, imponiendo, a la vez que su férrea autoridad, su legislación y sus costumbres, ¡sus terribles costumbres, que llevan al circo a los hombres para ser entregados a las garras de las fieras hambrientas, sus terribles costumbres que establecen la lucha entre seres humanos a fin de divertir al pueblo rey que, esclavizado y envilecido, en cambio de sus libertades perdidas, de las que no quedan sino las vanas formas, las engañosas apariencias, sólo pide pan y diversiones!

El hombre ha pasado a ser propiedad del hombre, y el amo y señor puede vender y hasta matar legalmente al esclavo, sin recato alguno; el altar está ocupado por las falsas deidades del Olimpo, la escuela funciona en los pórticos, en las plazas y calles, dirigidas por gentes subalternas; los rescriptos de los emperadores prueban que en las provincias del Imperio no se paga el ínfimo sueldo de los maestros; educación gratuita, puede afirmarse, es la que hace dar el amo y señor al pobre esclavo, dirigida en la mayor parte de los casos por el más capaz e inteligente de entre ellos, educación que sería mejor que se diera, pues, si hemos de leer las "Cartas de Séneca", las escuelas merecieron el nombre, que alguna vez se les dió, de escuelas del vicio.

¿Qué esperanzas podía quedar al niño abandonado, al desvalido, después de perder la única protección eficaz y verdadera, la de sus padres en el hogar?; ¡civilizaciones sin corazón, sin caridad, no estaban preparadas para resolver los más grandes problemas sociales: la protección de la infancia, la educación del niño.

Pero la doctrina de Jesús recorre el mundo; predicada por sus discípulos, conquista prosélitos, domi-

na a los convencidos, e inspira los actos de los mismos que la proscriben; y así se ve que, bajo Marco Antonio y Alejandro Severo se producen actos de importancia en favor de los niños, y puede afirmarse que desde esa época tienen un principio de organización los socorros, destinados a auxiliar a los niños!

Benjamín Zorrilla

Fundación de la biblioteca pública

Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos: asustadas las musas con el horror de los combates, huyen a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación, y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para el cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente conduce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

Buenos Aires se halla amenazado de tan terrible suerte; y cuatro años de gloria han minado sordamente la ilustración y virtudes que la produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el Colegio de San Carlos para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron a gustar una libertad tanto más peligrosa, cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas, que habían producido nuestras glorias, quisieron ser militares antes de prepararse a ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos

establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes, y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, o más bien su política destructora, que miraba como un mal de peligrosas consecuencias la ilustración de este pueblo.

La Junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo; y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y la gloria de su patria.

Entretanto que se organiza esta obra, cuyo progreso se irá publicando sucesivamente, ha resuelto la Junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras de recurso seguro para aumentar sus conocimientos. Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias, que sería excusado detenernos en indicarlas. Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que han nacido con positiva resistencia a las letras, y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo, produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión, y se afirman con el registro de los libros, que están a mano para dirimir las disputas.

Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los tiempos las bibliotecas públicas como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento. Repú-

tese enhorabuena un rasgo de la loca vanidad la numerosa biblioteca de Ptolomeo Filadelfio: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de Ptolomeo Soter y la nueva colección del templo de Serapis, no se destinaron tanto a la ilustración de aquellos pueblos, cuanto a ser una demostración magnífica del poder y sabiduría de los reyes que los habían reunido. Así, los fines de esta numerosa colección correspondieron al espíritu que le había dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandría con los libros que habían escapado del primer incendio, ocasionado por César, y el fuego disipó ese monumento de vanidad de que los pueblos no habían sacado ningún provecho.

Las naciones verdaderamente ilustradas se propusieron y lograron frutos muy diferentes de sus bibliotecas públicas. Las treinta y siete que contaba Roma en los tiempos de su mayor ilustración eran la verdadera escuela de los conocimientos, que tanto distinguieron aquella nación célebre, y las que son hoy día tan comunes en los pueblos cultos de Europa, son miradas con el mejor apoyo de las luces de nuestro siglo.

Mariano Moreno

Del movimiento de las esferas en el espacio

¿Una molécula en el espacio atrae otra molécula hasta ponerse con ella en contacto aparente? ¿Cesa por esto o aniquila la fuerza recíprocamente atractiva de aquellos dos elementos que se han encontrado? De ninguna manera: la fuerza viva persiste en el conjunto con una capacidad doble; y en ese cuerpo así formado se desarrollan bajo la acción del éter cós-

mico que lo envuelve y llena sus intersticios, las otras fuerzas correlativas. Si hay otro cuerpo accesible con el cual se establezcan las relaciones de atracción que han formado el primero, estos cuerpos continuarán su movimiento de traslación buscándose uno a otro como se buscaron las moléculas supuestas y se encontrarán en la línea recta de su camino a una distancia recíprocamente proporcional a su masa respectiva, adelantando este proceso de aglomeración mientras existan cuerpos o moléculas en el espacio accesible al imperio de esa ley.

En esta hipótesis hago abstracción de la realidad de los sistemas existentes en el universo, y supongo la ausencia de otros cuerpos fuera de los elementos rudimentarios que voy siguiendo, en mi suposición. Tendríamos así la formación de una masa más o menos voluminosa, según los elementos acumulados, y esta masa solitaria en el espacio, armada de la fuerza colectiva que le dan los átomos y las moléculas que la constituyen. Por la naturaleza de la fuerza formatriz y la tendencia normal hacia un centro de esa colectividad, la masa asumirá forzosamente las condiciones geométricas de una esfera dotada de la fuerza de atracción. Mas como supongo que no existen otros u otros cuerpos alrededor, esta resultante de gravitación no inducirá en la esfera así constituida un movimiento de traslación cualquiera, permaneciendo así en perfecto reposo en cuanto al sitio que ocupa en el espacio.

Entretanto, la esfera ejercita su fuerza en la dirección de todos sus radios; y como no produce verdadero trabajo traslatorio a causa de su aislamiento, la gravitación se transforma inmediatamente en el desenvolvimiento de las fuerzas correlativas. El ca-

lor, la electricidad, el magnetismo, se hacen sentir en toda su intensidad y determinan instantáneamente en el conjunto los movimientos complementarios dentro y en la superficie de la esfera.

La ley de polarización del magnetismo se cumple al instante; establécense los polos, el diámetro que los une en el eje magnético, y la esfera rueda, en fin, alrededor de su eje, con una velocidad proporcional a la energía de sus corrientes y las de las otras fuerzas concurrentes de la misma masa, engendrando una fuerza centrífuga en la dirección de la tangente. Si la masa no fuere sólida, o el calor desarrollado la liquida o llega a hacerla vaporosa, la rotación activísima determinará una prominencia considerable sobre su línea ecuatorial y una depresión correspondiente en ambos polos.

Supongamos ahora la aparición de otra esfera análoga mayor o menor en dimensiones, que establezca con la primera de sus relaciones de gravitación. Entonces comenzará la traslación de ambos cuerpos hasta su contacto; y a medida que se acerquen y que la gravitación se haga sentir con la intensidad creciente en la razón inversa del cuadrado de las distancias, el movimiento giratorio irá atenuándose en proporción a la eficacia de la resultante radio de la gravedad.

Guillermo Rawson

Amadeo Jacques

Jacques llegaba indefectiblemente al colegio a las 9 de la mañana; averiguaba si había faltado algún profesor y en caso afirmativo, iba a la clase, preguntaba en qué punto del programa nos encontrábamos, pasaba la mano por su vasta frente como para refres-

car la memoria y enseguida, sin vacilación, con un método admirable, nos daba una explicación de química, de física, de matemáticas en todas sus divisiones, aritmética, álgebra, geometría descriptiva o analítica, retórica, historia, literatura, ¡hasta latín! El único curso, de todo aquel extenso programa, que no le he visto dictar por accidente, era de inglés, dado por mi buen amigo David Lewis, que nos hacía leer a Milton y Pope, a Adison y a todos los buenos prosistas del "Spectator".

Debe estar fija en la memoria de mis compañeros aquella admirable conferencia de M. Jacques sobre la composición del aire atmosférico. Hablaba hacía una hora, y ¡fenómeno inaudito en los fastos del colegio!, al sonar la campana de salida, uno de los alumnos se dirigió arrastrándose hasta la puerta, la cerró para que no entrara el sonido y por medio de esta estratagema, ayudada por la preocupación de Jacques, tuvimos media hora más de clase. Había venido de buen humor ese día y su palabra salía fácil, elegante y luminosa. En ciertos momentos se olvidaba y nos hablaba en francés que todos entendíamos entonces. ¡Qué pintura inimitable de ese maravilloso fenómeno de la vegetación, de aquellas plantas con corazón de madre, absorbiendo el leal carbono de la atmósfera y esparciendo a raudales el oxígeno, la esencia de la vida! ¡Cómo nos hablaba de la bajeza miserable del hombre que pisotea una planta o abate un árbol para coger un fruto! Aun suena en mis oídos su palabra, y al recordarla, aún se apodera de mi alma aquella emoción nueva e inexplicable entonces para mí!

Cuando empezó a dictar el curso de filosofía, que debía concluir tan brillantemente Pedro Goyena, dió

como texto el manual en colaboración con Simón y Saisset. En la primera conferencia dijo bien claro que aquella era la filosofía ecléctica; más tarde añadió a algunos compañeros: "el día que yo escriba mi filosofía, comenzaré por quemar ese manual".

No ha dejado nada al respecto; pero sí es posible rehacer sus ideas personales con el estudio de su naturaleza intelectual y sus opiniones científicas, no es arriesgado afirmar que, discípulo directo de Baccón, pertenecía a la escuela positivista, que hasta entonces no había tenido divulgadores como Littré, pero que, antes de haberla formulado Augusto Comte, ha sido la filosofía de los hombres de ciencia, realmente superiores, en todos los tiempos.

Adorábamos a Jacques a pesar de su carácter, jamás faltábamos a sus clases, y nuestro orgullo mayor, que ha persistido hasta hoy, es llamarnos sus discípulos. A más, su historia, conocida por todos nosotros y pintorescamente exagerada, nos hacía ver en él, no sólo un mártir de la libertad, como lo fué en efecto, sino un hombre que había luchado cuerpo a cuerpo con Napoleón, nombre simbólico de la tiranía.

Una mañana vagábamos en un claustro, asombrados que hubiese pasado un cuarto de hora del momento infalible en que M. Jacques se presentaba.

De pronto un grito penetrante hirió nuestros oídos; conocí la voz de Eduardo Fidanza, uno de los discípulos más distinguidos del colegio. Corrí a la portería y encontré a Fidanza pálido, desencajado, repitiendo como en un sueño: "¡M. Jacques ha muerto!". La impresión fué indescriptible; se nos hizo un nudo en la garganta y nos miramos unos a otros con los rostros blancos, lívidos como en el momento de una desventura terrible.

El portero había recibido orden de no dejarnos salir; le echamos violentamente a un lado y muchos, sin sombrero, desolados, corrimos a casa de M. Jacques.

Estaba tendido sobre su cama, rígido y con la soberbia cabeza impregnada de una majestad indecible. La muerte lo había sorprendido al llegar a su casa, después de una noche agitada. El rayo de la apoplejía le derribó vestido, sin darle tiempo para pedir ayuda.

Pendía su mano derecha fuera de la cama; uno por uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella los labios, como un adiós supremo a aquel a quien nunca debíamos olvidar. Su espíritu liberal, abierto a todas las verdades de la ciencia, libre de preocupaciones raquílicas, ha ejercido su influencia poderosa sobre el de todos sus discípulos.

Le llevamos a pulso hasta su tumba y levantamos en ella un modesto monumento con nuestros pobres recursos de estudiantes. Duerme el sueño eterno al abrigo de los árboles sombríos, no lejos del sitio donde reposan mis muertos queridos. Jamás voy a la tumba de los míos sin pasar por el sepulcro del maestro y saludarle con el respeto profundo de los grandes cariños.

Miguel Cané

La vida útil

Lo propio de la vida es la intermitencia entre el ser y el no ser, entre la vigilia y el sueño, entre la ejercitación y la reposición de la energía; y lo propio de la dicha, en razón de la energía que pone en actividad, es ser tanto más fugaz cuanto más intensa,

vale decir, que es la menos eternizable de las cosas. Por otra parte, las energías que no se emplean y las penas giradas sobre la eternidad, son como las gotas de lluvia que caen sobre el mar, como las horas vacías que se van perdidas en la inmensidad del tiempo.

La vida de relación es una sucesión de accidentes pasaderos, que parecen una duración sólo por una ilusión de la conciencia, a causa de que la memoria retiene la impresión de los momentos pasados conjunto con la de los presentes, de la misma manera que, por una ilusión de óptica, el movimiento de un punto luminoso en el espacio obscuro produce la impresión visual de una línea luminosa, que no existe en el espacio.

Nuestra existencia de ayer, con sus dichas y sus desdichas, no existe ya en ninguna parte, y nuestra existencia de mañana no existe aun en el tiempo, pero la primera existe como representación en nuestra memoria, y la segunda como anticipación en nuestro deseo. Uniéndose en el espíritu sobre el momento presente, lo que ya no es, lo que es y lo que todavía no es, como se unen en un panorama artificial las figuras en especie real, con las figuras en representación coloreada, hacen esa manera de sensación panorámica de la propia vida, que llamamos el yo, compuesta de recuerdos, de actualidades, de presentimientos, de temores y de esperanzas, y también, a veces, de fantasmagorías, constituidas por los respectivos purgatorios, infiernos y cielos imaginarios, con sus criaturas atormentadas, sus condenados en martirio perpetuo, sus diablos en forma de hombres con cuerno y cola, y sus bienaventurados con cara de tilingos anémicos en el Occidente, y esos dioses de pesadilla, mestizos de hombre y de animal en el Oriente.

Y la idea de la inmortalidad del yo, comporta la idea de la perpetuación del panorama individual después del aniquilamiento del sistema nervioso central, que era la placa sensible en que se revelaba, después de la cesación de la memoria, de la conciencia y de la imaginación en que estaba reflejado el ambiente, que es el componente que subsiste.

Pero lo propio de la dicha como de la vida misma, es el ser intermitentes, pues, si no cambiasen de modo, de especie o de intensidad, no podríamos experimentarlas, y las tendríamos sin sentir las, que sería lo mismo que no tenerlas. No hay vida perceptible sin sensación, ni sensación sin cambio y siendo absolutamente iguales todos los momentos de la dicha o de la desdicha perpetua, la existencia invariable del alma, invariable sería la indiferencia interminable; y en la pseudoexistencia sin cambios, sin pasiones y sin intereses, sin accidentes, sin emociones, sin sensaciones y sin porvenir, la dicha eterna sería tan espantosamente aburrida como la eterna desdicha.

“Per troppo variar natura e bella”, y una persona con un sólo asunto en su espíritu es tan monótona como un instrumento musical con una sola cuerda en su registro; la más bella melodía repetida constantemente llegaría a ser tan insufrible como el insomnio, que es la imposibilidad de suspender periódicamente la vida sensible, para recomenzarla de fresco, teniendo razón sobrada el niño que preguntaba, como lo cuenta Ellen Key, si cuando estuviera en el cielo le darían licencia los domingos para ir al infierno a jugar con los niños malos.

La belleza de los paisajes de montañas deriva de la intermitencia en contemplarlos, y de la intermitencia en el sucederse la de los paisajes de nubes,

que aparecen como montañas accidentales. Y es el cambio permanente del sujeto en evolución incesante lo que hace que cada día sea otro día para el ser vivo, aun siendo el mismo día para el ser muerto, tanto más interesante cuanto más otro, tanto más insípido cuanto más el mismo, como transcurre para el preso en el calabozo; la transformación objetiva del panorama de la vida se verifica por la sucesión de las estaciones y de los accidentes climatéricos, y de los acontecimientos del hogar o de la sociedad, y la transformación subjetiva por la sucesión de las edades, cada una de las cuales tiene sus incentivos y sus atractivos propios, que quedan vacíos de interés o de excitación en la siguiente, de tal manera que, cuando la vida se prolonga y se han usado y gastado todos los incentivos de vivir, la existencia misma queda sobrante, y del que así la tiene se dice que es "un ente" porque ya no es una persona.

En el máximo de asimilación de materias para la vida orgánica y para la vida psíquica en crescendo, todo vale por su novedad y su intensidad en el niño; en el mínimo todo vale por su continuidad y su lenidad en el anciano. El uno rompe sus juguetes y sus trajes, y echa al olvido sus pesares y sus alegrías, sus amores y sus rencores de un día, para cambiarlos por otros diferentes; el anciano cuida de su ropa, y sus recuerdos, y se resiste a cambiar de afectos y de costumbres.

Agotado el repertorio de representaciones y de sensaciones posibles, con los materiales que contiene el mundo y las aptitudes sensibles de que dispone el espectador, es forzoso renovar al espectador, por la imposibilidad de renovar el escenario, para que pueda ser siempre interesante el mismo espectáculo del

universo, perpetuamente reproducido, para nuevas concurrencias sucesivas.

Así, la duración útil de la vida depende de la amplitud emocional del sujeto, porque la medida de la vida es grado de interés que ponemos en las cosas de nuestro mundo.

Agustín Alvarez

Los alrededores de la ciudad

Una fortaleza sobre las barrancas del río de la Plata fué el primer núcleo, el punto de apoyo y lugar de refugio de la nueva agrupación. A su sombra, flanqueado por tres conventos se extiende el caserío de paja y barro donde viven las familias protegidas por los soldados del presidio, mientras los vecinos recorren sus chacaras, "que con facilidad pueden labrar y visitar cada día", vigilan sus haciendas, defendiéndose de los bandoleros españoles, indios alterados, negros, mestizos que persiguen sus animales de trabajo, atentan impunes contra su propiedad y su persona, inquietando en los alrededores, en la faja de tierra arada que alimenta a la ciudad. En 1636, decía un banco el gobernador Dávila: "Por cuanto el desorden y exorbitancia que hay en esta ciudad y su distrito y jurisdicción, de hurtar caballos, bueyes, mulas y ganado vacuno y ovejas y de cerda y otros animales cuadrúpedos, es muy grande, y los que perpetran semejantes delitos alegan ser uso y costumbre en estas partes y no ser delito; y porque el susodicho es en gran daño perjuicio del bien común de los vecinos de esta ciudad, y está prohibido por las leyes de estos reinos, so graves penas y bandos de mis antecesores y míos; para

remedio de lo susodicho y seguridad de todos, mando que ninguna persona de cualquier estado, calidad y condición que sea, así negros como mulatos, indios, mestizos, ni españoles sean osados a tomar ni hurtar, ni en otras maneras llevar los dichos ganados y caballos y demás animales, sin expresa licencia y voluntad de sus dueños, so pena de la vida y las demás penas por derecho establecidas”.

El lugar era de riesgo de enemigos por la mar y por la tierra. La silueta de alguna urca pirata flamenca o inglesa solía dibujarse en las afueras del río y les dejaba su impresión siniestra. La vida llena de ansiedades, agitada y mísera, con las armas listas, puestos en punto de guerra, el oído atento al toque de las cajas: “como anoche que se contaron de diez a nueve de ésta se tocó una caja a las nueve de la noche poco más o menos, que por ser aquella hora y en ocasión que cada día se aguarda al enemigo...” se vive bajo la presión del enemigo exterior. En 1582, un corsario inglés llegó hasta Martín García y no tomó a Buenos Aires por ignorar que allí estuviesen poblados los castellanos; en 1587, el pirata Cavendish inspiró tanto miedo, “que se retiró cuanto podía encender la codicia de los ingleses, o servir de embarazo para la defensa, pasando las mujeres, niños y religiosos a parajes seguros”; en 1628, los holandeses; en 1568, una escuadrilla francesa “Salióles tan adverso el tiro, dice el padre Lozano, que tuvieron mucho que llorar, porque además de sentir incontrastable la fidelidad de sus vecinos, perdieron la capitana que se les apresó, con muchas muertes del equipaje y del general”. En 1699, los dinamarqueses, pero “mudaron de rumbo por no salir maltratados de la empresa que vieron imposible

de conseguir". Nada de extraño que la ciudad dé la impresión de un campamento, con su disciplina especial y severa, la obligación de tener armas y estar siempre listos, de no salir o ausentarse sin permiso del gobernador, dejando reemplazante bien aderezado de armas y caballos que sustente la vecindad.

Las sanciones demuestran la importancia capital de estos deberes; se pueden perder los bienes, la ciudadanía, incurrir en multas. Cabrera condenó al capitán de lanzas don Mendo Benavídez en quinientos pesos corrientes, "por haber quebrantado los bandos para que ninguna persona saliera del puerto de Buenos Aires sin la correspondiente licencia". Periódicamente se revistan los hombres y las armas. "Mando, dice el teniente gobernador Salas, que todos los vecinos y moradores de esta dicha ciudad, así como criados, el martes primero que viene, ocho de este mes, a las ocho de la mañana, estén y parezcan ante su merced, en la plaza, con todas las armas y municiones que tuvieren, para que se haga reseña". Y el día señalado comparecieron todos con sus espadas, adargas y armaduras, alguno con "escopeta, cuerda y una libra de pólvora y plomo". Desfilaban por la plaza Mayor, un gran terreno baldío con el fuerte al Este, el Cabildo de estilo jesuítico al Oeste, y después la Pampa que penetra en la ciudad, la invade como si quisiera confundirse nuevamente con ella, cubriéndola con la "apacible natural verdura de sus campos".

Así se formaba su carácter guerrero y altivo. Sabe que la vida de su ciudad depende del esfuerzo de su brazo y que un momento de olvido o de flaqueza puede traer la ruina definitiva. En un medio tan favorable el culto nacional del coraje toma un

vuelo extraordinario; domina en absoluto las ideas, aspiraciones y sentimientos. Es la medida de los valores sociales que sirve para clasificar a los hombres, juzgar las acciones, dar la norma de la moralidad y estimación públicas, crear las distintas jerarquías, las superioridades que mandarán el grupo, proponiéndose como ejemplos a la imitación, porque es la cualidad más útil y necesaria. Todavía son feudales, están saturados de esa atmósfera compleja en que vivieron varios siglos; tienen la manera de pensar y de sentir, todos los prejuicios y supersticiones, robustecidos por la organización social de este medio americano, basada en la esclavitud de los negros, en las encomiendas y reducciones de indios, por su organización política de despotismo militar y teocrático. Odian al extranjero, porque no comprenden la simpatía humana, libre y espontánea, un sentimiento más moderno. El feudalismo era estrecho, sólo admitía solidaridad entre los que estaban unidos por vínculos legales; una cadena bien eslabonada que va del ínfimo siervo al Rey, sin sufrir interrupciones; suficiente para garantizar a cada uno la estabilidad social, en la modesta o elevada esfera en que la suerte lo colocara. Desprecian el trabajo de las artes e industrias, porque no son oficios nobles. En el concepto clásico, predominante hasta Bacon, la ciencia sólo buscaba la verdad y la belleza ideales. La investigación práctica aplicable al mejoramiento de la vida material, el propósito utilitario, parecían indignos de la nobleza de las especulaciones filosóficas. En la agrupación feudal, el villano fabricaba las cosas útiles y necesarias, el siervo araba la tierra; el poeta y el artista encontrarían alguna disculpa por la deliciosa inutilidad de sus obras! La

vocación noble y digna era la de las armas. Para el soldado trabajaban siervos y villanos; la imaginación del poeta idealizaba sus amores y sus proezas.

Juan Agustín García (h)

Lluvia en la Pampa

Una nube, una sola, arrastrada violentamente por el pampero, manchaba el firmamento azul celeste claro, en que brillaba el sol alto aún. Parecía que nos hallásemos bajo una inmensa campana, y el horizonte circular estaba libre en un radio de leguas. La nube marchaba al encuentro del sol, muy alta también, cargada de lluvia, con una rapidez vertiginosa.

—Vamos a tener un chaparrón — dijo un paisano.

Las matas de paja brava y de cortadera no se movían en nuestro alrededor; las capas inferiores de la atmósfera parecían dormir; zumbaban en torno los tábanos, los mosquitos, los jejenes; la tropilla se arremolinaba y apeñuscaba en círculo, bajo el ardiente sol, y los pobres jamelgos, desesperados, agitaban las colas en defensa de sus flancos sangrientos, tratando de ocultar la cabeza melancólica entre la masa formada por sus compañeros.

Me quedé a la puerta del rancho, interesado por el drama de aquella nube, arrebatada en medio de tanta tranquilidad, cuando no se movía una brizna en el campo y vagos vapores transparentes, como vibraciones del aire, hervían entre los matorrales, a ras del suelo, con la evaporación violenta de la tierra caldeada por el sol.

La nube era alargada, recortada con curvas caprichosas, cual de copos de algodón en los contornos

más cercanos, blanquísimos, que cambiaban de forma, como derrumbamientos súbitos a cada instante, ancha orla de plumón de cisne que corría de Norte a Sur, circundando el cuerpo fusiforme y ceniciento de la nube, muy opaca en el centro, algo más clara luego, en escala descendente, como si se esfumara y su límite, indeciso, quisiera confundirse con el azul casi blanco del cielo.

Bogaba con rapidez vertiginosa como extraño barco que navegara hendiendo el agua con la banda en lugar de la proa, y a medida que se acercaba iba afectando en la continua variación de sus perfiles, una forma semicircular, cóncava, cuyo centro pareció, de pronto, situarse en el lugar en que yo me hallaba.

Un instante después la nube aislada ocultó el sol, perdió la orla su blancura de cisne, la masa aún más opaca, proyectó sombra sobre una vasta extensión de la pampa, como una mancha neutra sobre el verde cálido y vibrado de la hierba, y que corría por el suelo amoldándose a sus menores accidentes, como apocalíptico reptil que sólo tuviera dos dimensiones: el ancho y el largo.

Dos paisanos que seguían a caballo la huella polvorienta, como dos manchitas de color al rayo ardiente del sol, se trocaron de repente en dos notas grises y galoparon un rato a la sombra, hacia mí como antes, pero más lejos, llevados gran distancia atrás por la luz difusa que los envolvía. La nube siguió su carrera desalada. Los gauchos iluminados de pronto por el sol que me deslumbró al reaparecer, dieron un enorme salto hacia adelante.

La nube pasó sobre mi cabeza, cuando ya su sombra huía a lo lejos; pasó como ave fantástica de ala

sin rumores, arrebatada por el vendaval de la altura, dejando al sol triunfante tras de ella...

En el ambiente diáfano, tranquilo, fulgurante, de una claridad, de una transparencia de pureza infinita, bajo la vibración blanquecina del cielo y la aureola gualda del sol, allá, en el aire dormido, hubo una avalancha, un derrumbamiento de piedras preciosas, brillantes tallados, rojos rubíes, topacios, amatistas, turquesas, esmeraldas, una lluvia de gemas sorprendentes de hermosura, embriagadoras de riqueza, fascinantes, como si ellas también fuesen luz. Derramábase en la atmósfera un caudal, un tesoro, una maravilla, como no la soñó el mismo Aladino, como no se alcanzó a desear en el más fantástico de los sueños orientales.

La nube, al pasar, había volcado su joyel sobre la pampa, y caían a montones, precipitadas desde lo alto, las estupendas pedrerías con que se forma el iris, pero no ya en fastuosa diadema, sino en cascada rutilante, en un desbordamiento desordenado y artístico, inverosímil y caprichoso de riquezas que fueron más, sólo más en aquel instante y que en vano buscara luego la avidez entre la humilde hierba, en el suelo de la pampa que, ávido y avaro él también, las recogió antes que el sol pudiera devolverlas a la nube.

Roberto J. Payró

Chañilao

Chañilao es el célebre gaucho cordobés Manuel Alfonso, antiguo morador de la frontera de Río Cuarto. Vive entre los indios hace años.

No hay baqueano más experto, ni más valiente

que él. Tiene la carta topográfica de las provincias fronterizas en la cabeza.

Ha cruzado la Pampa en todas direcciones millares de veces, desde la sierra de Córdoba hasta Patagones, desde la Cordillera de los Andes hasta las orillas del Plata.

En ese inmenso territorio no hay un río, un arroyo, una laguna, una cañada, un pasto que no conozca bien.

El ha abierto nuevas rastrilladas y frecuentado las viejas abandonadas ya.

En la peligrosa travesía, donde pocos se aventuran, él conoce escondido "guaico", para abreviar la sed del caminante y de sus caballos.

Ha acompañado a los indios en sus más atrevidas excursiones, y muchas veces se salvaron por su pericia y su arrojo.

Sus constantes correrías, de noche, de día, con buen o mal tiempo, llueva o truene, brille el sol o esté nublado, haya luna o esté sombrío el cielo — le han hecho adquirir tal práctica, que puede anticipar los fenómenos meteorológicos con la exactitud del barómetro, del termómetro y del higrómetro.

Es una aguja de marear humana; su mirada marca los rumbos y los medios rumbos, con la fijeza del cuadrante.

Habla la lengua de los indios como ellos, tiene mujer propia y vive con ellos. Es domador, enlazador, boleador, pialador. Conoce todos los trabajos de campo como un estanciero; ha tenido tratos con Rosas y con Urquiza, ha caído prisionero varias veces y siempre se ha escapado gracias a su astucia o su temeridad.

Poco antes de la batalla de Cepeda le tomaron

junto con veinte indios, en la frontera Oeste de Buenos Aires. Sólo él burló la vigilancia de los guardias y se salvó.

Es un oráculo para los indios cuando invaden y cuando se retiran; vive por desconfianza en **Inché**, 30 leguas más al Sud que Baigorrita, a cuya indiada le pertenece; tiene séquito y es capitanejo, con lo cual está dicho todo sobre este tipo, planta verdaderamente oriunda del suelo argentino.

Chañilao no es sanguinario; ha vivido entre los cristianos y entre los indios alternativamente. En el Río Cuarto tiene amigos: Camilo Arias, mi fiel e inseparable compañero, es uno de ellos. La última vez que emigró de allí fué por prevenciones infundadas.

Esa es nuestra tierra — como nuestra política suele consistir en hacer de los amigos enemigos, parias de los hijos del país —, secretarios, ministros, embajadores de los que nos han combatido.

Solemos ser justos con los nuestros, con los adversarios somos siempre débiles. Solemos ser tolerantes con los que transigen, con los que hacen un honor y un deber de tener conciencia, jamás.

Para ellos está reservada la crítica irritante, acerba.

El peor papel que puede representar el patriotismo a los ojos de las medianías, es tener carácter.

Más hábiles en el arte de reclutar nulidades, de seducir traficantes y especuladores, que dispuestos a admirar el talento y la probidad; más capaces de claudicar que de imponerse por la elevación moral, prefieren los que se dobligan a los que firmes sobre el pedestal de sus creencias tienen la osadía de exclamar: ¡yo pienso así!

¡Ah! ¡si el país no estuviera jadeantes! ¡Ah! ¡si no estuviera arraigado en todos los corazones el convencimiento de que hay que preparar la tierra, antes de arrojar en sus entrañas fecundas la semilla! ¡Ah! ¡si no fuera que el hierro mata! ¡Ah! ¡si no fuera que una verdad escrita con sangre es siempre una conquista fratricida!

Camilo me había hablado largamente de Manuel Alfonso. Había sido el apoderado de los pocos intereses que dejó en la frontera la última vez que huyó de ella. Tenía por él ese cariño respetuoso, que el paisano le profesa siempre al gaucho cuando no le cree malo; había sido su maestro en los campos; y como aborrecía de muerte a los indios, con los que se había batido muchas veces cuerpo a cuerpo, perdiendo dos hermanos en dos invasiones, se hacía la ilusión de arrancarlo de su guarida.

Camilo Arias, es igual a Manuel Alfonso en un sentido, su reverso en otro.

Camilo sabe tanto como Alfonso; es rumboador como él, jinete como él, valiente como él; pero no es aventurero.

Camilo es un paisano gaucho, pero no es un gaucho.

Son dos tipos diferentes. Paisano gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir.

El gaucho neto, es el criollo errante, que hoy está aquí, mañana allá; jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si da una puñalada, o gana la montonera si ésta asoma.

El primero, tiene los instintos de la civilización; imita al hombre de las ciudades en su traje, en sus cos-

tumbres. El segundo, ama la tradición, detesta al "gringo": su lujo son sus espuelas, su chapeado, su tirador, su facón. El primero se quita el poncho para entrar en la villa, el segundo entra en ella haciendo ostentación de todos sus arreos. El primero es labrador, picador de carretas, acarreador de ganado, tropero, peón de mano. El segundo se conchaba para las yerras. El primero ha sido soldado varias veces. El segundo formó alguna vez parte de un contingente y en cuanto vió luz se alzó.

El primero es siempre federal, el segundo ya no es nada. Como ha sufrido más que la gente de frac, se ha desengañado antes que ella. Va a las elecciones, porque el comandante o el alcalde se lo ordena, y con eso se hace sufragio universal. Si tiene una demanda la deja porque cree que es tiempo perdido, sea dicho con verdad. En una palabra, el primero es un hombre útil para la industria y el trabajo, el segundo es un habitante peligroso en cualquier parte. Ocurre al juez porque el instinto de creer que le harán justicia de miedo, y hay ejemplos; si no se la hacen, se venga, hiere o mata. El primero compone la masa social argentina, el segundo va desapareciendo. Para los que, metidos en la crisálida de los grandes centros de población, han visto su tierra y el mundo por un agujero; para los que suspiran por conocer el extranjero, en lugar de viajar por su país; para los que han surcado el Océano en vapor; para los que saben donde está Riga, ignorando donde queda Yaví; para los que han experimentado la satisfacción febril de tragarse leguas en ferrocarril, sin haber gozado jamás del placer primitivo de andar en carreta, para todos esos el gaucho es un ser ideal.

No lo han visto jamás.

La libertad, el progreso, la inmigración, la larga y

lenta palingenesia que venimos atravesando hace dieciocho años lo va haciendo desaparecer.

El día en que haya desaparecido del todo será probablemente aquel en que se comprenda que tenemos una masa de pueblo sin alma, que en nada, ni en nadie cree; que desparramada en inmensas campañas, no tiene iglesias, ni escuelas, ni caminos, ni justicia, nada que la ampare eficazmente, que la prepare para el gobierno propio, para la verdad del sufragio popular, para el respeto siquiera del extranjero que viene a compartir con nosotros todo, menos el dolor porque no nos estima nada, nada en fin, sino un caudillejo armado o togado que la oprima o la explote.

Sólo entonces tendremos, propiamente hablando, pueblo; pueblo con corazón, con conciencia, con convicción y pasión.

Entonces no habrá paisanos honrados, con intereses que perder, que encerrándose en el egoísmo, que todo lo seca, hasta el patriotismo, sientan solos los males sociales que puedan asolar su casa.

Entonces no habrá en Córdoba un maestro de posta, hacendado, que conteste lo que me contestaron a mí en el Molle.

Era el mes de Abril del año 1865. Ibamos de pasajeros, de Mendoza para Córdoba en una galera, el doctor don Eduardo Costa, Alejandro Paz y don Francisco Civit, todos excelentes compañeros de viaje. En el primero, sobre todo, nadie habría sospechado un hombre tan avenido y varonil.

En el Río Cuarto el general don Emilio Mitre nos había dado la noticia de la primera agresión de López. Teníamos una impaciencia febril por llegar a Córdoba, donde se hallaba el doctor Rawson.

En la referida posta le pregunté yo al dueño de casa, que era un vejete bastante alentado:

—¿Y qué noticias tiene, paisano?

—Ninguna, — me contestó.

—Pero hombre — agregué asombrado —; ¿no sabe usted que los paraguayos han invadido la provincia de Corrientes con cuarenta mil hombres; que nos han apresado unos vapores; que han robado, incendiado y cautivado muchas familias?

Por toda contestación exclamó, con la tonada consabida:

—¡Lo bueno que por aquí no han de llegar!

¡Qué consoladora ingenuidad! Pero que bien pinta el estado moral de un país.

Después de esto habladme cuanto queráis del patriotismo argentino. Yo os diré que el patriotismo es una virtud cívica, que no apasiona las multitudes, sino cuando la noción del deber se ha encarnado en ellas; que todo deber responde a un ideal; que la libertad, la religión, la patria, el honor nacional son un ideal, pero que ese ideal no está sino en la conciencia de cierto número de elegidos.

Tenemos el germen, falta difundirlo.

¿De qué manera? Haciendo que la patria sea para el hombre del pueblo, la libertad en todas sus manifestaciones, la justicia, el trabajo bien remunerado; no el abuso, el privilegio, la miseria.

Entonces no se encontrará quien diga lo que frecuentemente se oye: ¡para lo que yo le debo a la patria!

No basta que las constituciones proclamen que todo ciudadano está obligado a armarse en defensa de la patria. Es menester que la patria deje de ser un mito,

una abstracción, para que todos la comprendan y la amen con el mismo acendrado amor. Hay fanatismos necesarios, que si no existen se deben crear.

Manuel Alfonso volvió a preguntar por el amigo Camilo Arias.

—Que lo llamen — dije yo.

El gaucho, ni me miró siquiera.

Pero comprendiendo quién era, y con la intención sin duda de calmarme, preguntó:

—¿Y cómo se entienden estas paces? Aquí de amigos, y a Calfucurá invadiéndolos los porteños.

—Mire amigo — le contesté —; delante de mí no me venga hablando barbaridades. Si no le gusta la paz mándese mudar.

Se dió vuelta entonces, me miró, y pegando maquinalmente con el rebenque en el suelo unas cuantas veces, repuso:

—Yo digo lo que me han dicho.

—Pues le repito que es una barbaridad, le contesté.

Me miró con más fijeza y por toda contestación se sonrió maliciosamente, como diciendo: ¡mozo malo!

Estaba provocativo. Iba mal parado si le aflojaba, así es el gaucho taimado.

—Y este fogón es mío, le agregué, como diciéndole: “no quiero que en él se hablen cosas que no me gustan”.

—¿Y usted quién es? — repuso —, jugando siempre con el rebenque y fijando la vista en el fogón.

—Averigüe — le contesté.

En ese momento una voz conocida dijo al lado mío:

—Orden, señor.

Era Camilo Arias que venía a mi llamado.

—Aquí tienes un amigo — le dije, señalándole a Manuel Alfonso.

Los paisanos son generalmente fríos, se saludaron como si se hubieran visto el día antes.

—Vamos — le dijo Camilo.

—Vamos — contestó el gaucho, levantándose. Dió las buenas noches y se marchó.

Me quedé sumamente preocupado. En un hombre tan sagaz como él, tan conocedor de los indios, tan influyente entre ellos por sus servicios, sus conocimientos y su valor, aquellas palabras soltadas en mi fogón revelaban malísima intención.

No había subido aún a caballo Manuel Alfonso cuando mi compadre Baigorrita se presentó.

Echó pie a tierra y se sentó a mi lado; pedí su cena, se la trajeron, y sacando el cuchillo, me dijo:

—¿Conociendo Chañilao?

—Ahí va — le contesté indicándoselo. Acababa de armar un cigarro en ese instante y lo encendía, montando ya.

—Ahí — dijo mi compadre.

—¿Hay algo? — le pregunté a San Martín.

—Creo que sí — me contestó. — Baigorrita estaba más pensativo que de costumbre. Sus preguntas, sus exclamaciones, su aire sombrío, acabaron de convencerme de que Manuel Alfonso no había venido a mi fogón a hablar de la paz y de Calfucurá sin objeto. ¿Qué podía haber? En vísperas de una gran junta cualquier mala disposición era alarmante.

—¿Hay alguna cosa, compadre? — le hice preguntar a Baigorrita con San Martín.

—Sí, compadre — me contestó él mismo.

Habló con San Martín y en seguida me dijo éste:

Que Mariano Rosas le había contado muchas cosas de mí; que estando acampado en Calcumuleu los había tratado muy mal a los indios; que a él le había mandado decir una porción de desvergüenzas; y que yo era muy altanero.

Le referí todo lo que había sucedido y su respuesta fué por boca de San Martín:

—Alguna intriga, compadre, porque nos ven de amigos.

Comprendí todo.

Durante mi permanencia en Quequén, me habían hecho la cama en Leubucó.

Mi compadre acabó de cenar, él y yo éramos los únicos que quedaban al lado del fogón; los demás se habían recogido.

—Vamos a dormir, compadre — le dije.

—Bueno — me contestó.

Me enseñó mi cama. Estaba al pie de un hermoso calden.

Llamé a Carmen.

Me sentaba en ella, cuando una china se apeó allí cerca del caballo, y viniendo a mí me dijo con aire misterioso:

—Tengo que hablarle.

Lucio V. Mansilla

Corrales

No puedo resistir al deseo de presentar a mi discípulo Corrales. Es uno de esos tipos eternos del internado que todo aquel que haya pasado algunos años dentro de los muros de un colegio, reconocerá a

primera vista. Es el cabrión, el travieso, el mal estudiante, el reo presunto de todas las contravenciones, faltas y delitos. De un espíritu lleno de iniciativas, inventando a cada instante una treta nueva para burlarse del maestro o procurarse alguna satisfacción, gritando como veinte en el recreo, dejando grabado su nombre en todas las mesas, gracioso, chispeante en la conversación, llena de la sal gruesa del colegio, es al mismo tiempo incapaz de aprender, de asimilarse una noción científica cualquiera. Corrales inventaba trampas, aparatos para robar uvas, lazos corredizos admirables para tomar delicadamente del cuello, desde una altura de diez metros, las botellas simétricamente colocadas sobre una mesa del patio del cura de San Ignacio, sobre el que daban las ventanas de algunos dormitorios, botellas que su dueño destinaba a festejar la fiesta del patrono; Corrales sabía abrirse la puerta del encierro sin fractura visible, pero Corrales jamás pudo comprender ni creer que el valor de los ángulos se midiera por el espacio comprendido entre los lados y no por la longitud de éstos.

Las matemáticas, que como toda noción racional por lo demás, era para él abismo sin fondo en los que su cráneo de chorlo se mareaba. Era feísimo, picado de viruela, con un pelo lacio, duro y abundante, obediendo sin trabas al impulso de veinte remolinos. Sus libros, jamás abiertos, eran los más sucios y deshechos del colegio. Algunas veces, cuando la cosa apuraba, venía a que le explicáramos un teorema, con claridad, sin prisa y dándole el derecho de preguntar, sin límites. Era inútil, no tenía la noción del ángulo recto. En clase pasaba el tiempo en tallar su banco, que se iba convirtiendo en un escaño digno de Berruguete; en fumar a escondidas, a favor de su facultad envidia-

da de retener el humo en el pecho durante cinco minutos; en hacer flechas, cuerdas de goma de botín, que, fijadas en el índice y el pulgar, lanzaban al techo una bola de papel mascado que se adhería a él, sosteniendo por un hilo un retrato de perfil del profesor; en fabricar gallos perfectos, navíos primitivos y mil otros pasatiempos igualmente conexos con el curso.

No había casi día, en la clase de Jacques, que Corrales escapara a las vigorosas arremetidas del sabio.

Pero Corrales, familiarizado ya con este procedimiento, había resuelto emplear en su defensa una de sus artes más estudiadas: Corrales canchaba maravillosamente. Un pie adelante, con el cuerpo encorvado, durante los recreos, ni los grandes conseguían tocarle el rostro; tenía la agilidad, la vista del compadrito y sus mismos dichos especiales. Así, cierto día que Jacques nos explicaba que los tres ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos, Corrales, oyendo como el ruido del viento la explicación, desde los últimos bancos de la clase, estaba profundamente preocupado en construir, en unión con su vecino, el cojo Videla, que le ayudaba eficazmente, un garfio para robar uvas de noche. Jacques se detiene y con voz tonante exclama: Corrales, tú eres un imbécil y tu compadre Videla otro: ¿cuánto valen los dos juntos?

“Dos rectos” — contestó Corrales, que tenía en el oído esas dos palabras tan repetidas durante la explicación y sin darse cuenta, en su sorpresa, de la pregunta de Jacques. Este se le fué encima y nos fué dado presenciar uno de los combates más reñidos del año.

Corrales se echó para atrás, enroscó el cuerpo, hundió la cabeza entre los hombros y mirando a su adver-

sario con sus ojos chiquitos, llenos de malicia, esperó el ataque con las manos en postura. Jacques debutó por un revés, que fué hábilmente parado; una finta en tercia, seguida de un amago al pelo, no tuvo mayor éxito. Entonces Jacques, despreciando los golpes artísticos, comenzó lisa y llanamente a hacer llover sobre Corrales una granizada de trompadas, bifés, reveses, de filo, de plano, de punta, todo en confuso e inexplicable torbellino. El calor de la lucha enardeció a Corrales; se multiplicaba, se retorció, y a cada buena parada decía con acento jadeante: “¡Diande!” “¡Cuando mi vida!”, y otros gritos de guerra análogos. Jacques más irritado aún, hizo avanzar la artillería y una nube de puntapiés cayó sobre las extremidades del intrépido agredido. Corrales, que no sabía canchar con las piernas, se puso de rodillas sobre el banco; esta simple evolución hizo efímeros los estragos del cañón y el combate al arma blanca continuó. Pero Corrales era un simple montonero, un Páez, un Güemes, un Artigas; no había leído a César ni al gran Federico, ni las memorias de Vauban, ni los apuntes de Napoleón, ni los libros de Jomini. Su arte era instintivo y Jacques tenía la ciencia y el genio de la estrategia.

De idéntica manera los persas valerosos no supieron defender sus empalizadas contra los atenienses de Platea. El banco de la batalla había sido abandonado por los vecinos de Corrales; Jacques vió la ventaja de una mirada y amagando una carga violenta, mientras Corrales en movimiento defensivo perdía un tanto el equilibrio, su adversario, de un golpe enérgico, dió en tierra con el banco y con Corrales. Antes de que éste pudiera levantarse, Jacques le asió del cuello de la camisa, no saltando el botón correspondiente por la costumbre inveterada en Corrales de no usarlos nunca. No

brilló en manos del vencedor la daga de misericordia, pero sí sonó, uno solo, soberbio bofetón.

Así concluyó aquel memorable combate que habíamos presenciado silenciosos y absortos, a la manera de los indios de Manco Capac las batallas de Almagro y de Pizarro, como lucha de seres superiores al hombre!...

Miguel Cané

Blasón de Plata

Desde el grito de "¡Tierra!" lanzado en la Pinta, el hado del prodigio coronó de fortuna la proeza de los descubridores. Los hombres de la travesía, alucinados de estupor en sus naves, oyeron que la palabra del anuncio resonaba a lo lejos, multiplicada por la voz de las olas. El día era inminente sobre las aguas, y a la luz de oro que llegaba del Este, lanzada en haz sutil sobre los mares, la tierra nueva resplandecía. Era Catay, era Cipango, y la tripulación emocionada, escrutó durante horas, agolpada en las proas y los puentes, las confusas riberas de las islas que profetizara el almirante. En el ámbito claro de aquella alba de octubre, algunas lánguidas gaviotas que reposaron durante la noche en los mástiles, adelantaron rectamente su vuelo, como llevando a las tierras cercanas el cálido mensaje de los peregrinos.

Entretanto, los naturales de la isla, presos de asombro, habían visto aparecer, como tres deidades oceá-

nicas, las tres carabelas en el horizonte. Seres venidos del abismo donde nacen las albas y donde el día bienhechor se renueva, tal los vieron atracar a la costa. El casco negro alzado como un testuz enorme, cuya boca invisible parecía vomitar la propia espuma que su proa rompía; las velas blancas desplegadas al aire matinal como las ilógicas y ligeras; revuelta en pos de sí la cauda de la estela, erectos como antenas los mástiles, extendido como un brazo algún remo, y el viento vibrando en las jarcias como un ronco rugido.

Supersticiones religiosas, terrores de lo desconocido, divinidad de los elementos, misterio de las lontananzas, epifanía y resurrección de los astros, rumbo de los paraísos inmemoriales, reminiscencia de las extirpes celestes: a vuestra voz, conjurada por la aparición prodigiosa, los naturales huyeron a ocultarse en las breñas, pero apenas vieron desembarcar a los navegantes y descubrieron en sus rostros un gesto de amor, tornaron ellos hasta la playa, para recibirles como dioses amigos.

Preguntaban los indios al almirante si ellos eran los hombres del cielo. Asombrábanse de las vestiduras multicolores como el plumaje de las aves indígenas, y con torpeza pueril, tomaban por el filo las espadas. Sin duda, para realzar su acogida de paz, algunos mostraban en sus cuerpos cetrinos, heridas cobradas en guerra con otras islas que habían intentado sojuzgarles. Traían a guisa de ofrendas, frutos de los árboles, ovillos de algodón, piezas de oro, pájaros de variados colores. El almirante los acariciaba paternal, y sus marinos distribuían entre ellos cuentas de vidrios y fútiles monedas que los maravillaban. En medio de aquel pacífico y no esperado acatamiento, los descubridores tomaron posesión de la tierra. La Cruz abría sus dos bra-

zos de amor, entre un círculo de indios y de aceros, ambos desnudos. La brisa del mar propicio hacía tremolar sobre las cabezas descubiertas los estandartes de Castilla, su cruz de seda verde, sus iniciales de oro. Al monótono son de las plegarias, respondíale, como un coro litúrgico, la voz antigua del océano. El sol del día declinante decoraba, sacerdotal y magnífico, las selvas, el firmamento, las riberas. Y en la unción de la tarde, una piragua tripulada de indios se desprendía de la costa, rozando el agua apenas, para comunicar a las islas vecinas la fausta llegada de los hombres del mar.

La voz de los mensajeros partidos aquella tarde difundió por las aguas y por los bosques, por los peñascos y las sirtes, la nueva del misterioso advenimiento. Los indios de la Concepción y la Española, de la Isabela y la Fernandina, se adelantaron a recibir al extranjero, con los brazos abiertos como la cruz de amor que el mismo alzaba en los aires. No volvía el descubridor de su asombro ante aquella repetida familiaridad de tribus desnudas que a pesar de no haberle visto jamás le recibían, sin embargo, como al viajero blanco y barbado que debía llegar. En una de las islas, el cacique, ceremonioso y fastuoso, seguido de su corte, vino a saludarle, y subió hasta el navío. Traíale como ofrenda una banda de oro, que era tal vez su emblema imperial. Le recibió el almirante en el castillo de popa, donde le regaló con merienda, obsequióle con un collar de ámbar, y le mostró las banderas del rey. Mas todo el mar hasta allí recorrido, no era sino la ruta hacia otro símbolo más puro de la fraternidad indiana, a donde el hado de la proeza les conducía.

Como a principios de noviembre las carabelas encontraron un río hospitalario, el almirante resolvió de-

tenerse, a fin de aderezar en tal abrigo sus maltrechas embarcaciones. Por una especie de presagio, bautizó aquel lugar con el nombre de "Río de los Mares". Resolvió allí que dos cristianos acompañados de un indio traído de Guanahaní, se internaran en la nueva isla. El indio servíales de guía; y llevaban recado para regalar a los naturales que hallasen. Peregrinaron los tres, luengas jornadas, hasta llegar a un pueblo de cincuenta chozas asaz grandes como para alojar sendas familias. Anochecía ya en el campo, y la lumbre de los hogares ardía bajo el techo de las chozas. Anunciados por el indio estos peregrinos del mar, los jefes de la población salieron a recibirlos. Andas de brazos humanos les condujeron al recinto de la ciudad indígena. Guiados hasta la más espaciosa de aquellas rústicas moradas — templo o alcázar — hiciéronle sentar a cada enviado en un asiento sacerdotal y simbólico, llamado "el duche" en el idioma del país. Figuraba esta cátedra un mitológico animal con piernas cortas, sobre las cuales toda ella reposaba. La cola espesa y dura, enhiesta por detrás, servíale de respaldo; su ancho lomo formaba la silla, de suerte que al sentarse en ella veíase por delante, entre las piernas del elegido, los ojos de oro de esa cabeza mitológica. Aquel icono-mueble era, sin duda, el símbolo de la hospitalidad.

Os lo digo, porque sentado sobre el Duche los dos hombres del Mar, vino hacia ellos la población del pequeño reino. Indios e indias depositaban a sus pies los presentes: finísimos de algodón, piezas de oro, granos de maíz y especias. Algunos se sentaron en torno, con los pies cruzados sobre el suelo, y les dieron a comer raíces cocidas que, según el relato de ambos, sabían a castañas. Rogábales el pueblo que se quedasen a vivir con ellos, y cuando llegó la hora de

recogerse a los navíos, la muchedumbre quiso acompañarles. Los extranjeros que tornaban al Río de los Mares no aceptaron otro cortejo que el del cacique, su hijo y un criado. Con ellos atravesaron la manigua que los separaba del Océano. Nada turbó su paso por el bosque. Perros que no ladran seguían sus huellas. En alguna choza del camino rendíanles parias al pasar. En la espesura cercana, cantaban papagayos y ruiseñores. La brisa marina, que movió el estandarte del rey en la costa del Guanahaní, movía aquí las susrrantes hojas de los cañaverales y plátanos silvestres. Así tornaron los extranjeros del Duche a la ribera donde el almirante aparejaba ya sus navíos para hacerse a la mar. Los indios le ayudaron a calafatear las tres carabelas del descubrimiento. Y un día la tribu hospitalaria las miró partir, sobre el Océano familiar a las Indias, y perderse en el misterioso horizonte de donde habían venido.

Ricardo Rojas

El hombre en la naturaleza

Creemos que los diferentes grupos de animales son perfectos en sí mismos, siempre que su organización les permita sostener con ventaja la lucha por la existencia, porque como ya lo hemos dicho, no existe ningún carácter anatómico que nos permita juzgar de la posición jerárquica de los seres. No reconocemos este término de comparación, el hombre. Si nuestra especie pudiera darnos tal término o medida, sería preciso admitir que todos los demás vertebrados

pueden llegar con el transcurso del tiempo a ser hombres. Entonces podríamos realmente juzgar de la mayor o menor perfección de los seres según la cantidad de evolución que aún les faltare para llegar al punto terminal de la rama a que nosotros hemos alcanzado.

Desgraciadamente, el problema es más complicado; el hombre como rama terminal se presenta solo y aislado. En su evolución ningún otro mamífero sigue su camino. Al contrario, todos evolucionan en sentido divergente al del hombre; y puede asegurarse que ningún otro vertebrado dará origen a un ser igual o que se nos parezca, porque las diferentes especies, según nos lo demuestran la paleontología y las leyes de la evolución divergente, sólo aparecen una vez en la eternidad de los tiempos. Puede asegurarse aún más, que entre los mismos monos antropomorfos ninguno llegará ni puede llegar por vía evolutiva a representar nuestra especie.

Esta divergencia de caracteres entre los distintos seres que remontan a un antecesor común, siempre creciente y más acentuada a medida que avanzan las épocas geológicas, para comprenderla bien, es preciso no comparar la serie animal a un árbol siempre verde en todo su conjunto, de cuyo tronco pudieran constantemente brotar nuevos vástagos que en su evolución pudieran volver a recorrer las etapas por las que han pasado algunos de los seres actuales. Este sería un grave error, pues si los seres existentes representan las puntas terminales del árbol, o sea la periferia y superficie de la copa, los seres de las épocas pasadas representan el cuerpo con sus múltiples ramificaciones y el primero o primeros seres aparecidos en las más lejanas épocas geológicas, el tronco; y como

los individuos en su encadenamiento genealógico sucesivo representan la continuación hacia la copa de las infinitas ramas y ramecillas, es natural que la duración de las distintas etapas de crecimiento por las que éstas han pasado fuera efímera como lo es la vida de los individuos, de modo que del gran árbol de la serie animal, en la actualidad sólo existe la superficie de la copa, habiendo desaparecido el cuerpo y tronco, sembrando sus despojos destrozados en los terrenos de las distintas épocas geológicas pasadas. Para darnos cuenta exacta de su disposición debemos, pues, comparar la serie animal a un gran árbol cuya parte inferior del tronco perdida en el insondable lejano del tiempo pasado fué destrozada y dispersada, quedando de ella sólo unas cuantas ramificaciones que dividiéndose y subdividiéndose a medida que ascendían, iban igualmente destrozándose, secándose y dispersándose por su parte inferior, rompiéndose así para la eternidad de los tiempos los lazos de continuidad que en otras épocas los unieran, entrando a formar parte del polvo que pisamos, mientras que las puntas de las ramas del árbol, separadas y aisladas unas de otras y condenadas siempre a crecer hacia arriba y a convertirse en polvo hacia abajo no pueden ni podrán jamás recorrer el camino destruido y obstruido por que pasaron sus antecesores y colaterales; de modo que, si hay una ley paleontológica que nos enseña "que toda especie o forma perdida no puede volver a reaparecer", hay también una ley zoológica y filogénica que nos hace saber "que ninguna de las especies o formas actuales puede transformarse en otra forma o especie existente en la superficie del globo, por más que ambas se parezcan.

Deducimos de esto que lo que debe tomarse por

término de comparación, no es el progreso intelectual ni cualquier otro carácter anatómico que pueda ser mal apreciado por el mismo hecho de que el hombre es en él parte interesada. Es preciso tomar como medida de progreso un término de comparación completamente distinto, la evolución misma, la genealogía de los seres que una vez restablecida, el hombre no puede interpretarla a su capricho.

Los grupos zoológicos actuales, cuando se hallan bien definidos por caracteres naturales, representan otras tantas ramas del inmenso árbol que forma la serie animal. Estas ramas convergen al tronco común por medio de los anillos rotos de los animales que los precedieron en las épocas geológicas pasadas. Cada grupo zoológico actual forma así la cúspide de la rama que representa, y los representantes actuales de cada una de estas ramas serán más perfectos que los que los han precedido en los tiempos pasados; serán tanto más perfectos cuanto mayor sea el grado de evolución que han sufrido, y tanto más perfectos en comparación de una forma dada que los haya precedido en serie lineal cuanto mayor sea el número de formas intermediarias que se hayan sucedido entre los dos seres o formas.

Creemos que por ahora esto es todo lo que es permitido decir sobre la superioridad relativa de los distintos seres. Podemos establecerla, y fácilmente, respecto a los que nos han precedido en serie lineal directamente, pero no respecto a los existentes.

Florentino Ameghino

Estoicismo y Efectismo Literario

El heroísmo ibérico no pudo evitar que la superior civilización de Roma conquistase a Hispania, y a que, en lo posible, la latinizara. Apenas latinizada, resurge ya su arrogancia en dos formas nuevas, que Séneca el filósofo encarna admirablemente, pues, "aunque nacido en la Bética, es ante todo castellano". Estas dos formas son: una filosófica y otra literaria. La filosófica consiste en un estoicismo que se podría calificar de **público**, a diferencia del romano, que, por oposición, debería considerarse **privado**. Toda la doctrina moral de Séneca cabe, efectivamente, en esta fórmula: "Condúctete de suerte que, sean cualesquiera los acontecimientos **pueda siempre decirse** de tí que eres un hombre". **Esto vir!**, expresión tan profundamente española, que podría considerarse "la fórmula más apropiada del carácter nacional". Es la arrogancia hispánica en el estoicismo romano. "¡Sé hombre!".

La arrogancia española se presenta así, ya en la edad antigua, como un verdadero **individualismo introspectivo**, como un íntimo y reconcentrado culto del yo, "¡Sé hombre!". ¿Cómo? ¡Por tu sólo esfuerzo, por voluntad aislada y persistente como la montaña que se alza en el páramo!

En la literatura latina, la arrogancia hispánica produce un tono declamatorio, altisonante, rebuscado, que hasta entonces no se conocía entre los autores clásicos. Ese tono vibra en Séneca y Lucano, en Quintiliano, Marcial, Floro, que producen una literatura más original y vigorosa que la de las Galias. "Si se ve en Séneca, junto a la elevación y grandeza, la decla-

mación y lo rebuscado, antítesis y juegos de palabras, énfasis y sutilezas de ingenio justamente; si la versificación de Lucano, enérgica y brillante, es declamatoria también y busca los efectos, el genio íbero interviene algo seguramente en ello". "Literariamente, dice Hume, la raza mixta que descollaba sin comparación entre las que surgieron de las ocupaciones romanas, era la neoceltíbera; ella introdujo en la literatura latina, durante el siglo de Augusto, la verbosidad exhuberante, la sátira mordaz y la viciosa sutileza, que han seguido siendo hasta el día las características invencibles de la producción intelectual española".

La crítica suele explicar el énfasis de la literatura hispanolatina y el enfático conceptismo de la literatura española del siglo XVI en adelante, como fenómenos de "decadencia". No creo que esta clave — la idea de la decadencia — resuelva tan vasto problema. En efecto, no podría ésta aplicarse de ningún modo a la primitiva poesía española de los siglos medios, que es, sino enfática y conceptuosa, por lo menos altanera y efectista. Sólo la escuela de Garcilaso y los místicos del siglo XV se libran tal vez de tanto conceptismo y énfasis... Pero Garcilaso y su escuela imitan del italiano y el misticismo español, dominicano y jesuítico, es, como veremos, eminentemente arrogante. Además, las excepciones de dicho siglo XV, aún reconocidas, no destruirían la regla general.

"El estilo es el hombre". El español, bravucón de la vida real, es también un bravucón de la literatura. Y es de recordar que, en ocasiones, espíritus selectos del parnaso castellano, aunque incurriesen a su modo en la general fanfarronería literaria, supieron satirizar el colectivo vicio, especialmente cuando lo vieron

demasiado grotesco en algunos colegas. Así, Lope se burla de la **jerga cultidiablesca** de los poetas artificiosos de su tiempo, entre los cuales descuella Góngora. Aun el gran Quevedo, que escribía alguna vez en tan afectado lenguaje, ridiculiza como Lope la **culta latiniparla**. Lo mismo Jáuregui se rebela contra el hablar "culto y obscuro"...

Efectismo no puede llamarse, en general, a este fenómeno literario, cuyas dos formas típicas serían el conceptismo y el énfasis. La pujanza oratoria, la expresión siempre violenta y exagerada, el rebuscamiento en el vocabulario y los sutiles juegos de palabras, son siempre españolísima **arrogancia verbal**, siempre efectismo. ¡Mortífero manzanillo, a cuya sombra durmieron embotadas tantas y tan brillantes inteligencias, desde Marcial hasta Góngora, desde Góngora hasta Lugones! Porque su ramaje, al inclinarse sobre el Atlántico el tronco archiseccular, desde Castilla hasta América, cubre aún todo suelo de habla española. ¡Cuántas, cuántísimas energías luminosas ha malgastado y perdido! En vano, ingenios tan peregrinos como Calderón, en felices momentos, elevan el vuelo de sus soberanas alas; la funesta sombra los atrae de nuevo, desde las regiones etéreas de la naturalidad y la espontaneidad, para sumirlos en las noches de demente sueño... ¿Podrá algún día el Arte, blandiendo el hacha de la crítica, arrancar de cuajo al apocalíptico manzanillo sus raíces serpientes? En ese día amanecerá una nueva aurora: la del verbo neohispánico, que libertado de su antiguo defecto, será tal vez el más gallardo del mundo...

Carlos Octavio Bunge

Buenos Aires antiguo

I

El que después de muchos años de ausencia se encontrase repentinamente en las calles de esta ciudad de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires, quedaría, sin duda, admirado de los cambios y transformaciones que en ella se habían operado en el transcurso, por ejemplo de 50 años; aún cuando su admiración se modificase un tanto ante la sencilla reflexión de que el fenómeno que observaba era el efecto natural y lógico de la marcha del tiempo y de los progresos que la civilización paso a paso, imprime a los pueblos.

Sin embargo, llevado de su primera impresión, oiría el bullicio de nuestras calles, se asombraría de ver los grupos de vascos, italianos y gallegos que reemplazan en el día a nuestros antiguos negros changadores: observaría el ir y venir de los "tranways", de carruajes, y se abismaría de los diversos medios de transporte de que hoy disponemos; contemplaría absorto los regios edificios particulares, los suntuosos palacios y la magnificencia y austera belleza del inmenso número de nuestros edificios públicos.

Pero mayor sorpresa experimentaría cuando, llamando en su auxilio sus recuerdos, contemplase tal cual los dejó en aquella ya remota época, en diversos puntos de la hoy vasta ciudad, y cual si protestasen contra la transformación completa que se pretendía operar, por ejemplo, la casa de la Virreina Vieja, en la calle del Perú, hoy convertida en Monte Pío; el edificio entonces denominado el Consulado (hoy Tri-

bunal de Comercio), en la misma calle; la casa de Del Sar, calle San Martín; la casa calle Belgrano, donde en el día se encuentra la Comisaría General de Guerra, que fué construída en 1778; y tantos otros edificios diseminados por la ciudad, que conservan la fisonomía especial de la construcciones de aquella época, con sus espaciosas piezas, sus grandes patios 1º, 2º y 3º, o huerta; edificados en terreno de 17 ½ varas de frente y fondo completo (75 varas); y evocando siempre esos mismos recuerdos, se encontrase repentinamente en una calle central, en medio de soberbios edificios, tal vez de tres o cuatro altos, con un antiquísimo cuarto o casucho amenazando ruina y que conoció con el mismo aspecto derruído, allá por los años 15 o 16, o aún antes; y por fin, los mismos altos y bajos en alguna de sus veredas, la misma mezquina y ruín estrechez de sus calles, con que los fundadores de esta magnífica ciudad contribuyeron, sin pensarlo, a su futura insalubridad.

II

Constituía la ciudad un vasto paralelogramo, dividido en cuadras, cada una de 150 varas.

Nuestras calles permanecieron por muchos años sin empedrado. Para aproximarnos al origen de éste, penetremos por un momento a la época colonial, aun cuando nuestro propósito sea que estos recuerdos daten del año 10 en adelante.

Acúsase a los españoles, y creemos que con mucha razón, de haber mantenido por ignorancia o por una economía mal entendida, las calles de un pueblo de tanta importancia comercial, en tan pésimo estado, que algunas eran completamente intransitables, sin embargo de tener tan a mano el mejor material,

la piedra, y los medios de conducirla a poca costa. Cuéntase que se hacía creer al pueblo que el empedrado era obra de romanos.

Citaremos, sin embargo, como excepción honrosa al Virrey don José Vértiz y Salcedo.

Algo más que a mediados del siglo pasado, por los años 1770 y tantos, a consecuencia de una lluvia que continuó por muchos días, formáronse tan profundos pantanos, que se hizo necesario colocar centinelas en las cuadras de la calle de las Torres (hoy Rivadavia), en las cercanías de la plaza principal, para evitar que se hundieran y se ahogaran los transeúntes, particularmente los de a caballo.

Tal debió ser todavía el estado de nuestras vías urbanas, cuando por medio del intendente don Francisco de Paula Sanz, se propuso el Virrey "limpiar esta ciudad de las inmundicias e incomodidades en que la había tenido hasta entonces constituida en abandono y ninguna policía en sus calles, para que se respire un aire más puro y se remuevan de un todo las causas que casi anualmente hacen padecer varias epidemias que destruyen y aniquilan parte de su vecindario".

Después de haber provisto al mejoramiento de las calles y veredas, quiso también el buen Virrey que los transeúntes que no podían hacerse acompañar con un negro o farol, o cargar linternas, se librasen de malhechores y de malos pasos, estableciendo lo que se llamaba la iluminación, por medio de velas de sebo.

Dícese también que el Marqués de Loreto, siendo Virrey, cuando se inició el primer pensamiento respecto a empedrado, manifestó, entre otras razones, en contra del proyecto el peligro que corrían los edificios de desplomarse, por cuanto se moverían sus ci-

mientos al pasar vehículos pesados sobre el empedrado, y aún daba otra razón, de mucho peso, en su opinión, y era que se tendría que gastar en poner llantas a las carretas y herraduras a los caballos, que valdrían más, decía, que los mismos caballos.

Parece que su sucesor Arredondo no participó de esos temores y que, auxiliado por una suscripción voluntaria, emprendió con asiduidad los trabajos en 1795. El sucesor de Arredondo continuó la obra. Poco o nada se hizo después hasta la época de Rivadavia, 1822-24; pero los empedrados fueron siempre malos.

Aun en la última fecha citada, antes de ella y por mucho tiempo después, la ciudad (confiados, sin duda, sus habitantes en la buena salud que en ella reinaba), era sucia; en invierno por el barro; en verano, por el polvo. Sus calles jamás se barrían, salvo el barrido impuesto en cierto radio a los tenderos, que lo efectuaban los sábados por medio de sus dependientes, y sólo se limpiaban de tiempo en tiempo por los copiosos aguaceros que las convertían en vastos mares, rebalsando las aguas los terceros, derramándose luego por las calles en raudal hacia el río de la Plata, arrastrando la corriente cuanto hallaba en su curso.

III

En los primeros días de Mayo de 1823 se celebró remate por la policía para la limpieza de las casas y calles, entregándole a don Manuel Irigoyen 30 carros nuevos y 60 mulas. La limpieza de las casas comprendía desde las Monjas Catalinas, por la Fábrica de Armas, plaza Lorea, Concepción y Residencia.

Desde aquella época hasta la fecha, nuestros lec-

tores saben que se han hecho varias tentativas en sentido de mejorar las vías públicas; que se ha ensayado el asfalto, el macadam, el adoquinado, etc., y saben también, muy a su pesar, que el que actualmente existe, destructor de toda clase de vehículos, es el más vergonzoso, visto nuestro adelanto en todo sentido, y que no se toleraría en parte alguna del mundo, en un país en iguales condiciones.

Volviendo a las calles de aquellos tiempos, ya fuera de la época colonial y hasta hace no muchos años, se veían aún en los puntos más centrales de la ciudad, inmensos pantanos: a veces ocupaban cuadras enteras. No era raro, pues, ver a un médico dejar su caballo (entonces no andaban los médicos en carruaje) en una bocacalle y caminar una cuadra o más, hasta la casa de su cliente, por no lanzarse a caballo en ese mar de lodo; y al pedestre obligado a rodear una o más manzanas para llegar a un punto dado, aprovechando el paso que algún vecino caritativo o algún pulpero interesado había improvisado, con el auxilio de unos cuantos ladrillos, pedazos de tabla, etcétera.

Los pantanos se tapaban hasta hace pocos años, con las basuras que conducían los carros de la policía, que eran pequeños y tirados por una sola mula.

Estos depósitos de inmundicias, estos verdaderos focos de infección, producían, particularmente en verano, un olor insoportable, y atraían millares de moscas que invadían a todas horas las casas inmediatas.

Muchas veces se veían en los pantanos animales muertos, aun en nuestras calles centrales, aumentando la corrupción. De los pantanos, desgraciadamente no nos vemos libres hasta la fecha; sólo sí, ya no se

ven en el centro, pero no faltan, aunque no tan profundos y extensos en los suburbios.

IV

Las casas, aunque en general sólidamente construidas, estaban muy lejos de ser confortables. Por muchos años se edificó en el barro, siendo relativamente moderno el uso de la mezcla de cal; muchos revoques se hacían también con barro. En las paredes sólo se empleaba el blanqueo, tanto al exterior como interiormente; la pintura al óleo y el empapelado casi no se conocían, y menos el cielorraso; los pisos eran generalmente de ladrillo, denominados de piso.

El uso de la estufa fuese introduciendo muy lentamente, pues parece que se miraba con terror; sin embargo, muchos buscaban refugio contra el frío en el brasero, mil veces más perjudicial que aquélla. Poco a poco se fué comprendiendo que la estufa es un medio excelente para producir una temperatura agradable en nuestras piezas, comúnmente húmedas, sin los incontestables inconvenientes del brasero.

Una cosa que afeaba mucho el exterior de las casas, eran las inmensas rejas voladas en las ventanas a la calle. Algunas sobresalían más de una cuarta de vara, lo que, agregado a la extremada estrechez de las veredas, que apenas tenían una vara de ancho, ponían en constante peligro al transeúnte, especialmente en las noches oscuras.

A propósito de estas rejas, un periódico de aquellos tiempos, decía:

“Un artesano honrado que tiene estropeado el brazo derecho por una de las innumerables rejas de

“ventana que usurpan el paso en nuestras veredas; y
“una señorita bonita, que acaba de perder un ojo por
“la misma causa, van a presentarse, dicen, a la H.
“Junta para que, además de obligar a sus dueños a
“pagar una multa fuerte por cada desgracia que ori-
“ginen, se imponga a cada una de estas ventanas una
“contribución anual, mientras subsistan en el estado
“presente.

“Es muy bien pensado; y no dudamos que la se-
“ñorita, cuyos ojos eran muy capaces de hacerse jus-
“ticia por sí solos, la conseguirá ciertamente de nues-
“tros representantes”. Eso sucedía allá por el
año 22.

Estas rejas de hierro deben chocar al extranjero recién llegado, que las reputará, sin duda, más adecuadas para penitenciaría, que para la residencia de hombres libres; no obstante, la construcción elegante de las rejas modernas, de formas y molduras caprichosas, bien pintadas y al nivel con la pared, ofrecen una vista que, hasta cierto punto, embellece los edificios.

Por otra parte, por feas que ellas fuesen, prestaron aquellas rejas en más de un sentido, buenos servicios; entre otros, el de poder dormir, como era muy común en aquellos años, con las ventanas abiertas en tiempo de verano; si bien es cierto que ni aún con rejas podían los amantes del aire fresco, verse libres de la astucia de los cacos. Entonces no había serenos ni vigilantes apostados en las esquinas, y aunque los robos eran infinitamente menos que en la actualidad, no dejaba de haber algunos.

Uno de los medios de efectuarlo era el siguiente: Armábanse de una larga caña, con un gancho o anzuelo en un extremo, que introducían por la reja, y

con la mayor destreza, substraían las ropas sin ser sentidos. No pocas veces, sin embargo, se han despertado los pacíficos habitantes a tiempo para ver salir balanceándose su reloj con cadena o su pantalón, en la punta de una caña.

José Antonio Wilde

Poblar...

¿Por qué razón he dicho en Sud América, gobernar es poblar, y en qué sentido es esto una verdad incuestionable? Porque poblar, repito, es instruir, educar, moralizar, mejorar la raza; es enriquecer, civilizar, fortalecer y afirmar la libertad del país, dándole la inteligencia y la costumbre de su propio gobierno y los medios de ejercerlo.

Esto sólo basta para ver que no toda población es igual a toda población, para producir esos resultados.

Poblar es enriquecer cuando se puebla con gente inteligente en la industria y habituada al trabajo que produce y enriquece. Poblar es civilizar cuando se puebla con gente civilizada, es decir, con pobladores de la Europa civilizada. Por eso he dicho en la Constitución que el gobierno debe fomentar la inmigración europea.

Pero poblar no es civilizar, sino embrutecer, cuando se puebla con chinos y con indios del Asia y con negros de Africa.

Poblar es apestar, corromper, degenerar, envenenar un país, cuando en vez de poblarlo con la flor de la población trabajadora de Europa, se lo puebla con la basura de la Europa atrasada o menos culta.

Porque hay Europa y Europa, conviene no olvidarlo; y se puede estar dentro del texto liberal de la Constitución, que ordena fomentar la inmigración europea, sin dejar por eso de arruinar un país de Sud América con sólo poblarlo de inmigrados europeos.

En este sentido eran racionales las aprensiones de los Egañas de Chile, de los Rosas en Buenos Aires, de los Francia del Paraguay, cuando temían los efectos de las inmigraciones de Europa. Es que en su tiempo los inmigrados de los mejores países de Europa, no se daban prisa a naturalizarse en países que conservaban vivos y calientes los restos del coloniaje más abyecto y atrasado. Hubo un tiempo en que América fué un depósito de excreciones de Europa. En ese tiempo no era maravilla ver que alarmasen a las mejores personas de América las invasiones de la Europa rezagada.

Ese tiempo no habrá pasado del todo mientras haya una Europa ignorante, viciosa, atrasada, corrompida, al lado de la Europa culta, libre, rica, civilizada, porque es indudable que Europa reúne ambas cosas, como se hallan reunidas en el seno mismo de sus más brillantes y grandes capitales.

Londres y París encierran más barbarie que la Patagonia y el Chaco, si se las contempla en las capas o regiones subterráneas de su población.

Gobernar es poblar, muy bien; pero poblar es una ciencia, y esta ciencia no es otra cosa que la economía política, que considera la población como instrumento de riqueza y elemento de prosperidad.

La parte principal del arte de poblar es el arte de distribuir la población. A veces aumentarla demasiado es lo contrario de poblar; es disminuir y arruinar la población del país.

Pero no se distribuye la población por medios artificiales y restricciones contrarias a la ley natural de la distribución, sino consultando y sirviendo esta ley por esas medidas.

Si el salario, es decir, el pan, el hogar, la vida es lo que lleva la población a un punto con preferencia a otro, la ley puede trasladar de un punto a otro el trabajo que produce ese salario. Por ejemplo, en el Plata, la ley puede llevar los mataderos, los saladeros, las barracas o depósitos de cueros, de Buenos Aires a la Ensenada, con sólo llevar el puerto de Buenos Aires a la Ensenada.

Esto es con respecto a la distribución de la población que se forma por la inmigración espontánea, pues en cuanto a la que crece por la colonización, la distribución en el sentido de su descentralización es más fácil todavía, por el poder de la ley.

Juan Bautista Alberdi

La moral del genio

El genio es excelente por su moral, o no es genio. Pero su moralidad no puede medirse con preceptos corrientes en los catecismos; nadie mediría la altura del Himalaya con cintas métricas de bolsillo. Su conducta es inflexible respecto de los ideales servidos por su actitud genial. Si busca la verdad, todo lo sacrifica a ella. Si la belleza, nada le desvía. Si el bien, va recto y seguro por sobre todas las tentaciones. Y si es un genio universal, poliédrico, lo verdadero, lo bello y lo bueno se unifican en su ética ejemplar, que es

un culto simultáneo por todas las excelencias, por todas las idealidades. Como fué en Leonardo y en Goethe.

Por eso es raro. Excluye toda inconsecuencia respecto de su ideal; la inmoralidad para consigo mismo es la negación del genio. Por ella se descubren los desequilibrados, los exististas y los simuladores. Ameghino ignoró las artes del escalamiento y las industrias de la prosperidad material. En la ciencia buscó la verdad, tal como la concebía; ese afán le bastó para vivir. Nunca tuvo alma de funcionario. Sobrellevó heroicamente su pobreza sin asaltar el presupuesto, sin vender sus libros a los gobiernos, sin vivir de comisiones oficiales, ignorando esa técnica que simula el mérito para medrar a la sombra del Estado. Fué y vivió como era, buscando la Verdad y decidido a no torcer un milésimo de ella. El que puede domesticar sus convicciones no es, no puede ser, nunca, absolutamente, un hombre genial.

Ni lo es tampoco el que concibe un bien y no lo practica. Sin unidad moral no hay genio. El que predica la verdad y transige con la mentira, el que predica la justicia y no es justo, el que predica la piedad y es cruel, el que predica la lealtad y traiciona, el que predica el patriotismo y lo rebaja, el que predica el carácter y es servil, el que predica la dignidad y se arrastra, todo el que usa dobleces, intrigas, humillaciones, esos mil instrumentos incompatibles con la visión de un ideal, ese no es genio, está fuera de la santidad: su voz se apaga sin eco, no repercute en el tiempo, como si resonara en el vacío.

El portador de un ideal va por caminos rectos, sin reparar que sean ásperos y abruptos. Sarmiento no transige nunca movido por vil interés; repudia el mal

cuando concibe el bien; ignora la duplicidad; ama en la patria a todos sus ciudadanos y siente vibrar en la propia el alma de toda una nación y de todo el continente; tiene sinceridades que dan escalofríos a los hipócritas de su tiempo y dice la verdad en tan personal estilo que sólo puede ser palabra suya; tolera los errores ajenos, recordando los propios; se encrespa ante las bajezas, escribiendo páginas que tienen ritmos de apocalipsis y eficacia de catapulta; cree en sí mismo y en sus ideales, sin compartir los prejuicios religiosos y sectarios de fanáticos que lo acosan con furor, de todos los costados. Tal fué la culminante moralidad del gran americano; Sarmiento cultivó en grado sumo las más altas virtudes públicas, sin preocuparse de carpir en la selva magnífica las malezas que concentra la preocupación de la mediocridad.

Los genios amplían su sensibilidad en la proporción que elevan su inteligencia; pueden subordinar los pequeños sentimientos a los grandes, los cercanos a los remotos, los concretos a los abstractos. Entonces los espíritus estrechos les suponen desamorados, apáticos, escépticos. Y se equivocan. Sienten, mejor que todos, lo humano. El mediocre limita su horizonte afectivo a sí mismo, a su familia, a su camarilla, a su facción; pero no sabe entenderlo hasta la Verdad, la Patria o la Humanidad, que sólo pueden apasionar al genio. Muchos hombres darían su vida por defender a su secta; son raros los que se han inmolado conscientemente por una doctrina o por un ideal.

La fe es la fuerza del genio. Para imantar a una era, necesitan amar su Ideal y transformarlo en pasión: "Golpea tu corazón, que en él está tu genio", escribió Stuart Mill antes que Nietzsche. La cultura no entibia a los visionarios: su vida entera es una fe en

acción. Saben que los caminos más escarpados llevan más alto. Nada emprenden que no estén decididos a concluir. Las resistencias son espolazos que los incitan a preservar; aunque nubarrones de escepticismo ensombrezcan su cielo, son, en definitiva, optimistas y creyentes: cuando sonrían, fácilmente se adivina el ascua crepitante bajo su ironía. Mientras el hombre sin ideales ríndese en la primera escaramuza, el genio se apodera del obstáculo, lo provoca, lo cultiva, como si en él pusiera su orgullo y su gloria: con igual vehemencia la llama acosa al objeto que la obstruye, hasta encenderlo para agrandarse a sí misma.

La fe es la antítesis del fanatismo. La firmeza del genio es una suprema dignidad del propio Ideal; la falta de creencias sólidamente cimentadas convierte al mediocre en fanático. La fe se confirma en el choque con las opiniones contrarias; el fanatismo teme vacilar ante ellas e intenta ahogarlas. Mientras agonizan sus viejas creencias, Saulo persigue a los cristianos, con saña proporcionada a su fanatismo; pero cuando el nuevo credo se afirma en Pablo, la fe le alienta, infinita: enseña y no persigue, discute y no amordaza. Muere él por su fe, pero no mata; fanático, habría vivido para matar. La fe es tolerante: es un misticismo que respeta las creencias propias en las ajenas. Es simple confianza en un Ideal y en las suficiencias de las propias fuerzas; los hombres de genio se mantienen creyentes y firmes en sus doctrinas, mejor que si éstas fueran dogmas o mandamientos. Permanecen libres de las supersticiones vulgares y con frecuencia las combaten: por eso los fanáticos les suponen incrédulos, confundiendo su horror a la común mentira con falta de entusiasmo por el propio Ideal. Todas las religiones reveladas fueron ajenas a Sarmiento y Ame-

ghino: sabían que nada hay más extraño a la fe que el fanatismo. La fe es de visionarios y el fanatismo es de siervos. La fe es llama que enciende y el fanatismo es ceniza que apaga. La fe es una dignidad y el fanatismo es un renunciamiento. La fe es una afirmación individual de alguna verdad propia y el fanatismo es una conjura de huestes para ahogar la verdad de los demás.

Frente a la marea niveladora que amenaza por todos los puntos del horizonte, en las mediocracias contemporáneas, todo homenaje al genio es un acto de fe: sólo de él puede esperarse el perfeccionamiento de la Humanidad. Cuando alguna generación siente un hartazgo de chatura, de doblez, de servilismo, tiene que buscar en los genios de su raza los símbolos de pensamiento y de acción que la templen para nuevos esfuerzos.

Todo hombre de genio es la personificación suprema de un ideal. Contra la mediocridad, que asedia a los espíritus originales, conviene fomentar su culto: robustece las alas nacientes. Los más altos destinos se templen en la fragua de la admiración. Poner la propia fe en algún ensueño, apasionadamente, con la más honda emoción lírica, es ascender hacia las cumbres donde aletea la gloria. Enseñando a admirar el genio, la santidad y el heroísmo, prepáranse climas propicios a su advenimiento.

Los ídolos de cien fanatismos han muerto en el curso de los siglos y fuerza es que mueran los venideros, implacablemente cegados por el tiempo.

Hay algo humano, más duradero que la fantasmagoría de lo divino: el ejemplo de los genios. Los santos de la moral idealista no hacen milagros: realizan magnas obras, conciben supremas bellezas e investi-

gan profundas verdades. Mientras existan corazones que alienten un afán de perfección, serán conmovidos por todo lo que revela fe en un Ideal: por el canto de los poetas, por el gesto de los héroes, por la virtud de los santos, por la doctrina de los sabios, por la filosofía de los pensadores.

José Ingenieros

El Tigre

Jamás olvida el caminante temeroso e indefenso, la impresión que produce el bufido de los caballos en medio de la calma mortuoria de las noches del desierto.

Es el grito de alerta del centinela que denuncia la aparición de peligros misteriosos y fantásticos. Recuerda a los dormidos, arma los brazos, excita el cerebro, acelera las pulsaciones de la sangre, azuza el oído y parece desarrollar la potencia de la visión afanada en iluminar las tinieblas para descubrir las asechanzas nocturnas.

Estalla de repente, como el disparo de una pistola sobre la cabeza de los niños, aturde a los débiles, precave a los fuertes y hace estremecer todos los corazones con una vaga y quimérica superstición.

Con el cuchillo en una mano y los cabestros de los caballos en la otra, adelanté hacia la niebla; pero me detuvo una voz heroica, que decía desde el árbol, suavemente, casi ahogada:

—Se vienen los indios, no te expongáis... ¡io salvaré tu vida entregándome a eios... hi velao dende agora y hi sentío huío al lao del camino de aier...

Panchita descendió resueltamente sin darme tiem-

po para impedirselo, desató los frenos que le sirvieron de escala y se puso a mi lado, agregando con acento apagado al oído:

—Es mejor enfrenar los cabaios y juir en pelo, porque los indios no están cerca todavía...

La firmeza de su espíritu rehecho del terror que le infundía la muerte a que fuera condenada en **Leuvucó**, devolvió a mi alma el temple necesario para afrontar la angustiosa situación que nos rodeaba. Me eché de barriga en el suelo, acerqué el oído a la tierra y adquirí la persuación de que el enemigo que aterrabá a los caballos, no era el salvaje. Ni un rumor, ni un tropel lejano de jinetes se sentía.

—Panchita, dije, vuélvete al algarrobo. Los caballos tienen miedo de los zorros.

—Ío no me moveré de tu lao, contestó con enérgico acento y voz segura...

Extendía mi cuerpo y alargaba el pescuezo hacia la niebla blanquecina, contenía la respiración y abría tamaños ojos para sorprender en medio de las sombras la silueta del enemigo, pero todo mi anhelo era inútil. No percibía los objetos a cinco varas a la redonda. Los caballos, que eran nuestra descubierta, golpeaban el suelo con los cascos, olían la tierra, giraban nerviosos al trote sobre los lazos, erguían briosamente la cabeza, fijaban las orejas y la mirada hacia el monte del Sur olfateando el espacio, repetían los bufidos con fuerza extraordinaria. El peligro estaba, pues, allí, y podía resolverse en la aventura de un zorro atraído por el olor vivo de las caronas sudadas, o en una irreparable desgracia si nos acechaba el tigre de mis ensueños.

Esta fiera tiene un tufo penetrante que los caballos reconocen desde largas distancias y que el hombre

percibe a veces mucho antes de su aproximación. El zorro exhala también el suyo peculiar y diferente del primero.

Yo quería sacar partido de esta circunstancia para despejar nuestra zozobra; pero la calma reinante era absoluta y apenas tomaba el olor desabrido y resinoso característico de la atmósfera acuosa de la selva.

No percibía al enemigo, pero la imaginación relampagueaba, iluminando la bruma impenetrable y los escondites mismos de la selva ranquelina.

Mis alucinaciones volvían más excitadas que nunca al tigre. Lo veía viejo, cabezudo, largo y profundo de cuerpo, con la piel descolorida y quemada por los años, hundido en los ijares, enroscada y movidiza la cola, mirándonos pasar con ojos centelleantes, desde un matorral de **jarillas** y **retamos**, inmediato a la lagunita dulce de los berros.

Luego se movía, marchaba lentamente hacia el borde de aquélla, olía el suelo, rasgaba la corteza de arenas con la garra desnuda, formidable, respiraba con ansia explorando el ambiente, abría la boca coronada de gruesas y gastadas púas, y ahogando su bramido espeluznante, seguía nuestro rastro, del cual se apartaba a menudo en los claros, para ocultar la persecución entre los vericuetos del monte.

De repente vociferaban los loros asustados sobre su cabeza, oía el rum rum de un volido de perdiz o fugaba gritando el zorro, y se detenía un momento, lanzaba gruñidos apagados, como una maldición a los que descubrían su marcha, y en medio del nuevo silencio, la continuaba precavido.

Se acerca por fin la noche. Helo ahí entonces agazapado, como el fascineroso de los caminos, entre las

ramas bajas del **alpataco**, esperando la obscuridad protectora del asalto.

La cortina de vapores favorece sus empresas y oculta sus asechanzas famélicas. Los caballos lo olfatearán desde lejos; pero llegará sin ser visto, eligiendo en libertad el flanco débil de la presa. Ya está en movimiento. Avanza pocas cuadras, se detiene, reconoce el terreno, huele el aire, escucha: el enemigo duerme. ¡Adelante sobre el rastro!

Llega a doscientas varas y el resoplido formidable de los caballos le revela que está descubierto y que lo esperan con las guardias montadas. Se para; da unas cuantas vueltas, vacila, mira fijamente al rumbo codiciado y gana al trote un matorral cercano.

Ahí se echa y reposa. ¿Huye o reúne todas sus fuerzas para arrojarse al asalto? De repente se mueve estirando su cuerpo sobre las patas dobladas, como el gato que acecha el palomar, y se escurre apenas sin hacer ruido en las ramas, moviendo con cautela una garra después de la otra, achicándose a veces cual si lo vieran, para ocultarse entre el pasto amarillento del invierno. La alarma de los caballos redobla, sus bufidos desesperados se repiten, y el tigre se estremece. Está descubierto; pero no está vencido y se agazapa con la mirada de fuego, la boca abierta y babosa, la lengua palpitante de un palmo, los ijares hundidos y las garras desnudas y nerviosas.

Vuelve a arrastrarse torciéndose entre la yerba, como la serpiente, hasta llegar cerca de la presa y se yergue de improviso, lanza a los aires su bramido de guerra que hace temblar los montes, y se desploma de un salto sobre la víctima asustada...

Estanislao S. Zeballos

Los baguales

Cuando los baguales fugitivos escapan de la primera pesquisa, buscan las serranías inexploradas. Allí relinchan por primera vez a pulmón lleno, con timbre ufano de soberanía; de allí dominan hacia todos lados el confín, husmean el olor de agua, empluman la cola, enarcan la cerviz y se disparan como sagitarios tras las brisas reveladoras de abrevaderos inéditos.

No temen la soledad, porque nacieron para ser libres; ni la inmensidad los desorienta, porque ellos han sido los primeros — quizá los únicos — geógrafos del territorio.

Conocen o adivinan los esguazos de los ríos, aspiran el olor del manantial a veinte leguas de distancia, saben como debe escalarse un ventisquero, y ellos abrieron personalmente todas las huellas que hoy son allí los únicos caminos nacionales.

Viven con plenitud.

Aun los más ancianos se conservan triscadores y joviales, en ágil jarana con sus nietos bravíos.

En tropas organizadas con su inmemorial estatuto de beduínos, vagan de sierra en sierra, merodeando campos vírgenes.

Basta una señal del jefe para disparar sus corvejones y salvar cincuenta leguas con el plausible fin de tomarse un sorbo de agua, o para divertirse de lo lindo en la persecución de algún guanaco zonzo.

Saciados de coirón en algún valle, una pequeña invitación les incita al escape tras el postre de fresas en otro prado remoto.

En las noches claras del verano, cuando en la arena asoleada de la pampa les hormiguea el insomnio,

les parece muy lógico escalar la luna en una cumbre, o abanicarse con araucarias entre las camelias blancas del glaciar.

Se dan la insolencia de mirar al sol muy frente a frente, y hay tal electricidad en sus pupilas, que los viborones de fuego donde la tempestad echa sus rayos, ni siquiera les hacen pestañear.

Hínchanse el pecho con emanaciones metálicas e instilan en su sangre fulminantes jugos primitivos.

El acidulado retoño mordido en la falda del volcán, el aire purificado de las termas a vapor del hierro hirviente, y las aguas vírgenes salidas del fondo de la tierra y recién besadas por el sol, he ahí sus tónicos de brío.

Sus músculos, retemplados por los masajes de los huracanes y las corrientes de los ríos, son resortes eléctricos en tensión perpetua, dispuestos a dispararse con la velocidad del viento, si una brisa les finge voz humana o si una espina de monte les recuerda el acicate.

Toda la atención la dedican a vigilar su libertad y sus amores. Los gritos casi humanos de los zorros, el trote de los avestruces, el canto de los zorzales, el zarpeo lejano de las quebradas, el alarido del huracán entre las rocas, el sedeño roce de las brisas en los sauces, todos esos rumores del desierto les requintan los arcos motores de su vigor cerril. Hasta la fugaz proyección resbaladiza de una nube sobre el césped, les riza la seda sensible de su serenidad.

Viven alerta, como deben vivir los pueblos libres.

Esos emperadores de la sociedad son opulentos. Es verdad que renuncian al aplauso del guante blanco, a la aceitosa caricia escuderil, a la proximidad excitante de las faldas de seda; al ensueño dorado

por la luz de los palacios: pero, en cambio, los aplauden las aves campesinas, y los acarician los raudales, y se revuelcan entre flores, y sus párpados se hipnotizan con la reverberación de las estrellas en el cristal infinito de los Andes.

Su amor es libre y pleno; no el trunco y reglamentado de la ciudad, donde una mano bárbara lo sofrena cuando piafa anhelante, sino el amor del campo, donde la crin izada junto al rival vencido es cimera de triunfo sobre la hembra encelada.

No menos digna de tan austera rebelión llega su muerte.

Ni la fría baldosa del pesebre, ni el brebaje de los veterinarios, ni el puntapié profanador de los cocheros, ni el póstumo reproche de los amos: nada altera la majestad de su agonía.

Mueren entre los terciopelos de la pradera y del silencio, con la nariz hundida en almohadón de lirios, con la piel sepultada en musgos blandos, y con la pupila abierta, bien abierta, para que de su cristal, ya opaco, no se escape ningún reflejo de la cruz del sur...

¿Y después?...

Los cóndores llevándose en el pico los resortes de la fuerza.

La arena chupando sangre con su esponja compasiva.

El flúido de la briosa libertad embarcándose en el viento.

Y el fósforo errante de los huesos deshojando miototis en el luto de la noche...

Eduardo Talero.

El urú-taú

¡Vaya que te levantaste con buen humor el día de tu santo! Cariños para tu hija, verdades para mí; verdades por cierto que nada tienen de amargas. Y todo eso mezclado de bendiciones, de reminiscencias afectuosas, de plumazos, de citas, de fuegos de artificio, de amistosa y espontánea expansión: nunca te he visto ni más afable, ni más bellamente extravagante.

Dejando al padre acariciar de lejos la memoria de la hija gentilísima, pregunto yo ahora, qué espíritu vibrante hizo zumbiar a tu oído mi canción, la canción lamentosa de una catástrofe sin nombre. Sin duda fué el genio del Paraguay, errante entre sus ruinas; algún **urú-taú** misterioso, semejante al **bulbul** de los cuentos orientales.

Aquel pájaro te intriga; mas no lo has comprendido. Es un símbolo, una especie de corvídea alegórica, y lo has tomado por un simple avechucho. Tiene su leyenda, que te la podrá contar junto al fogón de leña verde alguna vieja entendida en brujerías y consejas. Son cosas de la noche y del monte.

El **urú-taú** que tuviste en tu poder, debió inspirarte más respeto. Fué estoico. Te clavó sus ojazos de vidrio, te hizo probablemente horribles muecas con su boca enorme, y prefirió la muerte al desierto de la selva nativa. Es además muy presumible que no te diera el gusto de hacerte escuchar sus modulaciones penetrantes.

Ni sería el primer ejemplo. Mi finado amigo, el bravo coronel don Desiderio Sosa, correntino, me contaba que durante la guerra del Paraguay, ofreció

un premio en su regimiento al soldado que le trajese vivo un **urú-taú**, deseoso de ofertárselo al general Gelly, preocupado también del ave solitaria que desde lo más recóndito del bosque, siempre invisible, siempre quejumbrosa, parecía dar en las tinieblas un alerta sepulcral ante las legiones que avanzaban.

Un día, después de todo género de asechanzas, trajeron prisionero al campamento a uno de esos centinelas perdidos de la noche. Los soldados, ennegrecidos todavía con la pólvora del combate reciente, se agrupaban curiosos para verle. El pájaro impasible. Gran alborozo en la carpa del general. Parecía haberse enjaulado el ave consagrada de un rito formidable. Todo el Estado Mayor puso el oído a espera de su canto, y el cuervo callado, como dice el refrán. Por fin, dejando burlada a la oficialidad, el selvático prisionero, a semejanza del tuyo, se dejó morir de puro soberbio y puro triste.

Otro tanto aconteció con el que le regalaron a mi hija, único que yo sepa haya llegado a Buenos Aires. Le envió un caballero inglés, quien en carta anónima narraba sus percances para darle caza. Nada menos de tres meses invirtió con tal objeto, embreñándole en los matorrales. Noches enteras pasó tendido de bruces el cazador furtivo, esperando atrapar la codiciada presa. Imagina si sorprendería su original presente, y si debió ser recibido con agradecimiento y con placer. Ni el gorrión de Lesbia, del poeta latino, fué, te aseguro, más cariñosamente cuidado que el huésped de las selvas paraguayas. Pero ni por esas. El **urú-taú**, mirando con soberano desdén a cuantos le rodeaban, no se dignó decir esta boca es mía, y más mudo que un pescado, prefirió también la muerte al cautiverio. Hubieron hasta lágrimas, habiendo acae-

cido su fallecimiento en mi ausencia, enterrándosele luego en el jardín de la casa como correspondía a un pájaro de cuenta.

Lo dicho bastaría a que le considerases en tal categoría, no confundiéndolo entre la canalla de las aves nocturnas. Si cuando suelta la voz en la obscuridad canta o llora, eso lo dirá el corazón de quien le escuche. Suelen llorar, Lucio, hasta las piedras. Los mismos objetos, los mismos sonidos, tienen diferente apariencia, diferente expresión, según se encuentre el ánimo. La campana, por ejemplo, que nos alegra al alba, tañe melancólica a lo lejos al caer las sombras de la tarde.

“...Se oye una esquila lejana
que parece llorar al día que se muere...”

Dijo el Dante. Todo es triste a quien sucumbe en la tristeza. Por lo demás, si yo imaginé que pudiese un pájaro llorar o lamentarse, pues en sentido figurado viene a ser lo mismo, Leopardi hizo más, suponiendo en un individuo de la especie alada la facultad de pensar:

“Desde lo alto de la torre antigua
pájaro solitario...
pensativo y aislado, todo miras...”

Pero dejemos en paz a la pobre ave taciturna, que según crees ha debido pintársela muy bella la imaginación de mi galante amigo el compositor Bernasconi. Si es o no fea, o desplumada, no me atañe declararlo, pues no traté de describirla. Apelo en su defensa a los que a cada paso nos están metiendo por los ojos al cóndor de los Andes, no muy lindo de fisonomía que digamos.

Otra de las "verdades" que indirectamente me espetas, es el haberme atrevido "a colgarle ramas al yatay o palmera, que sólo tiene hojas que adornan su encumbrada cabeza cayendo como rizos elegantes sobre los hombros sin contornos, etc." Pues, señor, transemos; si no te gusta que el **urú-taú** cante en las ramas del yatay, que cante sobre sus hombros, o paradito en la cabeza, y así se evita el poner de manifiesto mi ignorancia en botánica. Ya vez pasada me salió otro con que los flamencos no nadaban; a lo cual me vi precisado a contestar lo sentía mucho por esos interesantes volátiles.

La joven paraguaya de mi "Nenia" o canto funeral, y esto no deja de ser un descargo, no sabía fuese el yatay una planta monocotiledónea del género que describes, con perdón de Linneo; y por tanto es disculpable su error. Mas dejemos este punto, de temor se nos diga que nos andamos por las ramas. A la raíz, Lucio, a la raíz, y tú sabes que en este caso, es menester buscarla en el vasto cementerio de una nación sacrificada. Mi heroína no vió sino ruina y desolación en torno suyo, y creyó que aquélla estaba muerta para siempre.

Lamartine ha dicho:

"Un seul être me manque et tout est dépeuplé".

¿Cómo no sentirse en soledad horrenda cuando hasta la esperanza se ha perdido?

Tú, entretanto, que viajas en busca de nuevas impresiones, impelido por tu espíritu emprendedor y romancesco, exclamas en día festival: "no, el Paraguay no ha muerto, puesto que estoy yo en él".

De igual modo se expresaba el poeta popular ruso Bakounin: "La Polonia no ha muerto todavía, mien-

tras nosotros existamos”, a lo que agregaba su compatriota Sasonoff: “mientras vivamos tampoco morirá el pueblo ruso; vivirá para la libertad, como para la vuestra, polaco”. Estos anuncios, estas promesas, no bastaron a remover la lápida que cayó sobre la patria de Sobieski el día en que fatídico exclamó: “Finis Poloniae”.

Sí, amigo, el Paraguay quedó bien muerto. Otras naciones, si no más valientes, más ilustres, cayeron antes que él, y sin embargo, es un hecho, resucitaron de entre gloriosas cenizas. ¡Cuántas veces nos han pintado a Italia poderosos ingenios destrozada y exánime! Edgard Quinet, en un apóstrofe tremendo, llegó a decir que había caído asesinada por mandato de la Francia. Su comentador Chassin, refiriéndose a la Grecia escribía: “Olvídase lo que era en 1820, antes de su despertamiento. Ningún pueblo había bajado tan profundamente a la tumba”. ¿Para qué aglomerar los ejemplos? Y no obstante, esas naciones que jamás sufrieron los estragos que la superstición, la tiranía, la guerra, la peste, la invasión, causaron al infortunado Paraguay, donde parecía se hubieran dado cita todos los dolores, todos los crímenes, todos los martirios. Si la hora de la resurrección ha llegado, sea bendita en los tiempos. ¡En nombre de la humanidad, que se levante el pueblo que quiere renacer! Ayuda tú a la santa obra, aunque más no sea que con los votos de un pecho varonil.

Esto valdría siempre más, “que el mundo nuevo de armonías y de imágenes”, de que desea vuelvas cargado el eminente amigo cuyas palabras transcribes declarándote “que no viaja, pero que quiere flores y pájaros de todos los climas”, habiendo sin duda por modestia dejado en el tintero a las mujeres, a

pesar de ser indispensables para completar el cuadro de las fruiciones terrenales.

Yo te aconsejaría que ni tocases a las flores en su verde asilo, ni anduvieses enjaulando urú-taú "para aumentar la pajarera de tu amigo". Hazte el Livingston de esa región, en gran parte ignota todavía, como fuiste el explorador valiente de la Pam-pa; apacigua tu sangre turbulenta en el raudal de la montaña; sáúrate en sus efluvios vitales y vigoriza tu cuerpo bebiendo en las linfas sagradas, y tu espí-ritu en la contemplación de las grandezas de Dios. No te vengas como los coyas, cargado de pepitas olorosas, y de amuletos para el amor; sino más hom-bre, más práctico, más reflexivo y, si es posible, aún más enérgico. No busques oro; no le encontrarás, o le hallarás muy escaso por esos andurriales. Ese me-tal, que algunos mineros prodigiosos tienen el arte de encontrárselo en plena ciudad, limpio y sellado, no se hizo para la escarcela de un coronel de infan-tería. En ella cabe, sí, la pluma brillante que trazó la "Excursión a los Ranqueles", y que sabe hacer tan buenos recuerdos de los amigos ausentes.

Carlos Guido y Spano.

Santa Fe antiguo

Había también tres sastrerías de media tijera, en las que se incurría frecuentemente en solecismos de **toilette**, porque se tomaba medida con una tira de papel, a guisa de metro, señalada por muescas, o se cortaba sobre prenda de vestir usada, verificándose allí, sin embargo, el prodigio de que unos pantalones rodilleros y deshilachados, un chaleco ombligüero o

un saco raído y grasiento, por más que se negaran a arreglos de confección, sirvieran a dos generaciones sucesivas, sin otra operación **taumatúrgica** en la obra de aguja y dedal, que poner el derecho de la tela al revés, o añadirle una pieza ortopédica o un apósito quirúrgico, a los desperfectos del mísero indumento, maleado por las crueldades y las injurias del tiempo.

Había dos peluquerías de la misma hilaza, pertenecientes a los **maestros** tonsurados en las artes pilosas, Cámara y Cabrera, peluquerías montadas a la añeja usanza, con sillas desvencijadas, espejos de **luna menguante** y los avíos ordinarios del oficio. A dichas peluquerías solía concurrir la gente principal y la pelona o de menor guisa, como se estilaba decir antiguamente de las personas sin caudal numérico y sonante, y unos y otros de estos infaltables parroquianos estaban obligados a hacer talón, según la mal sonante jerga de aquel tiempo, y cuya operación consistía en levantar prominencias con la lengua para que el rapista descañonara mejor los carrillos, dejándolos lucios y bruñidos según arte. Semejante procedimiento no dejaba, sin embargo, de ser un adelanto, comparado con el molestísimo y nauseabundo sistema de mondar rostros y cercenar pelambreras, seguido por muchos fígaros de entonces, quienes al rasurar las barbas, tirando tajos y reveses a roso y velloso, con navajas que eran casi siempre verdaderos instrumentos de martirio, les agarraban a los clientes las narices en los segundos pases, y, valgan verdades, les metían dentro de la boca, con el desembarazo más cuco, un carozo de **ubajay** o los apestosos dedos colutados de tabaco negro.

Había además en la capital santafecina, tres tien-

das de géneros promíscuamente barajados con artículos correspondientes a los ramos de almacén y ferretería, sin que al parecer cupiera incongruencia; una cochería, o más bien una especie de tinado con dos carruajes de alquiler y alguna galera monumental y amazotada; una imprenta del Estado para las publicaciones oficiales; tres herrerías y dos carpinterías; varias pulperías que carecían de los renglones de primera necesidad, amén de otras cosas, y algunos tenduchos que les eran afines, como el que administraba doña Jacinta Arriola, venerable anciana de abolengo colonial, donde se vendía **chicharrón**, **carne de carpincho**, **pescado frito** y el popular **rasca-buche**, del que ya apenas quedan, como de las sabrosas empanadas y fritos, **recuerdos saudosos**.

Otro sí: había dos boticas, una establecida por cuenta del Estado, en cuyos anaqueles, si no primaban los específicos y remedios secretos y heroicos de aquella expendeduría de medicamentos, parienta cercana de la hechicería, que poseían los jesuítas en Santiago de Chile, a mediados del siglo pasado: **agua de capón**, **enjudia de cóndor**, **ojos de cangrejo**, **sangre de macho**, **piedra de araña**, **polvos de sapo**, **priapo de ciervo**, **uñas de la gran bestia**, **unicornio verdadero**, **aceite de alacrán**, **espíritu de lombrices**, **leche de comadreja**, **huesos de gibia** y **estiércol de huichán**, veíanse en cambio, medicamentos caseros, bebedizos, potingues, preparaciones unguentarias con clasificaciones especiales, bálsamos, emplastos, ceratos y otros remedios empíricos y falaces de la medicina terapéutica criolla.

Y para completar este ligero esbozo del Santa Fe antiguo, traeremos a la memoria las escasísimas escuelas que existían, pequeñas y cerradas, sin luz y

sin aire puro respirable, donde se ponía en práctica el descabellado proloquio de la letra con sangre entra, y se menudeaba a porrillo sobre el desnudo cuerpo y manos de los alumnos, disciplinazos y golpes de palmeta; y, finalmente, recordaremos el espíritu de malquerencia, alborotador y pendenciero, que dominaba entre lo que se llamaba el **churrasco** y el **mondongo**, el barrio de San Antonio y el centro de la ciudad, espíritu de malquerencia que los muchachos y hasta la gente talludita de uno y otro barrio, traducían frecuentemente, al compás de gritos y palabrotas que no eran por cierto jaculatorias de novena, en loco de quijadas, en pedreas y estacazos que dejaban a más de un arrapiezo magullado a moquetes, molido a palos como garroteado por yangüeses o descalabrado y maltrecho por un proyectil arrojado a rodabrazos con la certera puntería de la honda de David.

Y esto, lo repetimos, era en días muy cercanos, ayer no más, como quién dice.

Floriano Zapata

En los chañares

Galopábamos a la par, Martín, un viejo gaucho que siempre me acompañaba en mis excursiones, y yo. Bajo los rayos de un sol picante — pues serían las diez de la mañana de diciembre — habíamos atravesado las dos leguas que separan la estancia del monte donde yo quería pasar las soporíferas horas de la siesta, cazando descansadamente bajo aquellas enramadas seculares, donde era un acontecimiento para el pasto que las tapizaba, un rayo de sol que

culebreando entre el follaje alcanzara a besarlo. Al llegar al linde de la selva, y cuando ya oíamos el quejido agudo de las torcaces, el silbido de los cardenales, el grito alegre de los horneros y pica-palos y la bullanguería de los loros que sobrepasaba a todos los demás silbidos, quejidos y gritos, Martín sofrenó su caballo y se detuvo.

Luego que lo imité, me dijo extendiendo el brazo hacia la derecha:

—Mire allá... ¿qué ve?

Miré en la dirección indicada, pero no vi sino la llanura matizada con todos los tonos del verde, y más lejos, allá en el horizonte, sombras vertiginosas que corrían paralelas a él y que no eran sino los rayos del sol reflejados sobre aquel mar de verdura, quieto y tranquilo.

—No veo nada...

—¿Ve aquella isleta de chañares en la ladera de la cuchillada?... ¿No la ve?... Eso negro...

Recién noté una mancha que alteraba aquella superficie uniforme; pero era tan imperceptible y estaba tan lejos, que no me era dable distinguir si la formaban chañares o qué.

—Sí, la veo — contesté —, sin embargo.

—Bueno. ¿Y no ve un venao en la punta de la isleta, un macho grandote con un monte de aspas?

—No veo nada, hombre; no veo... ¿Pero qué diablos de ojos son los tuyos?

—¡Ahí verá, pues!... Bueno; ese macho está matando una víbora que se ha dormido entre los chañares.

—¡Hombre, hombre! ¿Y cómo es eso?

—¿Pero qué, no sabe cómo hace el venao pa matar las víboras que encuentra dormidas?

—Francamente, no lo sé.

—Bueno... El **venao** encuentra una víbora durmiendo y la rodea con un hilo de babas; después se va como a un tiro de lazo, se para y comienza a mirar **pa donde** está la víbora y a **patiar** en el suelo.

—¿Y? — dije, ya interesado por el relato, aún cuando no lo creía.

—Y la víbora se **despierta** y lo que se halla cercada por las babas de su enemigo — los **venaos** y las víboras son enemigos a muerte — se mata a golpes en el corralito sin poder saltarlo.

—¿Y de qué tamaño es el corralito?

—¡Y yo qué sé!... Ha de ser chico.

—¿Pero nunca has visto alguno?

—¿Y quién va a ver?... Si las babas se secan cuanto **cain** sobre los **pastos**.

—¿Y entonces, cómo no lo puede saltar la víbora?

—Yo no sé... Dicen que si el **venao** se va a más de un tiro de lazo o deja de mirar **pa** el corralito mientras la víbora se mata, ésta se le escapa.

—¡Bah, bah!... Todo eso son mentiras...

—¿Mentiras? — y aquí Martín echó una ojeada a la isleta. — Mire: ya el **venao** se va... ¿A que si llegamos a los chañares hallamos la víbora muerta?... ¿Quiere **dir** a ver si son mentiras?

Mi curiosidad estaba picada y accedí a la invitación.

Pasado un cuarto de hora llegamos a los chañares, que no pasaban de veinte, achaparrados y ruines a fuerza de soportar nidos, y no tardamos en encontrar la víbora muerta — una gran víbora de las llamadas de la **cruz** — aterciopelada y lustrosa.

Examiné bien su cuerpo: no tenía una sola herida.

—Es curioso — pensé en voz alta —; jamás he visto escrito esto.

—¡Y qué va a ver! — me dijo Martín muy contento de haberme probado su tesis — si los **gringos**, esos que hacen libros, no saben de estas cosas.

Volvimos a montar para internarnos en el bosque, y al alejarme ví en una cuchilla, como a tres cuadras de distancia, al venado triunfante que lucía una verdadera cabellera de cuernos. Desconfiado y temeroso, había interrumpido su almuerzo para observarnos.

José S. Alvarez
(Fray Mocho)

Creencias religiosas

El elemento indio de la población del valle Calchaquí puede decirse que no tiene fe religiosa, en el sentido verdadero de la palabra.

Es puntual en la observación de las fiestas y ceremonias religiosas, como también lo es cuando se trata de hacer ofrendas, de invocar a la Pacha Mama; de modo que en él, la religión cristiana no ha hecho más que aumentar el número de sus supersticiones, sin disminuirle las muchas que ya tenía cuando los españoles entraron en esa región; lo único que el credo católico ha conseguido allí es simplemente modificar ciertas prácticas crueles y obscenas que en una época, parece, estuvieron muy en boga entre ellos.

El cerebro poco educado, infantil casi, de los indios que me ocupan, demasiado influído por la herencia de sus costumbres primitivas, no podía entrar de lleno en una evolución progresiva hasta poder com-

prender el ideal religioso, sin tropezar en ese camino con los mil obstáculos que le oponía la fuerza regresiva del atavismo de supersticiones, que pesaba sobre ellos.

Este empacamiento intelectual, diremos, no es un fenómeno muy raro; por el contrario, todos los días lo observamos aún entre nosotros, en los individuos cuya educación ha sido limitada o carecen de una base sólida.

La senda de la evolución religiosa es sumamente difícil de ser recorrida sin una preparación que preste a la mente una serenidad tal que le evite caer en la superstición.

En la clase del pueblo, y aún en la media, no es difícil hallar ejemplos a cada paso, y si así no fuera, no podrían vivir tantos charlatanes, adivinas y demás gentes del oficio, que medran al amparo de la estupidez o credulidad infantil que es inherente a las cuatro quintas partes de la humanidad.

Entre los jugadores y hombres de deporte, aun cuando sean de la mejor clase social, es frecuente también la superstición, y de allí ese cúmulo de mascotas o talismanes que muchos poseen, para propiciarse la buena suerte en sus vicios del tapete verde; todo esto combinado con mil cálculos que todos hacen, sin fijarse que el juego es de azar y desbarata en un momento todas sus ilusiones.

Ahora bien, si la superstición se halla aún arraigada poderosamente hasta en las grandes ciudades, ¿qué extraño tiene que también haya sentado sus reales en el cerebro inculto de los indios?

Además, los indios, subyugados, oprimidos por la codicia jamás satisfecha de los conquistadores y encomenderos, nunca pudieron comprender las razones

del porqué se les predicaban los principios de una religión, los más igualitarios y morales que existen y en los cuales flotan los sentimientos sublimes de amor y caridad, ya que esos principios con ellos no se practicaban.

Faltándoles esta base, los indios no vieron en los sacerdotes sino la continuación de sus agoreros, y en las imágenes otros fetiches menos monstruosos que los que antes adoraban.

Siguiendo las tendencias infantiles, que son inherentes a todos los salvajes, los indios se apasionaron por las imágenes, en las que veían figuras humanas, reconocibles a primera vista, y por las ceremonias religiosas que les imponían con su pompa, y los entretenían con la participación que en ella tomaban.

El incienso, los ornamentos vistosos de los sacerdotes, la multitud de velas en los altares, las flores, el ornato de los templos, las procesiones con su cortejo de banderas, músicas, cohetes y descargas de fusilería, todo ese conjunto llamativo, debió naturalmente herir su imaginación infantil, y sin esfuerzo alguno abrazaron desde el primer momento una religión que les proporcionaba pasatiempos agradables, pero cuyos principios no entendieron nunca.

Como todo esto era cuestión de exterioridad, conservaron en su ser íntimo la religión de sus abuelos, tanto más fuertemente, cuanto que sus prácticas eran prohibidas y vituperadas a prima facie, sin explicaciones, ni razonamientos sencillos y convincentes, resultando con ellos lo que sucede con todos: cuanto más se prohíbe una cosa, mayor deseo se tiene de ella.

Todas las familias indígenas poseen, en general, una imagen del santo de su predilección, ya sea pintada, ya de bulto: estas últimas de pequeño tamaño,

La mayor parte son importadas de Bolivia, y de una factura generalmente tosca y bizarra.

Casi todos se hallan encerrados en cajoncitos con dos puertas en su parte anterior, de modo que puedan abrirse y cerrarse a voluntad, pintados con colores chillones.

Algunos de estos cajoncitos tienen tres santos; uno, el principal, ocupa el centro, y los otros dos, de yeso pintado, se hallan pegados en la parte interna de ambas hojas de las puertas.

Cuando no han podido conseguir santos de bulto los substituyen con otros de yeso y pasta en alto relieve, encerrados en relicarios o medallones de lata o metal, con su correspondiente vidrio para que puedan ser vistos.

Para la fiesta del santo, todos los años lo llevan al pueblo más próximo, a fin de hacerle decir una misa, casi siempre cantada, con la procesión de ordenanza.

La conducción del santo se efectúa colocándolo en una angarilla especial, con un toldo que le cubre totalmente, a fin de que no tome sol; cuatro personas, de cualquier sexo, lo llevan en andas, precedidas por otra, también a pie, generalmente un hombre, que durante la marcha va tocando la caja o tamboril.

Este personaje o cajero, como allí lo llaman, es indispensable en toda conducción de santos, pues sin este requisito no andaría bien, o no quedarían satisfechos los que lo van a festejar, por creer que él forma parte principal de los honores que se le deben tributar.

El tamboril es circular, y de aro bajo; tiene una vaga reminiscencia con las cajas prusianas de guerra; generalmente lo llevan suspendido con la mano

izquierda, o colgado debajo del brazo del mismo lado, y es tocado con uno o dos palillos que tienen en su extremidad una pelotilla de trapo.

Detrás del santo van algunos fieles, a pie, rezando el rosario o cualquier oración, y luego, en larga fila, siguen los demás acompañantes, hombres, mujeres y chicos, encaramados en caballos, mulas y burras, ya solos o con alguno en ancas.

De tiempo en tiempo, los que llevan el santo en andas, se remudan con otro de los que vienen a caballo, montando los relevados a su vez, para descansar un poco.

Sólo el cajero sigue sin relevo durante toda la marcha, aun cuando ésta sea de diez leguas, fiero de su puesto y gozando al son monótono de su instrumento, el que, difícilmente, cedería a otro.

Llegados al pueblo, se hace repicar para que se reciba dignamente a la imagen, disparándose al mismo tiempo varios escopetazos y haciendo estallar algunas gruesas de cohetes.

Antes de llevar la imagen a la iglesia, se la conduce a casa de alguna vecina, para componerla.

Hay ciertas personas que se ocupan de esto, y tienen ya preparadas varias guirnaldas de flores de trapo y de papel, con que adornan el templete debajo del cual se halla el santo.

Algunas compositoras lo hacen por fe religiosa y otras como pretexto para vender algunas tinajas de chicha fabricada ad-hoc para el consumo de sus numerosos clientes, los que son infaltables en las fechas respectivas.

Compuesta la imagen, hay nuevos repiques, nuevos tiros y nuevos cohetes, y en medio de toda esta

batahola se la lleva a depositar en la iglesia, donde queda hasta el día siguiente, colocada a la derecha del altar mayor, sobre una mesa, para decirle su misa correspondiente.

Esa noche los fieles, para empezar a festejar el santo de su devoción, se entregan a libaciones copiosas y a los pintorescos bailes de la tierra, pero a pesar de todo nadie falta a la función religiosa de la mañana siguiente, pues saben en estas ocasiones conservar su integridad individual en el justo medio.

La fiesta religiosa se compone de una misa cantada, con mayor o menor pompa, según los posibles de los fieles, precedida por los que costean la fiesta, que en este caso se llaman Alféreces, y que llevan, el que tiene mayor derecho, una bandera o estandarte y los otros dos que le siguen en contribución, unas cintas que penden del asta de aquélla; además, todos cargan con un cirio encendido.

De tiempo en tiempo estos tres personajes hacen un alto y se dan vuelta, saludando con el estandarte, a lo que llaman hacer la venia al santo.

Delante de todos va la música, generalmente un clarinete y un bombo, y al lado de éstos el cantor de la iglesia que recita unos salmos con acompañamiento de esta singular orquesta, que a intervalos, mientras que aquél descansa, cambia de tiempo, y ejecuta una alegre marcha.

Las campanas continúan repicando durante todo el trayecto, mientras los encargados de la pirotécnica redoblan sus esfuerzos reventando cohetes y desce-rrajando fenomenales disparos con sus fusiles de chispa o fulminante, cargados con porciones inverosímiles de pólvora.

Una vez vueltos a la iglesia, hacen buena provisión de pólvora, cohetes y alcohol, y con las mismas fórmulas se llevan al santo a sus domicilios, donde se hace el **Misa chico**.

El **Misa chico** consiste en rematar algunos adornos del santo, divididos en porciones diminutas que llevan los asistentes a sus respectivas casas para que les sirvan de reliquias.

Por éstos, cada uno da un tanto de dinero, el que se conserva para ayudar a pagar las costas de la función que le harán el año próximo.

Terminado el **Misa chico**, guardan el santo con quien ya nada tienen que hacer, puesto que han cumplido con él, y al son de la música terminan la fiesta del modo acostumbrado: alcohol y baile.

Juan B. Ambrosetti

Bajo la Tiranía de Rosas

Basta describir esas escenas inolvidables que tenían lugar en la "Sociedad Popular Restauradora" para comprender, primero, el estado de aquellos cerebros, víctimas de la más deplorable exaltación maníaca, y segundo, la influencia profundamente depresiva que ejercía sobre el resto de la población.

Hasta la casa donde celebraba sus sesiones, pintada de colorado, vieja y carcomida, llenaba el alma de un terror inexplicable. Las ventanas resguardadas por rejas de hierro, el aspecto lóbrego de sus pasadizos alumbrados por una luz mortecina, el corte antiguo y extravagante de su arquitectura, sus patios, sus paredes llenas de letreros obscenos, todo

contribuía a darle un aspecto tétrico y repugnante. Allí se reunían los asociados, gente la mayor parte reclutada en las clases más inferiores, aunque favorecidos algunas veces con la presencia de personas cultas y altamente colocadas; y bailando y bebiendo, formulaban los planes de asalto y de asesinato que debían perpetrar en las principales casas de la ciudad.

Tiburcio Ochoteco, Julián Salomón, Pablo Alegre y Cuitiño, que eran los principales instigadores de la turba, sostenían siempre vivo el entusiasmo de aquella célebre Sociedad.

Ella manejó alternativamente la daga, el "moño embreado" y la "verga" con que azotaban ancianos y mujeres en el templo, en la plaza pública, al pie del altar o al borde de la tumba; el sitio, el sexo, la edad, eran para ellos indiferentes, porque sólo buscaban la sangre para satisfacer las exigencias de sus imperiosos deseos.

Cuitiño y Troncoso costeaban el vino que se bebía en tinetas y que corría con profusión, hasta que la mitad de los asociados, frailes, mujeres, hombres de todas las clases, rodaban por el suelo, en medio de las carcajadas y de un ruido infernal, producido por los gritos y las maldiciones de los que quedaban en pie. Cuando la excitación alcohólica había preparado el ánimo y los pródromos del alcoholismo agudo principiaban a acentuarse, provocando esas alucinaciones penosas, en que el oído percibe mil injurias y provocaciones imaginarias, en que se ven fantasmas horribles, sus instintos estimulados por la impunidad y solicitados por las fuerzas extrañas que los poseían, entraban en efervescencia revistiendo el aspecto horrible de una monomanía homicida. Tambaleantes

algunos, que después quedaban tirados en las calles, salían todos en confusión, armados de látigos y afilando con alegría sus enormes cuchillos.

Para inspirar más terror, muchos de ellos pintábanse la cara de colorado; marchaban en pandilla, los unos emponchados y medio oculto el rostro tras el pañuelo, casi desnudos y haraposos; sostenían, otros, sus cabellos que caían sobre la frente, por medio de enormes vinchas rojas con "¡mueras!" en letras negras, formando aureola a la imagen de Rosas.

Algunos, a cara descubierta, iban delante golpeando las puertas con el cabo de sus puñales y rompiendo a ladrillazos los vidrios de las ventanas. Entraban a los templos y azotaban al sacerdote si era sospechado de enemigo oculto de la Federación, luego recorrían los altares y si alguna imagen tenía cara de "salvaje unitario", hacíanla descender a lazo, la azotaban, le ponían la divisa y se retiraban, festejando con risotadas y mueras sus hazañas tiberianas.

José M. Ramos Mejía

De la vida jurídica

Un peligro muy serio para los jóvenes hay en el espíritu de orgullo y de insuficiencia. Líbreme Dios de pronunciar una palabra cualquiera que pueda matar en el alma de un joven los anhelos de una noble iniciativa. No me lo perdonaría jamás a mí mismo. Pero, señores, no hagamos infructuosas las iniciativas haciéndolas prematuras. El genio tiene, sin duda, el derecho de levantarse un día osado, y mirando a la humanidad de frente, decirle: Os traigo una nueva

verdad; una estrella reciente brillará, desde hoy para siempre, en el cielo de la ciencia.

Eso puede decir el genio, eso puede decir la inspiración; pero es tan raro el genio, señores, tan rara la inspiración, que no hay por qué apresurarse a creer que estamos en el caso de invocar sus privilegios. No hay genios malogrados; no puede haberlos; son ellos los enviados de la Providencia y la Providencia es indefectible y omnipotente.

Mas viniendo a una esfera modesta relativamente a aquella donde brillan esos grandes luminares, concretándonos a empresas intelectuales de un orden inferior y con todo utilísimas, pensemos que si la humanidad no es infalible, hay en el consenso humano una respetable autoridad; que no debemos invocar rápidamente en lo que han establecido los maestros; y así, antes de lanzarnos a proponer cambios en las instituciones sociales, meditemos, consultemos, seamos exigentes con nosotros mismos. ¡Cuán poderosa era la inteligencia de Proudhon! Y bien, todos sabemos a cuán extrañas aberraciones le indujo su irrespetuoso desdén por las instituciones bajo cuyo imperio la humanidad vive y prospera. No son los ejemplos que habéis recibido en esta casa de estudios, donde la doctrina, sin ser la tímida explicación del texto legal, se ha mantenido en la corriente de las grandes tradiciones. Se os han enseñado las disposiciones legales, ligándolas con los principios de que se derivan; más todavía, se os han mostrado las deficiencias y a veces las contradicciones contenidas en esos cuerpos de derecho que hacen honor a la inteligencia argentina, pero que adolecen de las imperfecciones inherentes a toda obra humana. Sin embargo, los que fueron vuestros profesores os han dado siem-

pre el ejemplo de la consideración que debe tributarse a los maestros de la ciencia, a los que, dotados ventajosamente por el Creador, han sabido desempeñar la tarea de perfeccionarse que El impone a todos los hombres y especialmente a los favorecidos con dones excepcionales. Donde el doctor Vélez Sarsfield se ha detenido, la prudencia aconseja al joven a detenerse también. Algún límite respetable habrá encontrado el eminente jurisconsulto — es la primera reflexión que ha debido ocurrirnos. Y para ir adelante, para internarse más allá — habéis debido pensar — se necesita desde luego, una vigorosa inteligencia, después, un estudio profundo, y, por fin, la experiencia reposada que sólo pueden dar los años maduros. En una de las notas del Código Civil, el Dr. Vélez ha reproducido algunas palabras de Savigny que contienen una lección y frecuentes aplicaciones. Se refieren al matrimonio. El sabio jurisconsulto alemán dice, como de paso y con finísima ironía, que los romanos, por una singular inadvertencia, no incluyeron el matrimonio entre los contratos. No atribuyamos a olvido, a ignorancia, lo que no encontremos legislado a nuestro paladar.

Hay en nuestros días otro peligro para las inteligencias y para los caracteres: es la difusión y la boga de un materialismo enervante. El orgullo humano ha tomado esa forma; ha negado lo inmaterial y lo sobrenatural. Aquellas verdades superiores que el orgullo acepta desdeñar, son verdades eternas; existen con independencia de la afirmación o negación del espíritu humano. Y para que resulte una vez más comprobado que no ensalzaremos sin sufrir humillación, vemos en nuestros días a los hombres más soberbios empeñados en exhibir como títulos de noble

las circunstancias y señales, que según ellos, demuestran el parentesco en línea recta de la criatura humana con no sé qué animal repugnante que ocupa, en su concepto, el lugar del bíblico Adán.

Esta doctrina no ha hecho camino en nuestra casa de estudios, ni podía prevalecer en ella; si así sucediera, debería cerrarse la Facultad de Derecho. El derecho, en efecto, y sus principios, suponen seres libres. Dado que el hombre no fuera libre y que se tuviera por su naturaleza en la necesidad de proceder de una manera determinada, el precepto legal sería inútil e insensato: inútil, cuando le mandara hacer lo que de todos modos haría; insensato, cuando le mandara realizar lo que no podía cumplir. No: se dan leyes a los hombres sabiendo que son libres. La pena, en caso de no cumplimiento de la ley, sería injusta si el sujeto del acto prohibido no hubiera podido evitarlo. Sólo los niños castigan los objetos materiales en que se estrellan; y el auriga que azota las bestias para hacerlas andar, no es sin duda un juez, un representante del derecho penal. Si no somos libres ¿qué derecho se nos enseña? ¿qué códigos se dictan? ¿qué sanciones se establecen que no sean un contrasentido palpable y chocante? ¡No hay darwinismo en la jurisprudencia!

Pedro Goyena

Historia de mi madre

Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que se adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su fami-

lia, hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus "Confidencias", que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el alma materna para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el advenimiento de la República. Para los afectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se ha leído páginas como la de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticias de la suerte. ¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la obscuridad del abismo que no debe ser obscuro, se mezclaban qué sé yo a qué absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: ¡mi madre había muerto! Escribí esa misma noche a mi familia, compré quince días des-

pués una misa de requien en Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas; e hice el voto y perseveraré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un día, y decirle a Benavidez, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros también habéis tenido madre, vengo a hōnrrar la memoria de la mía, haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no manchéis en acto de piedad filial. Dejadme decir a todos, ¡quién era esa pobre mujer que ya no existe! ¡Y, vive Dios, que los hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aún muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos. ¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría para dān una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre en su avanzada edad conserva apenas rastro de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, si no es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo

perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada, o más bien destituida de todo ornato, si bien tan clara que en una clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de sólo escuchar, mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circunstancias que para otros habría santificado las concesiones hechas a la vida. Y aquí debo rastrear la genealogía de aquellas sublimes ideas morales que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico. Yo creo firmemente en la trasmisión de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo. Jóvenes hay que no conocieron a sus padres, y rien, accionan y gesticulan como ellos; los hombres perversos que dominan a los pueblos, infectan la atmósfera con los hálitos de su alma, sus vicios y sus defectos se reproducen; pueblos hay, que revelan en todos sus actos quienes los gobiernan; y la moral de los pueblos cultos que, por los libros, los monumentos y la enseñanza, conserva las máximas de los grandes maestros, no habría llegado a ser tan perfecta, si una partícula del espíritu de Jesucristo,

por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza y la predicación en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

Yo he querido saber, pues, quién había educado a mi madre, y de sus pláticas, sus citas y sus recuerdos, he sacado casi íntegra la historia de un hombre de Dios, cuya memoria vive en San Juan, cuya doctrina se perpetúa más o menos pura en el corazón de nuestras madres.

Domingo Faustino Sarmiento

Páginas de mi Evangelio

EL HOGAR

La base de la vida moral está en el hogar.

El que ama a los suyos no es indiferente al amor de los demás.

La sentencia sublime: "Amaos los unos a los otros" tiene su columna más fuerte en el seno de la familia.

En el hogar se elaboran los más nobles pensamientos, se funde la acción en un ideal común, se siente la vida.

La paz del espíritu sólo se encuentra en el hogar.

El hombre honesto, el ciudadano austero, el estadista íntegro, son, por lo general, producto de un hogar modelo.

Los afectos de familia cicatrizan las heridas del corazón, disciplinan el espíritu y afianzan el carácter.

Con razón dijo Lope de Vega:

"Yo en mi pobre hogar con dos librillos, ni murmuro, ni temo, ni deseo".

El hombre que forma su hogar y sabe dirigirlo es un sabio.

Y sirve, como bueno, a su patria y a la humanidad.

No abandones el culto del hogar. En ninguna parte serás más feliz que en el seno de tu familia, donde los afectos son íntimamente sinceros y los recuerdos son comunes. Si eres feliz, todos participarán sin egoísmo de tu felicidad; y si no lo eres, todos trabajarán sinceramente para que lo seas.

Alimenta, pues, con tu conducta ejemplar, la lámpara votiva que funde en una llama única los recuerdos del pasado, las luchas del presente, los sueños del porvenir.

José J. Berrutti

Noche de perros

En el mes de septiembre — hace ya mucho tiempo — llegaba yo y mi sirviente a la estancia “La Choza”, del ilustre doctor Irigoyen, munido de una recomendación de dicho hombre de Estado para su administrador, el señor Zalazar, cordobés como yo y cumplido caballero, como suelen serlo todos los cordobeses trasplantados, sin que esto quite que los de almá-cigo también lo sean. Supongo que a nadie le importará saber a qué iba yo a “La Choza”, pero si alguien se interesa, por aquello de que todos quieren meterse en lo ajeno, no tengo inconveniente en satisfacer su necesidad: iba yo con el estómago por los suelos, es decir, enfermo de esa “víscera sine qua non”; me faltaba lo que le sobra al avestruz: pepsina, y tenía

la esperanza — si es que un enfermo del estómago puede abrigar alguna — de levantarlo en el campo. Fuí, pues, recibido con todas las atenciones imaginables por el señor Zalazar.

—El amigo Gil querrá salir a caballo, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto, señor.

—Pues entonces, le haré ensillar el malacara de don Bernardo, su caballo de confianza.

—¡Tanto honor!

Monté en el gran malacara — una especie de cilindro envuelto en grasa — tan estúpidamente gordo, que hasta las articulaciones habían perdido la noción de sus funciones. El animal se movía de una pieza, así como esos caballos de madera que usan los niños y que tienen clavadas sus cuatro patas en dos balancines de silla-hamaca.

Intentamos galopar, pero en menos que canta un gallo enano, me encontré tendido de boca sobre un cardal lustroso. Este fenómeno, según Zalazar, se debía a que don Bernardo nunca galopaba, así que el malacar había olvidado el mecanismo del galope; por lo tanto, se trabó... y lo de más fué por cuenta exclusiva de la ley de gravedad. Hice presente que en tal caballo no podía andar seguro un candidato a la presidencia y volvimos a las casas.

—Venga, amigo Gil, le mostraré algo muy notable — me dijo Zalazar, señalando una jaula de hierro.

En el primer momento creí ver un par de tigres de Bengala, que se balanceaban furiosos al mirarme.

—Estos son dos perros de raza mastín — me dijo — traídos de Inglaterra. El doctor los quiere mucho y son mansos como él; pero ya han hecho pedazos (la

ropa por lo menos) a varias personas, y en los días nublados, cuando salen a retozar en los potreros, generalmente matan vacas, novillos, ovejas o lo primero que se presenta: se les prenden del hocico ¡y al suelo!, en seguida colmillo a la garganta, ¡y asunto concluído! Esto lo hacen por vía de ejercicio. Ahora los largarán como de costumbre para encerrarlos al anochecer.

Francamente, me hizo muy poca gracia, todo este relato, pues un peligro, por más lejano que esté, nunca hace gracia.

—Como usted estará cansado — me dijo Zalazar después de comer — lo acompañaré hasta su cuarto para que se acueste; tendremos que andar unos cincuenta metros; pues le hemos arreglado una pieza en la casa del doctor, así usted y su sirviente serán los únicos habitantes de ella por lo pronto.

Efectivamente, me encontré dueño y señor de un gran caserón, rodeado por un espléndido bosque de eucaliptus. Viéndome instalado el señor Zalazar, dió las buenas noches y se fué. Mi sirviente se acostó en la pieza contigua a la mía y yo me quedé en la galería, no sin sentir un cierto malestar indefinido, producido quizá por encontrarme solo, de noche, en una casa desconocida y vacía, rodeada por un bosque tenebroso y todo esto sumergido en profundo silencio: el silencio del campo.

La atmósfera estaba pesada, aunque el barómetro dice que en tal caso está liviana. Una tormenta de primavera formada por espléndidos cúmulos, esas nubes blancas nacaradas, de curvas ampulosas y torneadas como alfeñiques gigantes, iba trepando, lentamente el horizonte al compás de sus salvas eléctricas: parecía un inmenso acorazado que viniera dispuesto a bombar-

dear al planeta. Así serán probablemente los globos de guerra que usará la humanidad dentro de mil años, pues supongo que nos seguiremos matando hasta esa fecha... pero esto no tiene nada que ver con los perros. A cada instante el rayo, con su espada en zigzag, atravesaba con furia las entrañas de las nubes, partiéndolas en tajadas luminosas. A los dos o tres segundos llegaba el estampido del trueno, certificando el oído lo que los ojos habían visto.

Luego nomás el bosque principió a dejar sentir ese rumor característico de la llegada del viento, entremezclado con las voces de alarma dadas por los animales: el grito de las gaviotas, del teru-teru, de las case-ritas y uno que otro pájaro mal instalado en el remaje; el relinchar de las manadas, el balido de las ovejas que remolineando van a amontonarse en un ángulo del corral con las cabezas bajas, formando con sus cuerpos una mancha blanca e inmóvil, la que el relámpago hace seguir a intervalos de entre las tinieblas.

Cuando principiaron a caer las primeras gotas, esas gotas tibias, grandes como cuentas de cristal, propias de las lluvias primaverales y el exquisito olor a tierra mojada invadió la atmósfera — perfume debido, según Berthelot, a un humilde microbio — resolví acostarme para oír llover a mi gusto.

Había dejado la puerta entreabierta y me encontraba sentado en la cama a la luz de una vela y a medio vestir, con una pierna en número cuatro y con ambas manos y mis cinco sentidos puestos sobre un impertinente nudo ciego que había hecho presa en una de mis polainas, esos nudos insolubles que no aflojan ni a diente con saliva, y que por último hay que aplicarles el sistema del gran Alejandro; me hallaba en tal posición, decía, cuando sentí algo así como una de las

notas más graves del órgano, y levantando la cabeza vi un perrazo enorme a mi lado en actitud de atacar, brillándole un par de ojos inmóviles y amarillos como dos esterlinas.

No hay duda de que en un gran peligro se piensa más cuerdate que en un percance de poco valor. Al instante me di cuenta de que si me movía quedaba convertido a menudo picadillo; así que permanecí más quieto que un poste, con las dos manos puestas sobre el nudo ciego y los cinco o seis sentidos sobre el mastín. Ignoro qué tiempo pasamos en ese estado, pero algún buen rato debió ser, porque al fin el perro resolvió echarse, pero sin cambiar de sitio ni de visual. Me miraba este bruto con tal insistencia y fijeza, que parecía en éxtasis, haciendo yo, por lo tanto, el papel de visión. Intenté resolver el problema de llegar con la cabeza a las almohadas. Según mis cálculos, en dos horas debía llegar — si el perro no disponía otra cosa — moviéndome a razón de un centímetro por minuto. Iba descendiendo la curva con toda facilidad, repartiéndome las miradas entre el animal y las almohadas, cuando sonó con estrépito un elástico del colchón. Al mismo tiempo, se puede decir, rugió el perro, levantándose como impulsado por un resorte. Por lo visto, la ecuación personal — y dispensen los astrónomos — o el tiempo fisiológico de tal bruto, era mínima. Me miró un momento y volvió a echarse gruñendo. Aproveché este acto de generosidad para llegar a las almohadas. Después fuí subiendo las piernas con la mayor cautela imaginable y quedé acostado en forma. Al poco rato, la vela entró en agonía y expiró, entregando su espíritu a la atmósfera.

De vez en cuando un relámpago iluminaba la pieza, entonces tenía la satisfacción de ver en el mismo sitio

a mi fiel guardián. La situación, al fin, iba resultando pasable. Con tal de no dormirme, para evitar ronquidos o cualquier movimiento fuera de programa, estaba salvo. Me dediqué, pues, a pensar en cualquier cosa hasta que amaneciera; pero resultó que se me agotaron todos los temas y el alba no llegaba.

Felizmente, la luna, cual una monja enclaustrada y curiosa, asomaba a cada instante su cara blanca y redonda por entre las grietas de las nubes en movimiento y los barrotes de una ventana que tenía al frente.

Por fin la Tierra enderezó su lomo, pero recién como a las nueve de la mañana se dejó sentir una sirvienta, que golpeando la puerta me preguntó si deseaba tomar algo.

—Tomaré el portante — le contesté —, después que saquen este perro.

—¿Qué dice, señor?

—¡Que entre y saque este animal!

—¿Pero qué, se habrán salido los perros? — re-funfuñó la mujer, entrando en la pieza. — ¿Y el otro? — dijo.

—¿Qué, otro?

—¡El otro perro!

Entonces se oyó una voz como de ultratumba que decía:

—Aquí está desde anoche... haga el servicio...

Era el pobre de mi sirvienta que hablaba por entre las mantas y las almohadas que se había echado sobre la cara.

Martín Gil

El matadero

El matadero de la Convalescencia o del Alto, sito en las quintas del Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa, con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge, en tiempo de lluvia, toda la sangraza seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste, está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua, con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal, en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruín y pequeño, que nadie lo tomaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: **Viva la Federación,**

Viva el Restaurador de la heroína doña Encarnación Ezcurra. Mueran los salvajes unitarios. Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que en el aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí, en presencia de un gran concurso, ofreció a los señores carniceros, en un solemne brindis, su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia, era grotesca, llena de admiración. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros, y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distinta. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pechos desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo sus movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y de mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las arpías de la fábula, y entremezclados con ellas, algunos enormes mastines olfateaban, gruñían o se daban de tarasco-

nes por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco, o reclinados sobre el pescuezo de los caballos, echaban ojo indolente sobre animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules, que habían vuelto de la emigración al olor de la carne, revoloteaban, cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes, y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que ínter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos de su carreta, despellejaba en ésta, sacaba el sebo en aquél de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazcón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, los que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, — dichos y gritería descompasada de los muchachos.

Hacia otra parte, entretanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas, y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veía acurrucadas en hilera 400 negras destejendo

sobre sus faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y les henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos, gambeteando a pie y a caballo, se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraban chillando la matanza. Oíanse a menudo, a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con los cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al otro, y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horrendos tajos y reverses; por otro, cuatro ya adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros, flacos ya de la forzosa

abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era este del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se presentaba en el matadero era para vista, no para escrita.

Un animal de corta y ancha cerviz y de mirar fiero, había quedado en los corrales. Llególe su hora. Dos enlazadores a caballo penetraron al corral, en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horquetada sobre los nudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó, y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal, prendido ya al lazo por las patas, bramaba echando espuma furibundo, y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro, donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanle, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos, prendidos sobre las horquetas del corral; y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces tiples y roncas que se desprendían de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas, rodaban de boca en boca, y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

—El matambre a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

—¡A Matasiete el matambre!

—Allá va, — gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. —¡Allá va el toro!

—¡Alerta! ¡Guarda los de la puerta! ¡Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal, acosado por los gritos, y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por el aire un áspero zumbido, y al mismo tiempo se vió rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño, cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

—¡Se cortó el lazo! — gritaron unos. — ¡Allá va el toro!

Pero otros, deslumbrados y atónitos, guardaron silencio, porque todo fué como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escuirió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: —¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda! — ¡Enlaza, Sietepelos! — ¡Que te agarra, Botija! — ¡Va furioso! — ¡No se le pongan delante! — ¡Ataja, ataja, morado! — ¡Déle espuela al mancarrón! — ¡Ya se metió en la calle sola! — ¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocerío era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón, oyendo el tumulto, se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dió un brinco sesgado y siguió delante perseguido por los jinetes.

El toro, entretanto, tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descripto, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llamaban "sola", por no tener más de dos caras laterales, y en cuyo apozado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja en zanja.

Esteban Echeverría

El entierro de Güemes

Todavía recuerdo el magnífico espectáculo de aquel cortejo fúnebre que vi atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre y por Whit, que vestidos de luto, y la cabeza descubierta, llevaban con una mano las cintas del ataúd, y con la otra a dos niños, Martín y Luis Güemes, que acompañaban llorando el féretro de su padre. Veíase a uno de ellos, volver tristemente la cabeza como si buscara a alguien. Era aquel negro testigo de tantas glorias y compañero del héroe hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo, venía una inmensa

muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían venido para tributar al grande hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y doloroso silencio, interrumpido sólo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes, y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la Catedral, donde sepultaron las reliquias del héroe al pie del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataúd que encerraba lo único que le restaba de su amigo.

A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humahuaca y Río del Valle. — Señor — dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo, — hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro general, para acompañarle hasta su última sepultura, y llevarnos estas reliquias suyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima: Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora la patria a sus héroes.

Desde ese día, muchos años han tendido sus lucuosas horas sobre nuestra bella patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la generación de entonces con sus creencias y sus tradiciones; pero el nombre de Güemes, ha quedado inmortal; su recuerdo es una apoteosis, y en el

silencio de las noches se oye siempre resonar nuestros bosques en su sencillo y poético lenguaje:

¿Dónde estás, astro del Cielo?
¿Quién tu carrera cortó?

Largas y sentidas trovas, que deifican y perpetuarán de generación en generación la gloria y las virtudes de aquel héroe, honra de nuestra patria.

¡Grandes de la tierra, que osáis llamaros tales, por que os habéis hecho una púrpura con la sangre de vuestros pueblos, un trono de sus osamentas; miserables falsificadores de la gloria, a quienes la posteridad en el día de la justicia marcará con el hierro candente de la infamia, ved aquí la verdadera grandeza: un hombre cuya tumba está en los corazones de una nación entera, y cuya memoria es un culto.

Juana Manuela Gorriti

El doctrinarismo argentino (1)

La generación de 1810 fundó la nacionalidad argentina, desvinculada jurídicamente del imperio español por la caída de la dinastía borbónica, pero reciamente combatida por los poderes coloniales y metropolitanos, luchando en desmentida arena, con sus letrados convertidos en caudillos, en héroes sus grandes capitanes, y sus pueblos en ejércitos, por la tierra y

(1) De la conferencia dada a los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, el 24 de mayo de 1879.

por las aguas, aquí y allá de las cordilleras, un año y otro año, sin reparo ni desmayo; porque dos gloriosas virtudes cívicas la alentaban: fe indeclinable en sus designios; abnegación patriótica, que rivalizaba con la austerea abnegación de los varones clásicos.

Si retrocedéis hasta aquellos años de maravillosa fecundidad, no sé qué cosa debéis admirar más vivamente: si la grandeza del propósito, o la mezquindad de los recursos de una pobre y despoblada colonia que, mal contenta de emanciparse, desata uno de los dos torrentes de soldados generosos, partidos del Plata y del Orinoco, que cruzan guerreando el Continente para confundirse en el campo sangriento de Ayacucho, magnánimos hermanos de un linaje olvidadizo, mártires y adalides de la independencia americana!

Un varón de epopeya álzase gallardo y severo, silencioso en medio de las contumelias, seguro, empero, de la justicia y del honor que la posteridad había de tributarle ufana, porque los velos fúnebres de la muerte son translúcidos para los justos y para los héroes. Fué grande por las concepciones de su genio militar, grande al trepar a los enhiestos riscos, sobre los abismos y los torrentes, para descender, como el ángel de las batallas, a tierra que pedía redención. Fué grande en las fatigas marciales y en el fragor de los combates; pero no le admiréis sobre su pedestal guerrero de pendones debelados y rotos atambores. Es más grande en aquel día, cuyo igual no ha vuelto a brillar para la América, en que abdica ante los Representantes del Perú el poder de que le invistieran el prestigio de su nombre y la gratitud de los pueblos; es más grande cuando niega su espada a la guerra civil y su pecho a la ambición; es más grande, cuando, en la víspera de la última lid, cede a Bo-

lívar el último laurel; es más grande, en fin, por sus inmolaciones patrióticas, por su elevación moral, por la virtud de vencerse a sí mismo y perderlo todo por la patria, menos su gloria, por ser nuestra.

He aquí el hombre de la emancipación nacional. San Martín es el tipo culminante de la virtud patria de sus contemporáneos; y contemplándola en su personificación más brillante, hallaréis explicado que la generación de 1810 realizara tan grandes empresas y saliera victoriosa cuando retó a sus tiránicos gobiernos, por un arranque heroico, sin caudales, sin armas ni soldados...

José Manuel Estrada

La catedral muerta

Si la catédral de Arras es la ruina trágica, la de Reims es la ruina lúgubre. En lo trágico hay siempre algo de combate; pero el cadáver de la catedral aplasta a Reims bajo su destrozo. Hay otras, más anonadadas aún, como la de Soissons, que no es sino un espectro, como la de Ipres, que apenas es una sombra...

La catedral de Reims agrega al horror de la muerte la realidad del cadáver. Su destrucción conserva la violencia del asesinato. Aquellas dos últimas que acabo de citar, montones de piedra grisácea, parecen más bien escombros volcánicos de insípida desnudez, como huesos fósiles bajo la calcinación solar. La de Reims conserva en sus cavidades bastante sombra para ser, como he dicho, lúgubre. Flota en ella todavía un resto de alma desolada. Sus tremendas brechas son heridas que aun sangran; sus frac-

turas brutales aguzan esquiras en que se desgarran el dolor; sus manchas fomentan un negror de gangrena. Los pedazos de bóveda parecen prolongar el eco de las explosiones y la alarma de la catástrofe. Las estatuas de los portales y de los nichos exteriores donde hacían contrapeso a la carga del botarel, son a su vez gigantescos cadáveres de piedra. Reconozco en ésta a la que el casco de obús arrancó toda la cara, uno de los reyes del pórtico occidental. Aquí, puestas en el suelo, aisladas de su grupo, se advierte que eran verdaderos colosos regulados a la proporción natural por esa armonía del conjunto que es el fundamento estético, o mejor dicho la razón vital de todo arte, principalmente la arquitectura y la música. Allá, entre otros escombros, sobresale el cuadril de uno de aquellos enormes carneros de piedra que en la alta corniza del Sur alegorizaban el místico pastoreo y sobre cuyo tipo escultural, de un realismo local perfecto, como todas las reproducciones naturales de los artistas góticos, pude comprobar en 1912 que el morueco remense, igual a nuestros merinos, hallábase formado en el siglo XIII, si no prolongaba naturalmente la ilustre procedencia romana en que radica su calidad el congénere español: pues así estas catedrales con que el pueblo glorificaba en acto de fe su esfuerzo máximo, eran las enciclopedias donde se contenían religión, naturaleza, arte, industria, ciencia e historia. Por esto el templo magnífico en la ciudad pequeña que ponía siglos para construir "su" catedral, libro parlante de los que no sabían leer, pues era ante todo una biblia de piedra, museo de historia natural, galería de arte, glorificación decorativa de los oficios, celebración de la ciencia por la belleza de la arquitectura, sala de con-

ciertos, teatro, hospicio, aula de consejo con la predicación, asilo contra todos los males, socorro en las peores cuitas, defensa y vigilancia desde la colina fundamental que dominaba, altísima y resplandeciente sobre los caminos: cantón inagotable de cuentos y de moralejas en la profusión de la alegoría; realización de la quimera con la magia que a diario inventaba el sol en las vidrieras de colores; remonte del ensueño en las místicas alas que le daba la exhalación del incienso; tesoro de los primeros y las reliquias que de remotos países y mares legendarios traían como ofrenda los viajeros, y demás de santuario, sede política donde se consagraban los reyes. Así la catedral, y ésta de Reims entre todas, fué el centro, al propio tiempo que la síntesis de la civilización cristiana en el momento de su máximo esplendor, lo cual define su incalculable valor histórico. La catedral es la historia viviente de la Edad Media. Por esto, destruirla es matar. Matar no sólo el cuerpo sino el alma de una civilización tanto más preciosa para nosotros cuanto que al construir nuestro inmediato antecedente histórico resulta la clave de la vida que vivimos. Racionalistas, que es decir desobedientes, la historia de los dioses nuestros, o si se quiere, el estudio de la organización social bajo el concepto religioso adquiere para nosotros una importancia singular. Por ellos averiguamos que el monoteísmo es la transfiguración mística de la monarquía absoluta o autocracia: un instrumento de sujeción, incompatible con la libertad, como estado espiritual, sino en torno de un ideal trascendente. La anarquía sobreviene cuando falta a los hombres el concepto de trascendencia. Porque la serenidad es un estado espiritual, no una satisfacción física, el paganismo gre-

co-romano la alcanzó mejor y por más largo tiempo que el cristianismo, pero nosotros no somos ni podemos ser ya paganos ni cristianos. Necesitamos construir otro templo a la nueva divinidad, en que se nos revelará un día, quién sabe cómo, el ideal trascendente: es decir, la noción de inmortalidad que reside en nuestro espíritu, manifestándose como bondad, verdad y belleza.

¡Belleza! He aquí el signo histórico de nuestra raza: la greco-romana, a la cual pertenecemos por la latinidad. Raza de belleza es lo que somos. Camino de belleza es el que tomamos para alcanzar la justicia y la bondad. Satisfacción estética lo que buscamos en la verdad misma.

Ya la belleza era, ante todo, la catedral asesinada.

Bien que me la represento en aquellos serenos días de 1912, cuando vinimos aquí para verla, en peregrinación gótica, por decirlo así, con la inseparable que traía como una de aquellas lámparas ruskinianas de su predilección la genuina claridad del alma compañera. Llegábamos justamente a la hora de llegar, que es la tarde. La catedral se alzaba en la gloria del sol poniente y hacia ella volvían ya las palomas.

A pesar de su importancia industrial, demografía y política, Reims era la catedral. Así, templo y ciudad han muerto juntos. Conocida es la estadística, que sólo recuerdo para precisar la destrucción: al firmarse el armisticio, de 14.000 casas que formaban la planta urbana había 60 habitantes. Durante cuatro años las escuelas habían funcionado en sótanos sacudidos por los bombardeos. Tres años después de cesar las hostilidades y a pesar de la continua reconstrucción, no hay más que escombros. El revuelto

suelo cretáceo lo amortaja todo con su polvareda blanca. Parece como si acabara de pasar la maldición bíblica que asoló la Pentápolis del Mar Muerto, echando sobre las ruinas funestas la ceniza de Jehová. Pero no. La furia del bárbaro superó a la cólera de los númenes de odio. Y vuelve a la memoria la tan recordada cita de Heine, que sabía a qué atenerse: “un día u otro, el ardor guerrero del germano se despertará y destruirá las catedrales góticas”.

Reims, como París, era una cosa esencialmente francesa. Desde el famoso milagro de la ampolla de óleo, que el Espíritu Santo trajo para unguir a los reyes, la historia de Francia es una misma con la historia de la catedral. Nada extraño, pues, que la destrucción del templo augusto, como la de París, contara o cuadrara bien, si fué ocurrencia posterior, en el plan de aniquilamiento. El templo y la ciudad pues eran, repito, una entidad completa. Así se tiraba realmente al alma de la nación aborrecida.

Leopoldo Lugones

Discurso patriótico (1)

Yo no pienso, ciudadanos, conmover vuestro dolor, recordando las heridas de esos intrépidos defensores de la patria, cuyo heroísmo acaba de sorprender nuestra esperanza; ni quiero excitar vuestra admiración comparando el orgulloso cálculo que hacía la confianza de los déspotas, con el feliz resultado que han tenido nuestros tímidos deseos. En el primer caso ofendería vuestra sensibilidad marchitando los

(1) Pronunciado en la sesión pública de fecha 29 de octubre de 1812 en la Sociedad Patriótica.

laureles del triunfo con la triste memoria de la sangre que han costado al vencedor: y en el segundo, defraudaría mi principal objeto, sin añadir expresión alguna que no haya anticipado vuestro propio corazón.

Para evitar ambos escollos, dejemos por ahora descansar a los ilustres mártires de nuestra independencia, en el panteón sagrado de la inmortalidad y hagamos tregua a la admiración de sus virtudes para reflexionar sobre los deberes que nos impone su ejemplo.

Cuando yo veo a los guerreros de Tucumán, insultar al peligro con el denuedo, provocar la misma muerte con valor, abrir al fin su sepulcro con placer y presentarse luego a las legiones enemigas, más bien con el deseo de morir por la libertad, que con la esperanza de vencer la tiranía; cuando yo los veo cubiertos de heridas y de sangre, agonizar con las armas en las manos, al mismo tiempo que huían con pavor los alucinados siervos del protervo Goyeneche; oigo que los últimos suspiros de cada vencedor moribundo se dirigen a nosotros, proclamando en el mismo sacrificio de su vida la obligación que nos impone.

¿Y cuál pensáis, ciudadanos, sea el objeto de una obligación fundada en la propia sangre de nuestros hermanos y sellada por las tiernas lágrimas que os ha causado la muerte? Permitidme anunciar lo que yo siento y no culpéis a mi cielo, si antes de consultar vuestros sufragios me lisonjeo de merecerlos y de no esforzar mis esperanzas más allá del término de vuestros deseos.

El grande y augusto deber que nos impone la memoria de las víctimas sacrificadas el 24 de septiem-

bre, es declarar y sostener la independencia de América. He aquí, ciudadanos, el juicio que he formado sobre el plan que debe nivelar nuestra conducta, para que ella corresponda a los últimos votos y esperanzas de esa porción de guerreros que hoy viven en el imperio de la gloria después de haber sacrificado a la patria, cuanto habían recibido de la naturaleza. Y sólo el autor sagrado de la libertad ha podido inspirarles una resolución tan difícil para el héroe como terrible para el hombre: si sólo por asegurar nuestro destino y salvar a la posteridad del peligro de la esclavitud, han renunciado al dulce patrimonio de la vida, olvidando el llanto y los gemidos de sus huérfanas familias: si sólo por ver enarbolado el estandarte de la independencia y publicada la Constitución que nos asegure el rango a que aspiramos entre naciones libres, hemos visto a los defensores de Tucumán, presentar una escena capaz de justificar nuestro orgullo en lo sucesivo y de humillar para siempre la esperanza de los que creen decidir nuestro destino, ¿cómo podemos ver sin emulación unos ejemplos tan tocantes y cómo recordaremos sin entusiasmo, gratitud y ternura, la memoria de unos hombres, que a costa de su vida acaban de cerrar la puerta a los peligros que amenazaban la nuestra?

¿Cuál sería al presente nuestra situación, si cambiada la suerte de las armas, hubiese triunfado el sangriento pabellón de los tiranos? Ruinas, cadáveres y sangre serían quizá el único vestigio por donde se pudiese hoy conocer el espacio que ocupaba en el globo la heroica ciudad de Tucumán; y acaso el ronco sonido de las cadenas mezclado con el eco fúnebre de las lágrimas hubiese ya llegado hasta los confines meridionales de la provincia de Córdoba, poniendo en

un amargo conflicto a las legiones del norte y abrumando el celo de esta capital con nuevos cuidados y fatigas, capaces de producir una incertidumbre decisiva.

.....

Cada día con dobles necesidades y menos recursos, con más angustias que esperanzas y sin otro auxilio que el que debe esperar de sí mismo un pueblo aislado, ¿quién de vosotros podría prescindir de una zozobra mortal, de una inquietud continua y de una pavorosa expectación de los últimos sucesos? Y si por una especial providencia del Eterno, las armas de la patria han puesto a los opresores en la necesidad de rendir la espada, ¿perderemos el fruto de una acción tan gloriosa, sofocaremos el calor de la sangre que ha costado y limitaremos nuestra gratitud a una admiración estéril de unos héroes que han muerto por la libertad? No, ciudadanos; no: el medio más propio de honrar su memoria, de corresponder a sus sacrificios y de indemnizar sus pérdidas, por decirlo así, es proclamar y sostener la independencia del Sud. Si éste ha sido el único y gran móvil de nuestros ilustres guerreros del Tucumán, también es justo sea el supremo término de nuestros esfuerzos. Un abreviado ensayo sobre las tiernas emociones que acompañaron su última agonía, acabará de fijar nuestra conducta.

Cuando me traslado a ese terrible y glorioso campo de batalla, me parece, ciudadanos, que veo a cada uno de los que expiran, contemplar sus heridas con transporte, es decir, en su corazón, antes de entregar el espíritu: ¡Oh, patria mía! yo no lloro otra desgracia en este momento que la de no poder morir más de una vez en vuestro obsequio; y sólo siento que la posteridad a quien consagro mi existencia, no utilice acaso

la sangre que acabo de derramar por su salud, desviándose del objeto que me ha impelido a renunciar la ternura de mi familia, prevenir un golpe que la naturaleza aún no quería descargar y ser víctima de mi propio celo antes que la tiranía inmolarase mis justas esperanzas. ¡Oh, pueblo americano! ¿Qué gloria me resultaría del sacrificio de mi vida, si él no contribuyese a asegurar vuestra libertad? ¿Y cómo podríais justificarnos delante del universo, si después de haberme impuesto la dura ley de derramar mi sangre, no os aprovecháseis de ella y permitiéseis por vuestra indolencia o apatía, que mis cenizas fuesen testigos de la ruina de mi patria y sirviesen como de trofeos al nuevo déspota que se exaltase?

Ciudadanos: éste fué probablemente el clamor y el sentimiento de los defensores de Tucumán, cuando vieron ya la muerte pendiente sobre su cabeza y abierto el templo de la fama, donde descansarían los héroes de la libertad. Sed sensibles a una insinuación tan conforme a vuestros intereses y proclamad a la faz de los tiranos el sufragio universal de vuestros deseos. Jurad la independencia, sostenedla con vuestra sangre, enarbolad su pabellón y éstas serán las exequias más dignas de los mártires del Tucumán.

Bernardo Monteagudo

POESIA

El Porvenir

I

¡Visión del porvenir! Nube de gloria
que en el confín lejano te levantas
que flotas como enseña de combate
y alumbras y perfumas como el alba.

¡Visión del porvenir! Dulce sirena,
que en el silencio de la noche cantas
los himnos de la mar cuando despierta
estremecida en brazos de la playa.

¡Visión del porvenir! Pálida estrella,
hermana del misterio, que desatas
los rayos de la fe, gotas de vida
en los lóbregos senos de mi alma!

Tú que pasaste rápida a mi vista
En los alegres días de la infancia,
que enjugaste la lágrima de fuego
que surcaba mi rostro en la desgracia;

Tú que al lanzarme en la revuelta arena
me hablaste de la gloria y la esperanza,
y al caer en la lucha del destino
retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir a la empinada altura
ven a prestarme tus potentes alas,
aquellas alas con que el genio suele
trepar de Dios a la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
para ascender a la áspera montaña,
para colgar el nido de mis sueños
en las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
donde otra vez relampagueó su llama;
¡visión del porvenir! dame tu mano,
quiero seguir las huellas de tu planta.

II

Ya estoy sobre la cumbre solitaria,
la cumbre que soñé con loco anhelo;
ante este altar gigante de granito
 voy a alzar mi plegaria,
que en alas de huracán subirá al cielo;
a cantar a la patria y a la gloria,
 a Dios y al infinito!
y al compás del torrente que desciende
 con paso soberano,
a preludiar los salmos del profeta
que oirá el cóndor, mi hermano!

¡Ya estoy sobre la cumbre! Como ruedan
los ríos por las ásperas laderas,
lágrimas del abismo que recogen
en su seno temblando las praderas;
veo rodar los años y los hombres
que siguen como séquito de gloria,
rasgando los harapos de sus nombres
el ataúd gigante de la historia.

Allá van en vorágine espantosa
apóstatas, verdugos y tiranos;
la libertad, arcángel del futuro,
les marca con su espada luminosa;
 los pueblos soberanos
 se lanzan a la arena,
teñida con la sangre de los bravos,
y forjan con fragmentos de cadena
el hierro vengador de los esclavos!

¡Allá van! Opresores de la tierra,
 vencidos de la idea,
fantasmas de la noche de la historia
que un nuevo sol clarea!
¡Se alejan! como nubes apiñadas
que arrastra el huracán sobre la esfera
cuando desata en la extensión vacía
su negra y polvorosa cabellera!

Apóstatas, verdugos y tiranos
que hicieron al derecho dura guerra,
van a dormir el sueño del olvido
envueltos en su sábana de tierra!
 y la palabra viva,
el verbo de la fe republicana,
 anunciará a los orbes
que asoma en el Oriente la mañana
de paz y libertad, y que terminan
 las bárbaras peleas
y se abrazan las razas redimidas
sobre el sagrado altar de las ideas!
Un pueblo va adelante en el tumulto
de la cruzada audaz; un pueblo grande
a quien dió Dios la Pampa por alfombra
 y por dosel el Ande!

Espejo son de su gigante talla
 los ríos como mares,
y marcos del cristal de sus corrientes
las frondas de las selvas seculares!

Brilla en su frente el sello prodigioso
de la elección de Dios; tiene en su seno
el afán infinito del progreso,
el amor del ideal, la fe del bueno!

 Infatigable avanza
en pos de sus destinos soberanos,
viajero de inmortales esperanzas,
da a los pueblos el ósculo de alianza,
y los saluda en el derecho hermanos!

No hay freno a sus antojos
ni valla a su ambición; ámbito inmenso
descorre el porvenir ante sus ojos;
le da la gloria embriagador incienso,
 y postrados de hinojos
los déspotas del mundo ante su planta
 reniegan del pasado,
y en vez de maldecirlos, los levanta
por la fe y el amor transfigurados.

¡Es mi patria! ¡mi patria! Yo la veo
a vanguardia de un mundo redimido,
de un mundo por tres siglos amarrado
que cual bajel en mar desconocido
rompiendo las cadenas del pasado,
 se lanza con audacia,
cargado de celestes esperanzas,
al puerto de la santa democracia!
Es su bandera aquella que flamea

en las rocas del Cabo seculares,
la que lleva a una raza esclavizada
la luz de libertad de sus altares;
la que preside el colosal concierto
de la conciencia humana emancipada
mientras rueda a sus pies el tronco yerto
del fanatismo vil, que en hora impía
la mantuvo en sus brazos sofocada!

III

¡Visión del porvenir! ¡Débil mi acento
cantar no puede lo que siente el alma!
¡Yo soy el ave que a gemir se atreve
entre la ronca voz de la borrasca!

¡Dios sólo sabe si podré algún día
trepar las cumbres y pulsar el arpa!
¡Me falta voz, pero me sobra aliento,
¡Oh! ¡quién tuviera tus potentes alas!

Olegario V. Andrade

Claridad triunfante

Tan tenue, que al principio casi es una neblina,
cobra el alba un misterio de perla submarina.
En la fronda, los pájaros, cual si tuvieran frío,
bajo el ala encapuchada la timidez del pío;
que así, a la gloria próxima del lírico derroche,
renacen del inmenso huevo azul de la noche.
Un misterioso aliento de aroma y de frescura,
conmueve lo profundo de la arboleda obscura.

En el cielo que aclara, todavía incoloro,
la soñolienta aurora despeina un bucle de oro;
y en el pincel del álamo anima el toque rosa
con que va iluminando su acuarela graciosa,

El humilde sendero que en los campos se pierde,
agrandando un mundo hermoso tras la colina verde.
Y la aventura, al soplo matinal se embandera,
con gallardo alborozo de nave delantera.
Tallando en oro fútil cada guijarro agudo,
el arroyuelo ríe como un niño desnudo.
Con pueril fruslería, la alegría, en los trinos,
tritura innumerables palitos cristalinos;
que ya el nocturno huevo, roto en su arrebol,
ha vertido la ardiente yema de oro del sol.

La tierra, en su rugoso vigor de diosa agreste,
se abreva de rocío con ebriedad celeste.
Es la sagrada hora del alma que confía.
Con solidez de puro diamante, el nuevo día
le cimenta la honrada seguridad del bien.
La verdad es la recia viga de su sostén.
La claridad extática, en el azul ambiente,
como el agua en el vaso, tiembla ligeramente.
El silencio que triunfa, magnífico y profundo,
es la grave armonía que está cantando el mundo.
Ya ni un rumor lejano la serenidad quiebra
Sólo de cuando en cuando, con son viril celebra
en la cerviz de hierro del yunque, el sano afán,
la gloria del buen hombre que se gana su pan.

Leopoldo Lugones

Canción de primavera

Oíd... Cantemos en estas quintas
que el sol decora de rojas tintas
con alma y vida nuestra canción,
la que saluda cielos y auroras,
la que ha encantado las trilladoras
y ofrece al trigo su bendición.

Cantemos todos, juntos y ufanos,
esta gloriosa canción de hermanos
que en las entrañas siento latir;
porque con ella va el pensamiento,
porque es la savia del sentimiento,
y arde en amores del porvenir...

Por estos campos de fuerza viva
que hoy la codicia voraz cultiva,
bien para unos, para otros mal,
cruzaba el rudo potro salvaje,
vibraba el canto del paisanaje,
soplaba un libre viento inmortal.

Bajo estos árboles de augusta fronda,
que el tiempo a triste desprecio entrega,
y yo, de niño, miré crecer,
soñó otros mundos la Pampa honda,
con la guitarra de Santos Vega
y el alma virgen del buen ayer.

¡Campos que hoy sienten la fuerza amiga!
¿Quiénes les hacen brotar la espiga?
¿Quién les ha dado todo el calor?

La voz del viento dice: —“¡ Vosotros,
que habéis sembrado para los otros
y habéis tenido sólo el dolor!

¿Quién de la burda camisa rota,
pobre bombacha, doliente bota,
dejó en la tierra su juventud?
“Vosotros — clama la voz del viento, —
que aunque habéis sido luz del momento
no tenéis premios a la virtud! . . .”.

Labrad la tierra con energía
fuertes gañanes que al fin del día
caéis rendidos en el galpón . . .
Labrad la tierra, pero sed bravos;
no hagáis lo mismo que los esclavos,
que se olvidaban del corazón.

Rieguen la tierra vuestros empeños,
abrid el surco para los dueños
que sus castillos alzando van;
pero que nunca dobléis la frente:
sed siempre altivos, tened presente
lo que se sufre ganando el pan . . .

Y si en la noche de una derrota,
con la flotante camisa rota,
buscáis el techo del buen señor
para pedirle su pan y abrigo,
decid: “¡Nosotros somos el trigo,
somos la vida, somos la flor! . . .”.

Flor de esperanza que el astro baña
sobre los triunfos de la campaña
que el brazo fuerte supo alcanzar . . .

¡No te pedimos, señor, favores!
¡La hemos regado con los sudores
de nuestra frente, para sembrar!

Dadnos a todos la franca mano,
sed nuestro amigo, sed nuestro hermano,
y haya armonía siempre, señor...
Que ya no quiere sombras la tierra:
¡por tus dominios cruza la guerra
y aquí en nosotros canta el amor!

José de Maturana

At home

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud;
si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también: ¡fiel compañera!
y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reune y nos escuda,
quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la briza,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio,
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid;
nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia:
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber; en ella
el despotismo estúpido se estrella:
¡la patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo,
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
• ¡Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,

la venerada humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo en él, y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigid una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sién,
lentos de paz, radiantes de armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
¡Latió en su pecho un corazón honrado,
no fué un prócer, fué más: ¡hombre de bien!...

Carlos Guido y Spano

En el hogar

En el fondo de antigua chimenea,
entre rojas y azules llamaradas,
el negro trozo de carbón chispea,
y de su luz los rayos inseguros,
al desplegar las alas encantadas,
luchan y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,
sobre una piel de tigre acurrucado
y hundida en la penumbra la cabeza,
duerme mi perro fiel, el noble amigo
que, en otras partes, encontré a mi lado
pronto a gozar o a padecer conmigo.

Fuera, la lluvia, con furor, azota
el cerrado cristal de la ventana,
y en su murmullo, el inconstante viento,

en una triste y quejumbrosa nota,
de la arboleda o de la mar lejana
traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego sentado, con el brío
y el entusiasmo de la edad primera,
yo dejo errar el pensamiento mío
a los caprichos de cualquier quimera;

Y enjambres de doradas mariposas,
que a los rayos de un sol de primavera
en torno giran de las frescas rosas,
dulces ensueños de mi amor de niño
vuelven, como antes, a cercar mi vida,
y otra vez en mi alma entristecida
se abre la flor de mi primer cariño.

¿No la véis?... ¡Es mi madre! Sonriente,
sentada al borde de mi tierna cuna,
próspera y grande sueña mi fortuna
y el labio imprime en mi dormida frente:
y luego, al verme despertar, su canto,
une, feliz, a la oración sencilla,
y en su semblante candoroso brilla
de su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! ¡Bastas
para llenar mi corazón entero!
Mas, cual las aves en el roto alero,
otras visiones, como aquéllas, castas,
también se albergan en la mente mía,
y cuando el labio con afán las nombra,
cantando salen a la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra
donde rodaba, en inocente juego,
bajo el ombú, de centenaria sombra,
o donde acaso, en mi infantil locura,
soñé, ofuscado por orgullo ciego,
alzar babeles y escalar la altura;

El mueblaje, el retrato suspendido
de la vieja pared; el alfabeto
con balbuciente rapidez leído;
todos son trozos de mi pobre historia,
y a todo está mi corazón sujeto
por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano
el grito de dolor o de victoria
que lanza el hombre al agitarse en vano.
Todo la paz de la virtud respira,
todo al inquieto corazón serena,
y el alma libre, cual gigante lira,
a cada soplo del recuerdo suena.

¡Aun no concibo como pude, lleno
de engañosa ambición, dejar un día
paterna casa, tu inviolado seno,
de tus amores el calor fecundo,
y todo cuanto en la niñez me hacía
amar a Dios y bendecir el mundo!

¡Cara pagué mi ingratitud! Mi frente
a los golpes cedió de los pesares,
mis fuerzas se extinguieron lentamente,
y mi ardorosa juventud, vencida,

cual rota barca en agitados mares,
sola y sin rumbo atravesó la vida.

Pero ¡qué importa! Del paterno techo
otra vez a la sombra me reposo,
y junto a todo lo que amé, dichoso
como antes, vuelve a palpitar mi pecho.

¡Nada ha cambiado! Siempre la fragancia
de los días risueños de mi infancia,
como perfume de marchitas rosas,
impregna el aire de mi humilde estancia;
y hasta en el polvo del sillón ajado,
de aquellos tiempos y de aquellas cosas
algún recuerdo me dejó el pasado.

¡Ah! cuando venga, enamorada, un día
la tierna virgen de mis sueños de oro
a ser mitad de la existencia mía,
dadle también, en armonioso coro,
dulces objetos en que vivo preso;
dadles, felices, el triunfal saludo,
mientras se pose mi anhelante beso,
como ave fiel, sobre su labio mudo!

Sólo ella falta a mi ventura
para que eterna y sin rival se crea,
y ella vendrá, como la lumbre pura
de un nuevo sol, a iluminar mi paso,
a ser el molde de mi propia idea
y el dulce asilo de mi triste ocaso.

Quizás entonces, si otra vez, rendido,
sin fe en el cielo, con el alma fría,
torno ¡oh mi hogar! a tu caliente nido,
pueda como hoy, en tu feliz sosiego,
soñar las glorias de distante día
junto a la luz del moribundo fuego.

Domingo D. Martinto

Canción de la adolescencia

¡Oh, la senda, la senda del huerto
del huerto soñado!
Sí. Tomamos con paso inexperto
el camino del huerto encantado.

Prometido nos fué gran tesoro
entre dichas de inmensa quimera,
y además de la dicha y del oro
tus mil gracias de amor, primavera.

Pero dije de pronto: No puedo...
ya de pie en el umbral de la casa.
Fué la sombra de un pálido miedo.
Es que un hálito lúgubre pasa.

Cierto, amigos, No puedo... decía.
Pero luego, con manos ansiosas,
yo también con vosotros corría
al jardín de las trágicas rosas.

Y corrimos al sol de la gloria,
y yo oía esta voz del destino:
¡Oh, gran dicha! No tienes memoria...
¡Goza, goza! Tu sangre es tu vino.

¡Mira allá los racimos oscuros!
Dormirás de un amor embriagado,
y tus sueños verás muy seguros
a la sombra del huerto encantado.

Anda y corre a tus días más bellos
tras la ninfa que embriaga y no enerva.
Olorosos están sus cabellos;
olorosos de lluvia y de hierba.

¡Anda, goza, muchacho divino!
¡Corre a prisa, que atrás viene el Hado!
Y mañana, borrado el camino,
y el huerto borrado.

—¿Y esta sed? ¿Y esta fiebre en mi boca?
—¡Anda y orla de rosas tu frente!
Anda y sacia tu sed, que está loca,
en el beso, en la miel y en la fuente.

Y mi vida, con estos conjuros,
se perdió en el rumor sosegado
de los grandes follajes oscuros
del camino del huerto encantado.

Arturo Capdevila

El hogar paterno

¡Oh, mis islas amadas, dulce asilo
de mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos talas
donde el boyero me enseñó a cantar!

¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida
en la estrecha ciudad;
para arrojar mi corazón de niño
de las pasiones en el turbio mar? . . .

Como un cisne posado en las riberas
del ancho Paraná,
así, blanco y risueño, se divisa
a la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
que grata sombra dan;
en el cuadro de antiguos paraísos
que, destrozados, no florecen ya;

En las barrancas que hacia el puerto ondulan
y avanzan al canal,
do vela el sueño de gloriosos muertos
la solitaria cruz de ñandubay;
En la hondonada que perfuma el molle
y engalana el chañar;
en el arroyo que las toscas baña;
en ese campo que se extiende allá . . .

Allí está mi pasado, de mi vida
la inocencia y la paz:

allí mi madre me acaricia, niño,
y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente,
tierno beso nos da;
de rodillas oramos; y, en seguida,
puerta franca... ¡la luz, la libertad!
Como bandada de enjaulados pájaros,

por aquí, por allá,
al campo el uno, a la barranca el otro,
nos echábamos todos a volar.

—“Cuidado con los nidos”, nos decía
mi madre, en el umbral;
pero digan horneros y zorzales
si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, a un algarrobo
trepaba el más audaz,
y con los ojos de mil ansias llenos,
esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construído
para vivir y amar,
introducía sus rosados dedos
el pequeño aprendiz de gavilán;

Y, del pico o del ala destrozado,
¡Nunca vista crueldad!
Asiendo los polluelos, uno a uno
los arrojaba con desdén triunfal,

Y era entonces de ver el alboroto
y el bullicioso afán,
de aquel enjambre de inocentes niños
que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
al cárdeno fulgor
que desde el fondo de la Pampa envía,
en sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo,
y alegre confusión,
los juncales rozando de la orilla,
con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,
tendíase a estribor,
y sonreía a la rizada espuma
que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, a la inclinada borda
lanzándose veloz,
entre sus manos victoriosa alzaba
del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,
enviando en derredor
menudas gotas que al caer brillaban
en los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
reía, porque vió,
medrosa hundirse en la corriente un ave
al desusado y repentino son.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
mostraba el mirador
donde mi madre a vigilarnos iba,
gritaban todos a la vez: "¡adiós!" .

¡Oh dulces años! Por entonces era
nuestro goce mayor,
hurtar las flores que en las islas se abren,
y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
y el seibo punzó,
eran ofrendas que mi madre amaba
porque a sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
arrancó el corazón,
si yendo en pos del oropel mundano
el hombre olvida lo que el niño amó!

Rafael Obligado

Cuando tú estabas entre nosotros

Cuando eras joven y firme,
buena moza y bien plantada,
nuestra vida era otra cosa,
¡oh, dulce madre del alma!
¡Qué diferentes los días!
¡Qué diferente la casa!
Todo lo hacían tus manos,

tus manos santas y sabias;
tú nuestro pan amasabas,
tú preparabas el horno,
siempre alegre siempre ufana;
tú zurcías nuestras medias
de noche, junto a la lámpara;
eras tú la primerita
en levantarse en la casa,
—yo oía a veces tus pasos
obscura aún la mañana—
y la lámpara, en la noche,
eras tú quien la apagaba.

Fuiste luego envejeciendo,
pero, así todo, la casa
era la misma, la misma
que tus manos arreglaban.

La madeja de tu pelo
de negra tornóse blanca;
ya llevabas, madre mía,
medio siglo en las espaldas,
y sin embargo seguías
en la dura brega diaria
como en los tiempos aquellos
en que eras joven y guapa.

Luego el mal terrible y hondo
que te quitó la palabra,
que dejó duros tus miembros
que fueron de seda y ascuas;
pero así, desde tu silla;
pero así, desde tu cama

gobernabas con los ojos
los quehaceres de la casa.

¡Madre, no tenías voz,
pero tus ojos hablaban!
¡Madre, no tenías voz,
pero tus hondas miradas
con su pena o su alegría
llenaban toda la casa!

¡Ahora ni eso siquiera
nos queda, madre del alma!
¡Y de todo lo que había
y de todos los que estaban
junto a tí, cuando vivías,
ya lo ves, no queda nada!

¡Al irte tú para siempre
se deshizo nuestra casa!

Alfredo R. Bufano

El festín

Noche es el vasto horizonte,
noche el aire, cielo y tierra,
parece haber apiñado
el genio de las tinieblas,
para algún misterio inmundano
sobre la llanura inmensa,
la lóbreguez del abismo
donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,
por entre las sombras negras,
los espíritus foletos
con viva luz reverberan,
se disipan, reaparecen,
vienen, van, brillan, se alejan,
mientras el insecto chilla,
y en fachinales o cuevas
los nocturnos animales
con triste aullido se quejan.

La tribu aleve entre tanto,
allá en la pampa desierta,
donde el cristiano atrevido
jamás stampa la huella,
ha reprimido del bruto
la estrepitosa carrera;
y campo tiene fecundo.

Al pie de una loma extensa,
lugar hermoso do a veces
sus tolderías asienta,
feliz la maloca ha sido;
rica y de estima la presa
que arrebató a los cristianos:
caballos, potros y yeguas,
bienes que en su vida errante
ella más que el oro aprecia;
muchedumbre de cautivas,
todas jóvenes y bellas.

Sus caballos, en manadas,
pacen la fragante yerba;

y al lazo algunos prendidos,
a la pica, o la manea,
de sus indolentes amos
el grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
que charla ufana y hambrienta,
atada entre cuatro lanzas
como víctima en reserva,
noble espíritu valiente
mira vacilar su estrella;
al paso que su infortunio,
sin esperanza, lamentan,
rememorando su hogar,
los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo
cuatro extendidas hogueras,
cuyas vivas llamaradas,
irradiando, colorean
el tenebroso recinto
donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
unos lo atizan y ceban;
otros la jugosa carne
al rescoldo o llama tuestan.
Aquél come, este destriza,
más allá alguno degüella
con afilado cuchillo
la yegua al lazo sujeta,
y a la boca de la herida,
por donde ronca y resuella,
y a borbollones arroja
la caliente sangre fuera,

en pie, trémula y convulsa,
dos o tres indios se pegan,
como sedientos vampiros,
sorben, chupan, saborean
la sangre, haciendo murmullo
y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
y se desploma la yegua
con aplauso de las indias
que a descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
con viva luz las hogueras;
sopla el viento en la pampa
y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
cuando el hambre está repleta,
sigue el cordial regocijo,
el beberaje y la gresca
que apetecen los varones,
y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
en grandes vacías echan,
y, tendidos de barriga,
en derredor, la cabeza
meten sedientos, y apuran
el apetecido néctar,
que bien pronto los convierte
en abominables fieras.
Cuando algún indio medio ebrio
tenaz, metiendo la lengua,
sigue en la preciosa fuente,
y beber también no deja
a los que aguijan furiosos;

otro viene; de las piernas
lo agarra, tira y arrastra
y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, ríe, canta,
y al regocijo sin rienda
se da la tribu: aquel ebrio
se levanta, bambolea,
a plomo cae, y gruñendo
como animal se revuelca.
Este chilla, algunos lloran,
y otros a beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
la embriaguez se enseñorea
y hace andar en remolinos
sus delirantes cabezas.
Entonces empieza el bullicio,
y la algazara tremenda,
el infernal alarido
y las voces lastimeras,
mientras sin alivio lloran
las cautivas miserables,
y los ternezuelos niños
al ver llorar a sus madres.
Las hogueras entretanto
en la obscuridad flamean,
y a los pintados semblantes
y a las largas cabelleras
de aquellos indios beodos
da su vislumbre siniestra
colorido tan extraño,
traza tan horrible y fea,
que parecen del abismo
precita, inmunda ralea,

entregada al torpe gozo
de la sabática fiesta.
Todos en silencio escuchan:
una voz entona recia
las heroicas alabanzas,
y los cantos de la guerra.

Esteban Echeverría

El gaucho

El espíritu del hombre
su tierra natal refleja;
cada rasgo de su índole
un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo transparente
de suavísima belleza,
donde la noche sublime
tiende su manto de estrellas;
sobre una planicie virgen,
siempre verde, siempre inmensa,
siempre inmóvil y desnuda,
siempre callada y desierta;
entre un aire que perfuma
la primitiva pureza
y templa el plácido rayo
de inmutable primavera;
sin más Dios y sin más ley
que su albedrío y su fuerza,
sin más tesoro visible
que su caballo y sus prendas,

rey de todo lo creado,
sobre la llanura eterna,
errante, solo y sombrío
el **gaucho** su vida lleva.

Siempre el desierto a sus ojos
su plan infinito muestra,
donde el **ombú** solitario
se empina de legua en legua;
siempre aquel mismo horizonte
donde el sol tan solo llega,
siempre el mismo panorama
de adormecida belleza,
siempre aquella inmensidad,
cielo, cielo, tierra, tierra:
inmensidad que dilata
el corazón que serena
y en cada respiro el aire
le transmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
que su espíritu refleja,
cuando con la luz del alba
como el pájaro, despierta,
y al galope del caballo
las llanuras atraviesa
al compás de las pisadas
cantando amorosa **décima**.

Aquella es la impresión última
de la silenciosa vuelta,
cuando el fúnebre crepúsculo
de la tarde le rodea,

y ya cediendo al suave
cansancio de su faena
y al desmayo misterioso
que el sol al hundirse deja,
torna callado y tranquilo,
más sensible el alma lleva
concentrada en el abismo
de su memoria secreta,
o el cuadro de la mañana
mirando con gracia nueva,
cernido en la media lumbre
del día y de las estrellas.

Así respira su alma
la misteriosa tristeza
que está esparcida en el aire
y está arraigada en la tierra;
la soledad y el silencio
de pensamientos la llenan,
y concentrada en sí misma
su mundo incrusta y refleja
Mundo de pasiones vírgenes
como la naturaleza,
que en el corazón palpita
bajo esa calma sin tregua:
mundo de nobles instintos
que el sentimiento gobierna,
porque es sentimiento todo
cuanto el corazón encierra;
sentimiento que en lo íntimo
de la vida se aposenta

y que el pensamiento educa
y agranda y ahonda en ella;
por eso en sus horas tristes
cada gaucho es un poeta,
poeta que canta trovas
de misteriosa cadencia
en las que lleva una lágrima
cada pie de cada **décima**,
sin más arte que su alma
que en la soledad le enseña
a sentir lo que retrata
y a retratar lo que siente;
¡arte que escribió con llanto
las trovas de Santos Vega!

Espíritu concentrado
de extraña naturaleza,
con la malicia del mundo
en su salvaje inocencia,
porque da la inspiración
la llave del alma ajena.
Espíritu que se basta
fiado en su sola fuerza,
en el dolor y en la dicha,
en la calma y la tormenta.

Corazón valiente y noble
ni provoca ni tolera,
que en sí a respetar aprende
el valor y la nobleza;
impenetrable y callado
doquier estampa su huella,

voluntad y sentimiento
su extraño porte refleja,
porque en la expresión sombría
de su semblante les lleva:
rastros de un alma profunda
que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
lanzada en la noble senda,
y en la pendiente del crimen
sabe de hierro volverla,
que la pasión que la absorbe
se extiende y confunde en ella,
como en su pampa salvaje
la sombra de la tormenta.

Ese es el **gaucho** de raza
que las soledades puebla,
rey de todo lo creado
sobre la llanura inmensa;
ese es el ser misterioso
que aislado y mudo contempla
en el palacio de Roca
la agitación de la fiesta.
El corazón de aquel hombre
una tempestad encierra;
pero ¿qué espíritu alcanza
al fondo del alma ajena?
Una misma es la sonrisa
que imprimen todas las penas,
y siempre a través del velo
de amargura que hay en ella,

el ojo audaz que a estudiarla
adelanta más de cerca,
tan solo una maldición
a medio formarse encuentra.

Ricardo Gutiérrez

A mi caballo

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?

¿Has llorado por mí, cuando otra mano
limpia el polvo a la crin de tus melenas?
¿Recibes las caricias siempre ufano?
¿Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos,
esclavo el corazón sus hijas dejan.

Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,
y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana...

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
cuando llegando a la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblada, que mentía?

Ya del Oriente el resplandor velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba,
el pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto
mi ser me pareció: tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
que en mi inocente corazón nacía,
y a mi joven incauta inexperiencia
placeres y deleites prometía.

¡Placer! ¡Deleite! Espinas y dolores
sólo encontré cuando clavé los ojos
en los de una mujer, tan seductores,
que alfombra hizo a su pie de mis despojos.

¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
la vez primera que el amor sentimos,
cuando está el corazón en primavera,
y al sol de las pasiones nos abrimos.

La idolatré y hasta la estampa leve
besé de sus pisadas vagorosas
sobre la hierba de la senda breve,
formada de jazmines y de rosas;

y en el aroma de mi patrio río
cuando ella entre las bellas argentinas,
en las auroras dulces del estío
se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
más de una vez has inundado el seno
de otro alazán fogoso y diligente,
con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas a las tuyas confundidas
se vieron muchas veces en la arena,
cuando en voces del alma desprendidas
conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
por mi amada en los campos preferidos;
y el paso redoblabas placentero
de mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez, desde tu inquieta espalda
de flores despoblé la enredadera
para adornar su sien de una guirnalda
que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas
puesto ya el sol, su calle y su ventana,
e inclinando la frente te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! Del pobre desterrado,
en el variable pecho de la bella,
no hay ni un recuerdo del amor pasado,
ni en sus paternos campos una huella.

Juan María Gutiérrez

Canción de los retoños

El padre de los vientos, las nieblas y la escarcha,
se aleja a sus dominios: las gélidas regiones
del Bóreas, conducido por roncós áquilonés
que rápidos lo llevan con impetuosa marcha,
al padre de los vientos, las nieblas y la escarcha.

La virgen Primavera rimando sus canciones
se acerca entre gorjeos y palpitantes alas,
y tiende sobre el mundo la gloria de sus galas,
y puebla los cerebros de mágicas visiones,
la virgen Primavera rimando sus canciones.

La sangre de las flores en el floral imperio
se agita fecundante; se entreabren las corolas,
los prados se constelan de lirios y amapolas,
y canta de los castos amores el misterio,
la sangre de las flores en el floral imperio.

En olas de perfumes revientan los capullos,
y ofrecen a los Silfos sus senos virginales
las flores que celebran sus regios esponsales
con lánguidos suspiros, y místicos murmullos,
en olas de perfumes revientan los capullos.

El agua del arroyo, cubierta ayer de hielo,
entre floridas márgenes con músicas se aleja;
espejo de las ninfas, que límpido refleja
la esplendidez del día, la majestad del cielo,
es el arroyo claro cubierto ayer de hielo.

Huyeron las tristezas al tenebroso Bórea,
y han vuelto con las rosas las golondrinas rápidas;
todo sonrío. — ¿Todo? — Bajo las tristes lápidas
duermen las blancas vírgenes en rigidez marmórea,
frías como los témpanos del tenebroso Bórea.

¡Oh Primavera! — sólo con trepadoras hiedras
el olvido engalana los sepulcros desiertos;
mas, sírvannos tus galas para ofrendar los muertos,
y ornemos con tus flores las sepulcrales piedras
do sólo hay parietarias y trepadoras hiedras.

Carlos Ortiz

Martín Fierro

Ninguno me hable de penas
porque yo penando vivo —
y naide se muestre altivo
aunque en el estribo esté,
que suele quedarse a pie
el gaucho más alvertido.

Junta **esperencia** en la vida
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto;
porque nada enseña tanto
como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
cuartiándolo la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan
las desgracias a empujones;
¡Jué pucha! que trae **liciones**
el tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía,
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
cómo pasaba los días.

Entonces... cuando el lucero
brillaba en el cielo santo,
cuando el gallo con su canto
la madrugada anunciaba,
a la cocina rumbiaba
el gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al **jogón**
a esperar que venga el día,
al cimarrón se prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar,
y las gallinas a **apiarse**,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
se sale el otro cantado,
uno busca pellón blando,
éste un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman desde el palenque.

El que era **pión** domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal
bufidos que se las **pela** . . .
Y más malo que su **agüela**
se hacía astilla el bagual.

Y allí el gaucho inteligente,
en cuanto al potro enriendó,
los cueros le acomodó,
y se le sentó en seguida,
que el hombre muestra en la vida,
la astucia que Dios le dió.

Y en las playas **corcobiando**
pedazos se hacía el **sotreta**,
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas,
y al ruido de las caronas
salía haciendo gambetas.

¡Ah, tiempos!... era un orgullo
ver **ginetear** un paisano,
cuando era gaucho baquiano
aunque el potro se boliase
no había uno que no parase
con el **cabresto** en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y así, sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche
en la cocina reunidos
con el juego bien prendidos
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos,
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno,
era cosa superior
irse en brazos del amor
a dormir como la gente,
pa empezar al día siguiente
las faenas del día anterior.

¡**Ricuerdo!**... ¡Qué maravilla!
Cómo andaba la gauchada,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo...
pero al presente... ¡**barajo!**
no se le ve de **aporriada**.

El gaucho más infeliz
tenía tropa de un pelo,
no le faltaba consuelo
y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista,
sólo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!
tanto gaucho pialador
y **tironiador sin yel.**
¡Ah, tiempos!... pero si en él
se ha visto tanto primor!

Aquello no era trabajo,
más bien era una **junción,**
y después de un **güen** tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Vivía la **mamajuana**
siempre bajo la carreta,
y aquel que no era **chancleta**
en cuanto el **goyete** vía
sin miedo se le prendía
como **güérfano** a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban
cuando estábamos reunidos!
Siempre íbamos prevenidos
pues, en tales ocasiones,
a ayudarles a los **piones**
caiban muchos comedidos.

Eran los días de apuro
y alboroto **pa** el hembraje,
pa preparar los potajes
y **osequiar** bien a la gente,
y **ansí**, pues, muy grandemente,
pasaba siempre el gauchaje.

Venía carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada,
los pasteles y **güen** vino...
Pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
con toda seguridá;
pero **aura**... barbaridá!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en **juir** de la autoridá,

Pues si usté pisa en su rancho
y si el alcalde lo sabe,
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que no se acabe
ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
si el alcalde lo bolea,
pues áhi no más se le apea
con una **felpa** de palos,
y después dicen que es malo
el gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes,
y le rompen la cabeza,
y luego con ligereza
ansí lastimao y todo,
lo amarran codo con codo
y **pa** el cepo lo **enderiezan**.

Ahí comienzan sus desgracias,
ahí principia el pericón;
porque ya no hay salvación,
y que usted quiera o no quiera,
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
lo **mesmo** que los de tantos.
Si gustan... en otros cantos
les diré lo que he sufrido:
después que uno está perdido
no lo salvan ni los santos.

José Hernández

El cigarro

En la cresta de una loma
se alza un ombú corpulento,
que alumbra el sol cuando asoma
y bate, si sopla, el viento.

Bajo sus ramas se esconde
un rancho de paja y barro,
mansión pacífica, donde
fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
y con labios casi yertos:
—¡Feliz, dice, quien respira
el aire de los desiertos!

“Puedo al fin, aunque en la fuente
aplaque mi sed sin jarro,
entre mi prole inocente
fumar en paz mi cigarro.

“Que os mire crecer contentos
el ombú de vuestro abuelo,
tan libres como los vientos
y sin más Dios que el del cielo.

“Tocar vuestra mano tema
del rico el dorado carro:
a quien lo toca, hijos, quema
como el fuego del cigarro.

“No siempre movió en mi frente
el pampero fría cana;
el mirar mío fué ardiente,
mi tez rugosa, lozana.

“La fama en tierras ajenas
me aclamó noble y bizarro;
pero ¿ya qué soy? Apenas
la ceniza de un cigarro.

“Por la patria fuí soldado,
y seguí nuestras banderas
hasta el campo ensangrentado
de las altas cordilleras.

“Aun mi huella está grabada
en la tumba de Pizarro.
Pero ¿qué es la gloria? Nada;
es el humo de un cigarro.

“¿Qué me dejan de sus huellas
la grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
los abrojos por las flores.

“La patria, al que ha perecido
desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
el pucho de mi cigarro.

“Las horas vivid sencillas
sin correr tras la tormenta:
no dobléis vuestras rodillas
sino al Dios que nos alienta.

“No habita la paz más casa
que el rancho de paja y barro;
gozadla que todo pasa,
y el hombre, como un cigarro”.

Florencio Balcarce

A una moza

Asombrado me tienes, Pancha mía,
con tu charlar eterno y portentoso,
ese habladero cruel tan afanoso
que toca en los extremos de manía.

Hablas, mi Pancha; hablas noche y día,
ora agitada estés, ora en reposo;
así tu labio nunca está mohoso
y tu lengua jamás con perlesía.

¡Prodigioso charlar! Si la escultura
el busto de un locuaz hacer quisiera,
¿qué original mejor que tu figura?

Entonces con asombro el mundo viera
que hasta el sólido mármol, ¡cosa rara!
por ser tu copia, sin cesar charlara.

Fray Cayetano José Rodríguez

El cedro

Yo, con mis propios brazos cavé el pozo,
yo, con mis propias manos planté el cedro.

Y pasarán los años y los años,
siempre tendrá la planta gajos nuevos,

Y pasarán los años y los años,
y el cedro sin cesar irá creciendo.

Y pasarán los años y los años,
y el cedro estará aún joven y yo viejo.

Y en la paz del hogar, si lo consigo,
al familiar amparo del alero,
en mi chochez ingenua de hombre anciano
contaré sin reposo el mismo cuento:
“yo, con mis propios brazos cavé el pozo”
“yo, con mis propias manos planté el cedro”.

Y pasarán los años y los años,
y "alguien" quizá repita en su recuerdo:
"El" con sus propios brazos cavó el pozo,
"El" con sus propias manos plantó el cedro".

Mario Bravo

Un viejo

Junto a sus muchos años
florecía mi infancia,
como al pie de un gran roble
una florcita blanca.
Aun veo su figura,
trataré de evocarla.
Perfectamente limpia
la vestimenta parda;
los zapatos holgados
y la boina ajustada.
El pelo blanco y corto,
rasurada la barba,
los ojillos muy vivos,
voluntariosas las quijadas,
mucho vida interior
y parco en las palabras.

Muy hombre de su hogar,
cenaba y se acostaba.
¡Nunca le viera el sol
holgándose en la cama!

Los domingos, la iglesia,
y el Concejo, en la plaza.
Tal partida de bolos,
de mús, si se cuadraba.

Era entendido en todo:
jardinero en su casa,
labrador en los campos,
pastor en la montaña.
Era su hacienda mucha,
mas siempre trabajaba.
Conocía al dedillo
las hierbas que sanaban
y componía huesos
por ciencia no estudiada.
Era la fortaleza
aunada con la maña
y si daba consejo,
en su boca delgada
revolaba una abeja
y era entonces la gracia.

Nunca quise apartarse
de su casona aldeana;
amaba demasiado
aquellas piedras agrias,
aquellos ríos broncos,
aquellas nieves cándidas,
los altos trigos rubios,
las eras de esmeralda...

Pastor y labrador
a la manera hidalga,
herbolario, algebrista,

fué padre y patriarca.
Nació, vivió, murió
dentro de un pueblo
y dentro de una raza.

De aquella piedra enorme,
de aquella encina magna,
voláronse los hijos
a tierras ignoradas.
De la paterna fuerza,
de su energía estática,
para andar por la vida
ellos se hicieron alas.

Baldomero Fernández Moreno

Las llamas

Vienen de la Puna donde nunca llueve,
donde por enero brota en los eriales el blanco amancay.
Cruzaron inmensas estepas de sal y de nieve,
hollaron las vegas heladas al pie del Acay.

Coquena las guía, dios de los rebaños,
por la antigua ruta que el Inca trazó;
por donde vinieron, hará dos mil años
los hombres pequeños de junto al Po-Po.

Del alba al ocaso,
los gráciles cuellos erguidos, el porte marcial,
caminan llevando por carga, con rítmico paso,
cada una dos panes de sal.

Sus ojos serenos y oscuros, de enormes pupilas,
miran a la gente como turbadores ojos de mujer;
como si sus almas de bestias tranquilas,
del hombre quisieran los sueños eternos saber.

Sigue de la tropa las trilladas huellas
un collita, que,
como avergonzado de verlas tan bellas,
camina de a pie.

Irán a la aldea del valle sonriente,
traerán de retorno maíz,
y por la quebrada, costeano el torrente,
volverán a su helado país.

Juan Carlos Dávalos

Visión

La bóveda etérea se abrió de repente,
y un genio circuido de luz esplendente
bajó entre vapores de perla y zafir;
y a un nuevo entusiasta doncel argentino,
presagios risueños de fausto destino
con estas palabras le plugo decir:

De gloria inefable ceñiste el lauro,
sagrado misterio del dios de Epidauro,
que sólo al talento las ciencias le dan;
y ocultos secretos del mundo ignorados,
su templo, sus aras y libros sagrados
por siempre a tus ojos abiertos están.

Un astro fulgente que nace en el cielo
del alma y la vida rasgándose el velo
te alumbrá designios que nunca alumbró;
y de artes y ciencias y de hondos misterios,
las présagas voces de genios aéreos
dirante secretos que nadie alcanzó.

Al signo de tu hado se postra la suerte,
tu genio comprende la vida y la muerte,
tus pasos dirige la mano de Dios;
y el llano y el monte y el Plata famoso,
de templos y altares y nombre glorioso
verás algún día cubrirse por vos.

Le dijo: — Y el joven miró en el instante
veladas sus sienas por nube flamante
de nítido nácar y hermoso oropel.

Su frente radiosa brilló como el día,
y de altos designios de genio y poesía
chispearon los ojos del brioso doncel.

Claudio Mamerto Cuenca

La quebrada

Es la hora de paz, cuando la sombra
desciende a la quebrada de la sierra,
obscureciendo su mullida alfombra
de húmedas hojas. Sube de la tierra

Una unción misteriosa de plegaria,
y el rumor melancólico que flota
sobre la sierra solitaria
blandamente se apaga en el silencio de la cima remota.

Bandas de clara luz y sombra verde
ponen las vagas nubes en la faz de los montes,
bajo el sol desmayado, que se pierde
tras ignorados horizontes.

Y en los raros cambiantes que dibuja
la niebla, desgarrada por la tarde infinita,
finge tristezas de cartuja,
escondida en la falda, una casita.

En tanto, las ovejas del aprisco
pasan con rumbo al cerco solariego
que formara de ramas en el risco
la encallecida mano de un labriego...

Pero no son, ni la casita sola,
ni el hato que desciende con su triscado paso,
ni el cuadro vespéral que tornasola
con sus pálidos rayos el ocaso,

Lo que presta inefables emociones
a la quebrada pintoresca,
sino la sombra llena de vagas sugerencias
cuando roza los muros de aquella cima fresca;

Los muros, donde crecen
las begonias con hojas de esmeralda,
a cuya vera alternan y florecen
las margaritas rojas y las aromas gualda;

Los muros donde mecen, en los húmedos trechos,
sus leves abanicos las achiras,
y la palma de helechos
en que la brisa ensaya modulación de risas;

Los muros donde el alma de la noche
se embriaga de jazmines perfumados,
que abren el blanco broche
a los negros ramajes enlazados . . .

Allí baja la sombra, y más oscura
cuando se espesa más en el follaje,
borra la fresca y tropical verdura
que tapiza el paisaje.

Desde la muda falda que coronan
las tipas gigantescas y lejanas,
cuya copa fantástica aprisionan
con amor las lianas,

Hasta el árido fondo de la sima,
donde en cauce de gredas y de rocas
un arroyuelo de novela rima
truncos motivos y palabras locas.

¿Quién interpreta su canción? Modula
voces incomprensibles aquella agua canora . . .
mas si en cauce se estrecha, y al pasar la estrangula,
dijérase que el agua musicalmente llora.

Sobre las areniscas y las peñas
aquella sierpe de agua se desata,
y a la gárrula margen de las breñas
luce más bella que un raudal de plata.

Melódico raudal de ondas exiguas,
matizado de hojas y de espumas,
que tiene de las églogas antiguas
rumores de suspiros, de brisas y de plumas.

Són monótono y tierno
que dispersa en la cima sus rumores,
como el aria monótono y eterno
que en las almas románticas evoca los pasados amores.

Unica voz que tiende
su triste vibración sobre la tierra,
a la hora de paz en que descende
la sombra a la quebrada de la sierra.

Ricardo Rojas

La silla que ahora nadie ocupa

Con la vista clavada sobre la copa,
se halla abstraído el padre desde hace rato;
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque insistentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuando será el regreso de la mamá.

Evaristo Carriego

A Dios

Señor, no te profana
al hablarte de amor mi voz mundana,
porque yo sé que con tu mismo aliento
el fuego enciendes que en mi pecho siento.

La cristalina gota
del llanto matinal sobre las flores;
el pequeñuelo arbusto
besando el mar desde la peña rota;
al espirar el sol, los mil colores
que huyen la noche con su ceño adusto,
de los niños la risa y las congojas;
de las palomas el sentido arrullo;
la música del céfiro en las hojas,
y el cristal de una fuente y su murmullo,
fueran siempre, Señor, al alma mía,
el terso espejo de tu imagen vía:
do mis ojos, Señor, te contemplaran
en tu esencia de amor y de pureza,
como el trueno y el sol me revelaran
tu eminente poder y tu grandeza.

Pero nunca jamás te hallé más bueno,
ni más sublime en débil criatura,
que al sentir en mi seno
este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí, vivo en la vida
de una mujer que a revelarme vino,
la esencia celestial que hay escondida
en cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
en otro corazón sentir sus penas,
y en la leve presión que hace una mano
trasmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
ceder el agua en medio del desierto;
por evitar un ¡ay! darse una vida
y adorar cuanto mira y cuanto toca.
bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
cuando este imán pusiste dentro el seno
que arrastra misterioso
un ser hacia otro ser, de encantos lleno.

Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento:
el calor mismo de tu mismo aliento;
y no a tu grave majestad profana
al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
haz que yo goce en calma
su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
hazla mía no más, sólo con ella,
más te veré, Señor, cuanto más bella
la halle a la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
del alto Paraná, será un Edén,
si allí en mi seno su cabeza hermosa
tiernos mis ojos contemplarla pueden.

Sentada en mis rodillas,
coronada de flores,
en la tarde tranquila y silenciosa
del río en las orillas,
tú escucharás, Señor, nuestros amores
en las voces sentidas
de dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
porque tanto de cielo representa,
que a veces creo que remonta el vuelo
y en ángel o en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;
ella hiere, Señor, con magio encanto
la sensibilidad del alma mía,
como la luna sobre el mar sin olas,
como en el templo el religioso canto,
como en lo espeso de las selvas solas
la música del viento,
el quejido de amor de las palomas
y el penetrante aliento
de las auras besando las aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
allá en mis creaciones de poeta,
cuando de mi alma ardiente
la inspiración secreta
me hiciera imaginar lo que no veía,
en mi ambición de amor y poesía.

Ella no siente sino amor del alma,
y pudorosa y tímida y amante

a mi sensible voz pierde su calma,
pero en su virgen seno,
de sueños de ángel y suspiros lleno,
la flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece,
y en su mismo sufrir su amor se excita,
como abre y enrojece
la rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza
y ángel en su bondad y en su pureza,
aun no comprendo si en mi amor profundo
me vence el cielo o si me vence el mundo.
Sólo sé que contento,
cuando a su lado estoy, más pienso en ella
que en los ardores que en mi pecho siento,
aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores,
dame paz y sosiego,
que a tanto amor son tantos los rigores
que a ti levanto mi sentido ruego.
A ti a quien no profana
al hablarte de amor mi voz mundana,
porque yo sé que con tu mismo aliento
el fuego enciendes que en mi pecho siento.

José Mármol

Ornamental instante

Ornamental instante
vives, Otoño, en tu veloz carrera,
entre el azul de un cielo fulgurante
y el esplendor de una hora pasajera.

Canto, grave arquitecto,
la fugaz maravilla de esta hora
que somete a tu amor de lo perfecto
la sed de destrucción que te devora.

Tu severa opulencia
equilibra la gracia y lo difuso;
tu claridad es toda transparencia
y a proporción reduces lo profuso.

Vas en el laberinto
del bosque umbroso, descubriendo espacio,
y revelando el arco, el fuste, el plinto
de tu fantasmagórico palacio.

Canto la frágil obra
con que afirmas, Otoño, tu cordura,
mientras te impele íntima zozobra
a demoler la inestable arquitectura.

¡Salud, mago bifronte
que en oro y plata acuñas tu moneda
vegetal, para el viaje de Caronte!
La vida es transitoria; el gesto queda...

Rafael Alberto Arrieta

Plegaria

Del mundo en el desierto,
he cruzado, señor, yermas llanuras :
y con el labio seco, el paso incierto,
y de polvo cubierto,
por lecho sólo hallé las piedras duras.

En mi viaje cansado,
no besaron mi frente frescas brisas :
soles abrasadores la han tostado,
y en suelo de cenizas
mis huellas estampadas he dejado.

Nunca lució, Dios mío,
a mis ojos, rosado un horizonte ;
siempre mi cielo me miró sombrío,
como un fantasma el monte,
y como sierpe enfurecida el río.

No halagaron mi oído
con su armonioso canto, aves parleras :
sólo con su fatídico graznido,
bandadas agoreras,
por sobre mí pasando, le han herido.

Ni praderas pintadas
ni arroyos murmurantes, saltadores,
ni selvas de tejidas enramadas,
ni cármenes de flores,
se ofrecieron jamás a mis miradas.

Luce ahora a mis ojos
un esplendente, encantador paisaje:
¡Harto he andado ya por sobre abrojos!
que no sea un miraje,
yo te pido, gran Dios, puesto de hinojos!...

Estanislao del Campo

Imitación de salmos

¡Ay! No vuelvas, Señor, tu rostro airado
a un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
la senda del delito.

Y en ti humilde ¡oh, mi Dios! la vida clavo;
y me aterra tu ceño,
como fija los ojos el esclavo
en la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta la esfera
se alzó mi orgullo ciego,
y cayó aniquilado cual la cera
junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
torpes himnos al viento,
yo estrellaré, Señor, contra una roca
el impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada,
henchida de armonía!
¡Y tú, por el perdón purificada,
levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora
y por el ancho mundo,
cantaré de la diestra vengadora
el poder sin segundo.

Yo cantaré ¡oh, mi Dios! cuanto le plugo
bajo tu amparo y guía,
a Israel acoger, que bajo el yugo
de Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
pusiste fiero espanto,
tembló; tu brazo conoció divino;
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
ancha senda le ofrece;
síguelo Faraón... ¡La mar serena
lo traga y desaparece!

Violó el Jordán y huyó; monte y collados
cual tierno corderillo
saltaron de placer el risco alzado
cual suelto cabritillo.

¡Oh, mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
y a Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte, ¿por qué saltaste?

¡Ante el Dios de Israel tembló la tierra!
Las trompetas sonaron,
púsose el sol, y **Gabdón** se aferra
y los tuyos triunfaron.

Y brotaron, Señor, de piedra dura,
agua en mansa corriente,
y aplacó de tu pueblo su dulzura
allí la sed ardiente.

“Canta Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugó tu lloro:
“Acompañe la cítara tu canto
y el tímpano sonoro”.

Lánzase al hondo mar, con mente ciega
osado el marinero,
y pide al polo el que la mar le niega
ya borrado sendero.

Huye a tu voz el céfiro suave;
y el hondo mar burlando
cruzan los vientos, y la triste nave
combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya descende
al abismo horroroso;
ruge el trueno; veloz el aire hiende
tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
lo miras con ternura,
el vendaval es céfiro; el hinchado
mar, tranquila llanura.

Los tiranos del mundo en liga impía
para el mal se adunaron,
y a la incauta Israel: ¡Dios nos envía!
desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: “¡Fiera lucha
al justo renovemos:
“¡Blasfememos, que Dios no nos escucha;
“Dios no ve: degollemos!”

Dijeron: y no son. — Su raza impía
cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oído? ¿No vería
el que los ojos hizo?

Los impíos que tus casas allanaron
de uno a otro horizonte,
y con hachas sus puertas destrozaron
como leña del monte;

los fuertes que se alzaban, cual montaña
que a las nubes se eleva
desaparecieron como débil caña
que el huracán se lleva.

Los robustos de **Edón** y los tiranos
de **Moab**, qué se hicieron?
¡El Señor los miró, y abrió sus manos,
y al abismo se hundieron!

“Canta Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjuge tu lloro;
“Acompañe la cítara tu canto
y al tímpano sonoro”.

Ventura de la Vega

El caballo del gaucho

Mi caballo era ligero
como la luz del lucero
que corre al amanecer;
cuando al galope partía,
al instante se veía
en los espacios perder.

Sus ojos eran estrellas,
sus patas, unas centellas
que daban chispas y luz:
cuanto su ojo divisaba
en su carrera alcanzaba,
fuese tigre o avestruz.

Cuando tendía mi brazo
para revolear el lazo
sobre algún toro feroz,
si el toro nos embestía,
al fiero animal tendía
de una **pechada** veloz.

En la guardia de frontera
paraba oreja agorera
del indio al sordo tropel,
y con relincho sonoro,
daba el alerta mi moro
como centinela fiel.

En medio de la pelea,
donde el coraje campea,
se lanzaba con ardor;

y su estridente bufido
cual del clarín el sonido
daba al jinete valor.

A mi lado ha envejecido,
y hoy está cual yo rendido
por la fatiga y la edad;
pero es mi sombra en verano,
y mi brújula en el llano,
mi amigo en la soledad.

Ya no vamos de carrera
por la extendida pradera,
pues somos viejos los dos.
¡oh, mi moro! quiera el cielo
caigamos juntos al suelo
al decir al mundo: Adiós!

Bartolomé Mitre

Renacimiento

Llega la primavera
tendiendo flores por la verde grama
para que pase el dios que inquieto espera
y en el silencio de sus noches llama.

La luz inunda el cielo,
la tierra viste sus brillantes galas,
y el aire tibio, fatigado el vuelo
bajo el risueño azul pliega las alas.

Surge otra vez radiosa
la eterna juventud de sol dorado,
que agita el corazón y abre la rosa
con su cálido aliento perfumado.

Levántate en mis brazos,
visión de amor de insaciable anhelo,
dulce como el mecer de los regazos
que incitan a soñar mirando al cielo.

Hermosa prometida
de las ternuras tímidas, levanta,
y vamos juntos a cantar la vida
bajo el palio triunfal que la agiganta.

Cantemos la alegría
de las rojas y espléndidas auroras,
con que despierta la inquietud del día,
a henchir de savia y languidez las horas;

Las sombras escondidas
en la plácida calma de los montes;
las verdes lomas, como el mar tendidas;
el azul de los amplios horizontes;

Las tardes vagorosas
besadas por el sol desvanecido,
las noches apacibles, rumorosas,
como roce de plumas en el nido.

Tú, que otrora encendiste
como un rayo de sol mi pensamiento,
y en el fondo del alma me escondiste
el dulcísimo arrullo de tu acento;

Ven, como el bien pasado,
a acariciar mi corazón vibrante,
sobre al alfombra de verdor del prado,
bajo la azul inmensidad brillante.

Ven a hundir en las ondas
de esta luz inflamada, tu hermosura,
y a desatar al sol las trenzas blondas,
como un nimbo de gloria, en la llanura.

Mi corazón te espera
con despertar de juventud dormida,
que se enciende al pasar la primavera
y florece en la frente encanecida;

Como la helada fuente,
cautiva del invierno en la montaña,
que se despeña en olas de torrente
cuando brilla la luz y el sol la baña.

Martín Coronado

La prenda del payador

El sol se oculta; inflamado
el horizonte fulgura,
y se extiende en la llanura
ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
y del inmenso circuito,
no llega al alma otro grito
ni al corazón otro arrullo,
que un monótono murmullo,
que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
alta el ala del sombrero,
levantada del pampero
al impulso soberano.

Viste poncho americano,
suelto en ondas de su cuello,
y chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente,
lo cincela el sol poniente
con el último destello.

¿Dónde va? Vese distante
de un ombú la copa erguida,
como espiando la partida
de la luz agonizante;
bajo la sombra gigante
de aquel árbol bienhechor,
su techo, que es un primor
de reluciente tótoro,
alza el rancho donde mora
la prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
meditabunda la espera,
y en su negra cabellera
hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
más que la tarde, serena,
se cierra entonces sin pena,
porque es todo su embeleso
que él la despierte de un beso
dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
toca la frente querida,
y vuela un soplo de vida
por el ramaje callado. . .
un ¡ay! apenas lanzado
como suspiro de palma
gira en la atmósfera en calma;
y ella, fingiéndole enojos,
alza a su dueño unos ojos
que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
quedó la Pampa en reposo,
cuando un rasgueo armonioso
pobló de notas el viento.

Luego, en el dulce instrumento
vibró una endecha de amor,
y, en el hombro del cantor,
llena de amante tristeza,
ella dobló la cabeza
para escucharlo mejor.

“Yo soy la nube lejana
—Vega en su canto decía—
que con la noche sombría
huye al venir la mañana;
soy la luz que en tu ventana
filtra en manojos la luna;
la que de niña, en la cuna,
abrió tus ojos risueños;
la que dibuja tus sueños
en la desierta laguna.

“Yo soy la música vaga
que en los confines se escucha,
esa armonía que lucha
con el silencio, y se apaga;
el aire tibio que halaga
con su incesante volar,
que del ombú, vacilar
hace la copa bizarra,
¡y la doliente guitarra
que suele hacerte llorar!”

Leve rumor de un gemido,
de una caricia llorosa,
hendió la sombra medrosa,
crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
de rotas cuerdas se oyó;
un remolino pasó
batiendo el rancho cercano;
y en el circuito del llano
todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
se levantó la alborada,
con esa blanca mirada
que hace chispear el rocío.
Y cuando el sol en el río
vertió su lumbre primera,
se vió una sombra ligera
en occidente ocultarse,
y el alto ombú balancearse
sobre una antigua tapera.

Rafael Obligado

Día de fiesta

Suena, pastor, tu flauta campesina
pues es día de fiesta esta mañana;
bien lo anuncia el volar de la campana
bajo la suave gloria matutina!

Suena, pastor, y suena la más fina
canción que sepas por lo buena y sana;
hoy es fiesta, pastor, y no tan vana
ya que en todo latido se adivina.

Pastor, recoge la mejor manzana;
corta, pastor, la rosa más divina
y aparta la ovejita más galana,
y en una canastilla diamantina
pon la rosa divina y la manzana,
y sonando tu flauta campesina
ve por toda la aldea matutina
anunciando que es fiesta esta mañana!

Alfredo R. Bufano

Santos Vega

Cuando era al sur cosa extraña
por ahí junto a la laguna
que llaman de la **Espadaña**,
poder encontrar alguna
pulpería de campaña,

Como caso sucedido
y muy cierto **de una vez**,
cuenta un **flaire** cordobés
en un proceso **imprimido**
que, el día de San Andrés,

Casualmente se toparon,
al llegar a una **tapera**,
dos paisanos que se **apiaron**
juntos, y desensillaron
a la sombra de una higuera;

Porque un sol abrasador
a esa hora se desplomaba,
tal que la **hacienda** bramaba
y **juyendo** del calor
entre un **fachinal** estaba.

Ansí, la Pampa y el monte
a la hora del medio día
un **disierto** parecía;
pues de uno al otro horizonte
ni un pajarito se **vía**;

Pues tan quemante era el viento
que del naciente soplaba,
que al pasto verde tostaba;
y en aquel **mesmo** momento
la higuera se deshojaba.

Y una ilusión singular
de los vapores nacía;
pues, talmente, parecía

la inmensa llanura un mar
que haciendo olas se mecía.

Y en aquella inundación
ilusoria, se miraban
los árboles que boyaban,
allá en medio en confusión,
con las lomas que asomaban.

Allí, pues, los dos paisanos
por primera vez se vieron,
y **ansí** que se conocieron
después de darse las manos,
uno al otro se ofrecieron.

El más viejo se llamaba
Santos Vega, el **payador**,
gaucho el más **concertador**
que en ese tiempo privaba
de escribido y de **letor**.

El cual iba **pelo a pelo**
en un potrillo **bragao**,
flete lindo como un **dao**,
que apenas pisaba el suelo
de livianito y **delgao**.

El otro era un santiagueño
llamado Rufo Tolosa,
casado con una moza
de las caidas del **Taqueño**
muy cantora y muy donosa.

Rufo ese día montaba
un **redomón** entrerriano,
muy **coludo** el **rabicano**;
y del cabestro llevaba
otro rosillo **orejano**.

Ello es que allí se juntaron
de pura **casualidá**;
pero muy de voluntá,
lo que medio se trataron,
hicieron una **amistá**.

Conviniendo en que se **apiaban**
por la calor apuraos,
y en que **traiban** fatigaos
los **pingos**, como que estaban
enteramente **sudaos**.

Ansí es que desensillaron,
y a fin que no se asoliasen
los **fletes** y se pasmasen,
a la sombra los ataron
para que se refrescasen.

Luego'e **rasparle** el sudor
Santos Vega a su **bragao**,
reparó que a su costao
estaba en su **maniador**
el **rabicano** enredao.

Y al **dir** a desenredarlo,
cuando la **marca** le vió,
tan feo se sorprendió,

que sin poder ocultarlo
ahí **mesmo** se santiguó.

Tolosa luego también
se asustó de Vega al verlo
triste, y por entretenerlo,
haciéndose como quien
suponía conocerlo:

—¿No es esté el amigo Ortega?
Tolosa le preguntó;
y el viejo, **ansí** que lo oyó:
—No, amigo; soy Santos Vega,
su servidor, respondió.

A esta oferta, el santiagueño
se quitó el sombrero atento,
y con todo acatamiento
se le ofreció con empeño
a servirlo al pensamiento.

Tal merece un payador,
mentao, como Santos Vega,
que, a cualquier **pago** que llega,
el **parejero** mejor
gaucho ninguno le niega.

De ahí Rufo picó tabaco
y dos cigarros armó;
que en apuros se encontró
para armarlos, porque el **naco**
medio apenas le alcanzó.

Largóle a Vega el primero
y, a lo savíos luego
echando mano, ahí mesmito
sacó fuego en el yesquero
con un solo golpecito.

El viejo, inmediatamente
que su cigarro encendió,
a Tolosa le largó
ún chifle con aguardiente,
y Rufo se le afirmó.

Luego, los dos a pitar
frente a frente se sentaron:
y lo que se acomodaron
al ponerse a platicar,
de lo siguiente trataron...

Hilario Ascasubi

La violeta

Flor humilde, que la vida
pasas tímida, ignorada,
poco vives, y olvidada
mueres en la soledad:
tú eres la flor preferida
de la porteña que adoro:
tú eres para mí el tesoro,
que mitiga su crueldad.

Cuando en su cándido seno,
emblema de la inocencia,
te coloca, y con tu esencia
mezcla su aliento de amor:
entonces, de ardores lleno,
al ver tu dicha, suspiro,
y tu posesión aspiro
como alivio a mi dolor.

Si alguna vez condolida
de cuanto mi alma padece,
con rostro afable me ofrece
un ramito de esta flor,
cual un bálsamo de vida
que llena de gozo el alma,
siento renacer la calma
al disfrutar de su olor.

José María Cantilo

El pájaro del mar

Aquella noche de memoria ingrata
mar y cielo entre sombras ocultó;
sólo una estrella a ratos despedía
por entre nubes pálido fulgor.

De las rugientes olas azotada,
luchando con el viento bramador,
la nave de los hijos de Colombia
audaz el ancho piélagó surcó.

El bronce que a las horas acompaña
la fatídica décima anunció,
y el blanco paño del bajel soberbio
la estrella solitaria reflejó.

Sobre el árbol mayor deforme objeto
el nauta absorto entonces descubrió:
era un obscuro pájaro selvático,
que reposo o asilo allí buscó.

Tan extraña visión en aquella hora
llenó mi alma de súbito terror,
el espíritu errante ver creía
de alguno que en las ondas expiró.

Era tal vez un ave peregrina
que la tierra extranjera abandonó,
para gozar en los nativos valles
la gloria con que mayo los vistió.

Horrible idea el fiero nauta tuvo,
y la muerte del ave decretó;
su bárbara impiedad yo le afeaba:
ni ruegos ni reproches escuchó.

El plomo despidió su arma funesta,
un gemido en los aires resonó...
Y con sangre las velas salpicando
sin vida, al mar el pájaro cayó.

No dejará sin pena tal delito
aquel un invisible vengador:
yo ví, ¡ay! rojo fuego levantarse
en el lugar do el pájaro murió.

Calmó el viento y las ondas se quietaron,
el marino su hazaña celebró.
¡Necio contento! a veces la venganza
es más cruel si dilata su furor.

José Rivera Indarte

Clarobscurio

El combate cesó. Y en la llanura,
sangriento campo de tenaz batalla,
sólo el clamor del moribundo estalla
entre el silencio de la noche obscura.

Surge de pronto en la ríscosa altura
donde sembró el estrago la metralla,
un guerrero gentil, de enhiesta talla,
imponiendo en las sombras su figura.

Los ojos tiende al campo de pelea,
su pecho oprime con crispada mano,
quiere avanzar y, exangüe, tambalea,

cae, vacilante se incorpora, aspira,
y con supremo esfuerzo sobrehumano,
¡oh patria! exclama el paladín y expira.

Diego Fernández Espiro

Al mar

Quiero estar junto a tí, mi viejo hermano,
para entonar con tus amargas olas,
los viejos cantos del dolor humano,
que son iguales, bajo el sol lejano,
las almas grandes y las playas solas...!

¡Yo no tiemblo ante tí! Es mi firmeza,
la del peñasco secular que azotas;
yo tengo orgullo como tú fiereza...
Seremos con mi sombra y tu tristeza,
de un arpa colosal, dos altas notas.

No temblaré... Sentado en tus orillas
admiraré tus cielos y tus galas,
pensando en mis orgullos que no humillas,
mientras besen tus brisas mis mejillas:
si tú tienes abismos, yo tengo alas!

Juan Julián Lastra

Rondel vago

Flotaron los pañuelos de batista
en un sentido adiós de amigos viejos;
el mar movía un prisma de azulejos,
con rompientes de luz en cada arista.

Bajo el cielo bruñido de amatista,
las aves, como acentos circunflejos
invertidos, puntuaban los reflejos
del mar en los pañuelos de batista.

El flotante tritón de caños viejos,
irisado penacho huyó a la vista...
Y de un pálido sol a los reflejos,
dos velas emergieron a lo lejos
como blancos pañuelos de batista.

Domingo A. Robatto

Caballito Criollo

Caballito criollo,
del galope corto,
del aliento largo
y el instinto fiel;
caballito criollo
que fué como un asta
para la bandera
que anduvo sobre él.

Caballito criollo
que, de puro heroico,
se marchó una tarde
de bajo su ombú;
y, presa de extraños
anhelos de gloria,
se trepó a los Andes
y se fué al Perú.

Se alzará algún día,
caballito criollo,
sobre una eminencia
un overo en pie;
y estará tallada
su figura en bronce,
caballito criollo
que pasó y se fué.

Belisario Roldán (h.)

Los misteriosos versos

Yo comprendí en un tiempo, no sé cuándo,
la palabra del viento,
y el canto de los bosques, y en los bosques
la charla del gorjeo.

Iba cantando lo que bien oía,
cantando sin saberlo,
a la sagrada luz del sol naciente
se alargaba mi sombra en el sendero.

Después, no sé lo que pasó. Los hombres,
los hombres me perdieron;
y me trocaron por palabra humana
el grande idioma de los elementos.

Divinos tiempos en que yo entendía
la música del viento,
el canto de los pájaros,
la voz del bosque inmenso...

De allá, de allá me vienen
los misteriosos versos.

Arturo Capdevila

●

Esta edición se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos de L. López y Cía., situados
en la calle Rioja 666-70 de la Cápital Federal,
el 10 de marzo de 1936.

●

